

Las derechas en el cono sur

siglo XX

Actas del Tercer Taller de discusión

Ernesto Bohoslavsky y Olga Echeverría (compiladores)

Índice

Ernesto Bohoslavsky y Olga Echeverría, *Presentación*

Primera sección. Las derechas partidarias

- María Inés Tato, *El conservadurismo argentino: ¿una categoría evanescente?*
- Matías Bisso, *El Partido Conservador de la Provincia de Buenos Aires ¿el fraude de masas?*
- Ximena Espeche, *"¿Es posible el fascismo en Uruguay?": nacionalismos, izquierdas y derechas*

Segunda sección. Estado y derechas

- José Luis Orella, *El origen de la derecha tecnocrática española y sus consecuencias*
- Gineth Álvarez Satizabal, *La política educativa en gobiernos militares (Argentina 1943-1946, Colombia 1953-1957) ¿una vía posible para la derechización?*

Tercera sección. Las derechas no partidarias

- Carlos Pérez Ricart, *Una propuesta para el estudio de las fundaciones políticas transnacionales de derecha en América latina*
- Francisco Teodoro, *Problemas y perspectivas para una definición y un estudio de la derecha católica argentina, 1955-1973*
- Ariel Goldstein, *¿Qué afinidades político-ideológicas hay entre los principales diarios y partidos de "derecha " en Brasil, Chile y Argentina a inicios del siglo XXI?*

Sobre los autores

Presentación

Ernesto Bohoslavsky y Olga Echeverría

Con la publicación de este libro electrónico damos continuidad a la experiencia de la realización de los talleres de discusión sobre las derechas en el siglo XX, que venimos organizando investigadores del Instituto de Estudios Histórico-Sociales de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires y del Instituto del Desarrollo Humano de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Sobre la naturaleza de este evento, sus objetivos y rasgos de funcionamiento ya hemos dado cuenta en las anteriores publicaciones, que se encuentran disponibles en línea y de acceso gratuito (Bohoslavsky 2011; Bohoslavsky y Echeverría 2012). En todos los casos se ha tratado de incluir a investigadores que provengan de distintas disciplinas (historia, sociología, ciencia política, etc.) y que se encuentren en diversos niveles de su carrera profesional (que van desde el que se inicia en el posgrado a quien tiene un recorrido de mayor duración y consolidación).

En este caso, damos a conocer ocho de los textos presentados en el tercer taller, realizado en el campus de la Universidad Nacional de General Sarmiento el día 2 de agosto de 2011.¹ La publicación de estas ponencias es posible gracias a los fondos otorgados por el Programa de Promoción de la Universidad Argentina al proyecto de fortalecimiento de redes interuniversitarias que durante el corriente año dirigió la dra. María Paula González, titulado "La investigación y la enseñanza de la historia latinoamericana contemporánea".

Es de señalar que en este taller las discusiones y los temas planteados generaron una suerte de desborde de las coordenadas geográficas (Con sur) y cronológicas (siglo XX) definidas, puesto que hemos incorporado trabajos que escapan a ellas. Así, se presentaron textos sobre España y Colombia y se sumó a investigadores preocupaciones por cuestiones recientes, esto es, procesos todavía en marcha y con fina incierto en este siglo XXI. Asimismo, vale la pena destacar la aparición de perspectivas que trascienden las fronteras nacionales: así, este libro contiene textos que intentan comparar experiencias de más de un país, así como otros que procuran rastrear el funcionamiento y el accionar de actores transnacionales, que conectan territorios y actores distantes a miles de kilómetros de distancia.

Este libro ha sido dividido en tres secciones. La primera de ellas se concentra en el problema de algunas organizaciones partidarias de derecha. Matías Bisso y María Inés Tato se enfocan en el estudio de algunos de los actores conservadores de Argentina en la primera mitad del siglo XX, sujetos tradicionalmente más estereotipados y repudiados que estudiados. Sus textos permiten percibir algunas de las dificultades que acarrea mantener las perspectivas más tradicionales sobre el conservadurismo, que originalmente fueron producidas, precisamente, por sus rivales políticos. Ximena Espeche, por su lado, se dedica al análisis de algunas tradiciones políticas uruguayas, y su difícil vinculación con la tradicional clasificación

¹ Dos ponencias presentadas en esa ocasión no fueron incluidas aquí por decisión de sus autores. Se trata de los textos "*Jaime Guzmán y la derecha chilena. Visión de una polémica: ¿Qué queda de un pasado anclado en el tradicionalismo católico?*" de José Díaz Nieva y de "*La derecha en la construcción de la sociedad colombiana contemporánea*" de César Ayala Diago.

occidental en derechas e izquierdas. Su trabajo se enfoca especialmente en la coyuntura de 1958, cuando triunfó por primera vez en las urnas en el siglo XX el Partido Nacional, lo cual suscitó una fructífera discusión intelectual y política acerca de cómo interpretar ese hecho.

La segunda sección desplaza su interés de las identidades políticas a la cuestión de las prácticas políticas de actores de derecha, específicamente a las prácticas políticas llevadas adelante como miembros del sector público. Así, José Luis Orella da cuenta en su artículo de las actividades, planes y representaciones motorizadas por funcionarios tecnócratas del franquismo en las décadas de 1950 y 1960, así como de sus posibles correlatos y comparaciones con la dictadura pinochetista y la experiencia desarrollista. Gineth Álvarez Satizábal se concentra en una comparación de las políticas públicas educativas impulsadas en dos regímenes dictatoriales: el de la "Revolución de junio de 1943 en Argentina y el del general Rojas Pinilla en Colombia, iniciado diez años después. A través de la categoría de "derechización" intenta comparar los proyectos educativos implementados por dos regímenes autoritarios muy vinculados al catolicismo integral.

Finalmente, la tercera sección se enfoca hacia actores derechistas, pero que no asumieron la forma organizativa de un partido político. Carlos Pérez Ricart problematiza el estudio del accionar actual de algunas fundaciones transnacionales con propósitos -implícita o explícitamente- políticos, que tienen como territorio de acción a diversos países actuales de América latina. En lo que constituye medularmente un proyecto de investigación, Pérez Ricart muestra la productividad de una metodología capaz de analizar a actores transnacionales, promotores de valores neoliberales y conservadores. Francisco Teodoro, por su lado, analiza cómo diversos grupos y publicaciones del mundo católico argentino de las décadas de 1950 1960 y 1970 se plantaron frente a algunos problemas políticos. La cuestión de cómo interpretar al fenómeno peronista y qué hacer con los peronistas son algunas de problemáticas que más incidieron en la definición de una "derecha católica" de inspiración integral. Finalmente, Ariel Goldstein ofrece una perspectiva sobre los vínculos ideológicos existentes entre empresarios de los medios y partidos de derecha en Argentina, Brasil y Chile a inicios del siglo XXI. Su trabajo permite apreciar la naturaleza de los conflictos que opusieron a diversos grupos empresariales con gobiernos a los que el autor da en llamar "progresistas".

Bibliografía citada

Bohoslavsky, Ernesto, comp., (2011). *Las derechas en el siglo XX. Actas del taller de discusión*: Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento. Disponible en: http://www.ungs.edu.ar/cm/uploaded_files/file/publicaciones/las_derechas/

Bohoslavsky, Ernesto y Echeverría, Olga, comps. (2012) *Las derechas en el siglo XX. Actas del segundo taller de discusión*: Tandil: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. URL:

Primera sección. Las derechas partidarias

*

El conservadurismo argentino: ¿una categoría evanescente?

María Inés Tato

Entre la indiferencia y el reduccionismo

Los conservadores ejercieron una indudable influencia sobre la vida política argentina a lo largo del siglo XX, tanto en el ejercicio del gobierno como en el de la oposición. Esta simple constatación tropieza, sin embargo, con el desinterés de la historiografía por este actor político, del que se ha soslayado gran parte de su actuación y respecto del cual suele primar una imagen en buena medida estereotipada que no se corresponde cabalmente con la realidad histórica. En efecto, comparativamente con la producción académica referida a otras organizaciones políticas -desde los partidos de izquierda hasta

el peronismo-, las derechas han concitado un volumen mucho menor de investigaciones. Esta observación, válida para el conjunto del siglo XX, es aun más pertinente cuando se considera su segunda mitad, aunque esta tendencia ha comenzado a revertirse en los últimos años (Echeverría y Tato, 2012). Pero incluso dentro del campo de los estudios consagrados a las derechas, el análisis de sus expresiones más radicalizadas, identificadas con el nacionalismo autoritario, ha sido más prolífico que el correspondiente a sus tendencias más moderadas, representadas por los conservadores (Navarro Gerassi 1969; Comblit 1975; Zuleta Álvarez 1975; Barbero y Devoto 1983; McGee Deutsch 1986; Buchrucker 1987; Rock 1993; Malamud 1995; Caterina 1995; Piñeiro 1997; McGee Deutsch 1999; Vidal 2000; Rock et al. 2001; Devoto 2002; Béjar 2002; Lvovich 2003; Spektorowski 2003; Tato 2004; Tato 2005; Béjar 2005; Lvovich 2006; Finchelstein 2008; Bohoslavsky 2009).

Probablemente la debilidad organizativa y la baja competitividad electoral demostradas por los conservadores a partir del ascenso del radicalismo al poder en 1916 hayan contribuido a desalentar la indagación y a instalar una mirada simplificadora de este sector del espectro político, que sin embargo merece una mayor atención de los historiadores.

Entre las características que habitualmente se asocian al conservadurismo, cabe destacar por lo menos dos que, examinadas a la luz de la experiencia política argentina, ameritan al menos una matización. En primer lugar, se le ha atribuido una arraigada incapacidad para constituirse como partido político moderno o, en líneas más generales, para adaptarse a la política de masas inaugurada por la ley Sáenz Peña. Esta consideración presupone un criterio normativo, que estipula que un partido moderno debe reunir determinadas condiciones para poder ser considerado como tal, principalmente un alcance nacional y una plataforma fundada en principios ideológicos. En segundo lugar, se le ha asignado al conservadurismo una actitud lineal y temprana de rechazo de la democracia, según la cual el recurso al golpe de Estado se hallaba implícito en la derrota electoral sufrida en 1916 a manos del radicalismo.

Respecto al primer aspecto, cabe reconocer que es cierto que tras el ocaso del Partido Autonomista Nacional (PAN) fueron efímeras las agrupaciones conservadoras que alcanzaron un amplio alcance territorial. Entre esas organizaciones de corta vida pueden mencionarse al Partido Demócrata Nacional, que en la década de 1930 conformó la columna vertebral de la oficialista Concordancia, y a la Unión del Centro Democrático (Ucedé) en los años 1990 (Gibson 1996). Otras tentativas organizativas conservadoras fueron aun más fugaces, como la Concentración Nacional de Fuerzas Opositoras, creada en 1921 para enfrentar a la Unión Cívica Radical en las elecciones

* Agradezco a Ernesto Bohoslavsky y a Olga Echeverría la invitación a participar de este taller. Hago extensivo el reconocimiento a los colegas que han participado del mismo y han beneficiado este trabajo con sugerencias y comentarios a su versión preliminar.

presidenciales del año siguiente, y la Confederación Nacional de las Derechas, formada en 1927 también en ocasión de una renovación presidencial. En este último caso, los conservadores terminaron apoyando la fórmula electoral de una fracción disidente del radicalismo, la Unión Cívica Radical Antipersonalista, una táctica que traslucía el predominio de una economía de esfuerzos en materia organizativa y la apuesta a las disidencias internas de un oficialismo que contaba con un mayor anclaje nacional que las fuerzas conservadoras.

Pero este reconocimiento de la debilidad conservadora a escala nacional debe complementarse con la necesidad de reevaluar el carácter homogéneo que habitualmente se le atribuye al orden conservador que rigió la vida política argentina entre 1880 y 1916 (Botana 1977; Botana y Gallo 1997), así como a su partido emblemático, que constituye el referente ineludible de las comparaciones del desempeño conservador en períodos posteriores. Por el contrario, actualmente suele coincidir en que el PAN estuvo cruzado por intensos conflictos facciosos y que, más que un partido monolítico, constituyó una constelación bastante laxa de dirigentes locales en competencia (Alonso 2003 y 2010). Por otra parte, la endeblez organizativa y la baja performance electoral a nivel nacional del conservadurismo en la era posterior a la Ley Sáenz Peña de 1912 deben ser contrastadas con la experiencia brindada por algunas situaciones provinciales, que dieron a luz a vigorosos partidos de cuño conservador de una prolongada raigambre local y habitualmente hegemónicos en sus distritos (Balestra y Ossona, 1983). Cabe plantearse si la carencia de un partido conservador nacional estable fue causa o efecto de la opción de estos sectores por estrategias alternativas de acción política. A lo largo del siglo XX, en efecto, los conservadores operaron con frecuencia como

grupo de presión y recurrieron al empleo sistemático del fraude (antes de la democratización del sistema político y durante el interregno entre gobiernos militares en la década de 1930, conocido como "restauración conservadora"), al golpismo y a la coparticipación en regímenes militares como mecanismos para la consecución de sus objetivos. En otras palabras, puede debatirse si su bajo desempeño electoral a escala nacional incentivó la inclinación conservadora por esas estrategias o si, por el contrario, éstas desestimularon la organización al proporcionarle un acceso directo a los resortes estatales que le resultó más eficiente que la más trabajosa tarea de construcción de un partido nacional con vistas a la competencia electoral en base al acuerdo entre agrupaciones de implantación local a menudo enfrentadas por clivajes regionales (Gibson 1996: 211-212). Las explicaciones de ese fracaso también deben incluir la incidencia de otros factores que desalentaron los esfuerzos organizativos a escala nacional, como la debilidad del desafío planteado por la izquierda y la hegemonía ejercida sobre el electorado por los grandes partidos de masas (radicalismo y peronismo), que estimularon la construcción de una polarización en torno suyo y por ende desestimularon la aparición de otras alternativas partidarias (Bohoslavsky 2011).

Por otra parte, la supuesta incompatibilidad entre los conservadores y la política de masas también requiere de la introducción de algunos matices a la luz de algunas experiencias concretas. Así, las tendencias populares del Partido Conservador bonaerense (Folino 1966; Walter 1987; Bitrán y Schneider 1991; Béjar 2005; cfr. el texto de Matías Bisso en este mismo libro), el Partido Independiente que respaldó la candidatura presidencial de Juan Domingo Perón en los comicios de 1946 (Mackinnon 1995) o el Partido Conservador Popular de Vicente Solano Lima (Marotte 2007), por citar sólo algunos ejemplos, permiten vislumbrar en esas fuerzas políticas la presencia de una resistente veta plebeya que contradice las tradicionales interpretaciones sociológicas del conservadurismo, generalmente identificado de forma casi excluyente con las elites económicas (Cornblit 1975). Por último, sin dudas el conservadurismo tuvo una fuerte impronta caudillista, a la que a menudo se le ha adjudicado también alguna cuota de responsabilidad en la fallida constitución de un partido ideológico. La acción de Julio A. Roca, Carlos Pellegrini o Roque Sáenz Peña a nivel nacional, o de Marcelino Ugarte, Manuel Fresco o Rostasio Patrón Costas a nivel local, por citar sólo algunos ejemplos destacados, es inseparable del devenir de las fuerzas conservadoras. No obstante, puede objetarse que el personalismo que se le imputa a los conservadores era común a otras fuerzas partidarias, más o menos sujetas a fuertes liderazgos, desde el radicalismo hasta el peronismo, pasando incluso por las agrupaciones de izquierda (que, por otra parte, también han demostrado históricamente serias dificultades para ampliar su área de influencia más allá de determinados bastiones locales). En síntesis, es debatible hasta qué punto estas "carencias" (implantación nacional, despersonalización de la conducción partidaria) son de manera exclusiva conservadoras o reflejan rasgos estructurales de la cultura y del sistema político argentinos.

Con relación al segundo aspecto de la caracterización a la que aludíamos (la oposición temprana a la democracia), el análisis de la trayectoria de la corriente reformista que desembocó en la democratización del sistema político tras el Centenario muestra que, en líneas generales y a pesar de lo traumática que resultó la experiencia de su desplazamiento del poder, lejos de impugnar a la democracia por los resultados adversos obtenidos a partir de 1912, la mayor parte de los conservadores expresaron hasta fines de la década de 1920 su confianza en una gradual maduración de la ciudadanía a partir de la gimnasia electoral y de la práctica del ensayo y error, al tiempo que paralelamente encaraban sucesivas aunque fallidas tentativas de auto-organización como partido orgánico (Tato 2004). Por el contrario, las resistencias a la democracia fueron más tempranas en otros grupos de la derecha, vinculados con un incipiente nacionalismo católico y antiliberal que halló canales de expresión en organizaciones como la Liga Patriótica Argentina (McGee Deutsch 1986, Caterina 1995).

Una identidad escurridiza

Tras señalar sucintamente el tratamiento historiográfico que han recibido los conservadores argentinos, la presente reflexión se propone arriesgar algunas ideas acerca de las dificultades que se presentan a la hora de aprehenderlos y definirlos durante la primera mitad del siglo XX. Hemos efectuado este recorte temporal basándonos en la presunción de que si durante este período su perfil resultaba en ocasiones difuso, esa característica se acentuaría aun más a partir de la emergencia del peronismo, que reconfiguró drásticamente la escena política nacional y alteró las construcciones identitarias de las agrupaciones partidarias.

Si se pretende identificar a los conservadores nominalmente, sin duda la aproximación más directa, se encuentra rápidamente un primer escollo. A excepción del Partido Conservador de la Provincia de Buenos Aires, fundado en 1908, la mayoría de las fuerzas provinciales optaron por emplear otros calificativos -como liberales, autonomistas, provincialistas, demócratas, constitucionales, populares- para denominar a sus organizaciones. Esta pluralidad de autodefiniciones evidencia los límites imprecisos existentes entre el conservadurismo y otras tradiciones político-ideológicas, que fue una constante a lo largo de su trayectoria. Ya en sus orígenes decimonónicos los contornos ideológicos del conservadurismo eran bastante borrosos, en la medida en que -a diferencia de sus homólogos europeos o latinoamericanos- no existían desacuerdos sustanciales que lo separaran del liberalismo. No sólo no se dieron aquí filiaciones doctrinarias opuestas como las que separaron a los *whigs* y a los *tories* británicos, enraizadas en interpretaciones opuestas de las revoluciones inglesas (Hill 1982; Dickinson 1981), sino que también fue relativamente marginal la cuestión religiosa, que en otras naciones latinoamericanas constituyó una divisoria de aguas contundente entre el liberalismo y el conservadurismo, al poner en juego el lugar que debía ocupar la religión en la sociedad tras la emancipación de España (Lynch 2000). Aunque los dirigentes católicos argentinos pudieran disentir con algunas políticas concretas del Estado referidas al avance de la secularización en algunas áreas sensibles, por lo general mostraron un compromiso activo con el sostenimiento del ordenamiento político establecido por la generación de 1880 (Castro 2009).

En este sentido, puede afirmarse que los conservadores argentinos entablaron una relación peculiar con la tradición política liberal, de la que se proclamaron continuadores y defensores, al grado de que en su retórica fue común que los términos "conservador" y "liberal" resultaran prácticamente intercambiables o aparecieran combinados en la expresión híbrida "liberal-conservador". El conservadurismo argentino reconoció como experiencia fundacional la instauración de un orden político liberal centralizado a partir de 1880, basado en el andamiaje jurídico de la Constitución Nacional de 1853 -filiada a su vez en el pensamiento de Juan Bautista Alberdi- y en ideas generales como el imperio de la ley, la división de poderes, las libertades individuales y la necesidad de orden para garantizar el progreso, denominadores comunes que imperaban contemporáneamente en otras naciones latinoamericanas (Hale 2000). Sin embargo, más allá de este consenso mínimo en torno del liberalismo, los elementos doctrinarios se diluían dentro de la cosmovisión conservadora y tendía a predominar un fuerte pragmatismo, rasgo que en gran medida parece constituir la quintaesencia de este actor político. En consecuencia, creemos que puede sostenerse que el conservadurismo tuvo una baja densidad teórica, contrastando con la intensa preocupación de otras expresiones de la derecha, como el nacionalismo autoritario, por la fundamentación intelectual de sus opciones políticas (Echeverría 2009).

Asimismo, un factor que en otros contextos históricos también operó como diferenciador del conservadurismo frente a otras tendencias político-ideológicas tampoco resulta plenamente aplicable al caso argentino, al menos en sus inicios: la oposición al progresismo en función de la aversión a los cambios. A pesar de la existencia de sectores más refractarios que otros a la instrumentación de modificaciones al orden vigente (Roldán 2006; Devoto 1996), en las primeras décadas del siglo XX tendieron a prevalecer los conservadores dispuestos al cambio, encarnados en una corriente reformista que se abocó a la resolución de la "cuestión social" y de la "cuestión nacional" resultantes de las transformaciones de la sociedad argentina registradas en las últimas décadas del siglo anterior, y que encaró también la transformación de las reglas del juego político (Zimmermann 1995; Devoto 1996). En ese marco, el término "conservador" no fue antónimo de "liberal" o de "progresista", sino de "revolucionario", rótulo reservado a quienes postulaban transformaciones bruscas o violentas de las estructuras sociales y políticas, desde el socialismo hasta el radicalismo, frente a las cuales se proponía como alternativa el gradualismo (Alonso 2000).

Esta actitud, como vimos, marcó inicialmente la lectura de los conservadores de la primera experiencia democrática, que condujo al radicalismo a la presidencia en 1916 y transportó al conservadurismo desde el oficialismo a la oposición. En ese contexto, los conservadores reforzaron su adhesión a la tradición liberal, expresada en una retórica principista y en la valoración de la acción parlamentaria, que discreparon con la tendencia del radicalismo en el poder a incurrir en prácticas reñidas con algunos de los fundamentos del liberalismo. Esas fricciones entre liberalismo y democracia evidenciaban la autonomía

originaria de ambas tradiciones y la tensión constitutiva de la democracia entre el número y la razón, entre la igualdad y la capacidad, que ya había desvelado a los observadores europeos en el siglo XIX, desde Tocqueville hasta Guizot (Bobbio 1992; Rosanvallon 1992). Estas tensiones contribuyeron a la consolidación de una perspectiva elitista de los procesos políticos y sociales, según la cual los conservadores -fieles representantes de un "Antiguo Régimen" identificado con una edad dorada amenazada por la masificación- se constituían en el patriciado encargado de custodiar las glorias pasadas frente a una plebe por completo ajena a su forjamiento y desafiante de su perpetuación. Esa mirada evidenciaba la difundida convicción dentro de las filas conservadoras respecto de la usurpación de sus posiciones de poder naturales por advenedizos plebeyos, carentes de la formación adecuada para el ejercicio de las funciones públicas (Devoto 2002; Tato 2004). No obstante, esta convicción de momento no adquirió proyecciones antidemocráticas ni erosionó la confianza conservadora en la perfectibilidad del sistema, aunque en circunstancias críticas cobraría una indudable relevancia.

Durante la gestión presidencial del radical Marcelo T. de Alvear, los límites entre el conservadurismo y otras fuerzas políticas volvieron a demostrar su permeabilidad. En el ámbito del Congreso Nacional fue habitual que por entonces se registraran frecuentes coincidencias entre los representantes del conservadurismo y los del oficialismo, y en ocasiones también con los parlamentarios del Partido Socialista. Desde el radicalismo yrigoyenista esa confluencia fue caracterizada de manera despectiva como un "contubernio", como una alianza espuria entre tendencias disímiles. Sin embargo, en ella claramente intervinieron afinidades ideológicas que reconocían un sustrato común de ideas filiadas en el liberalismo, al que en este período se consideró plenamente compatible con la tradición democrática. Y, asimismo, también jugó su papel el objetivo común de conservadores y radicales antipersonalistas de lograr el desplazamiento del yrigoyenismo del escenario político. El acercamiento entre los conservadores y los radicales antipersonalistas alcanzó su máxima expresión en la campaña presidencial iniciada en 1927. Como vimos, en esa oportunidad las agrupaciones conservadoras desistieron de postular una fórmula propia y auspiciaron la candidatura de Carlos Melo y Vicente Gallo levantada por el antipersonalismo, una decisión dictada por consideraciones pragmáticas pero que también dejaba entrever un trasfondo político-ideológico compartido.

Lejos de alcanzar la meta común de derrotar a Yrigoyen, las fuerzas del Frente Único asistieron a partir de 1928 a la consolidación del radicalismo yrigoyenista. El nuevo mandato del viejo caudillo radical habría de marcar a fuego las expectativas conservadoras acerca de la posibilidad de redimir a un electorado recalcitrantemente díscolo. Esta experiencia potenció el elitismo de los conservadores, los radicalizó y los llevó a describir una trayectoria que los trasladó en menos de dos décadas de ser la avanzada de un reformismo ilusionado con la plena vigencia del sistema democrático a promover un liberalismo a la defensiva, que pronto tomaría un rumbo decididamente antidemocrático. En nombre de la defensa de la tradición liberal amenazada por el radicalismo y bajo la bandera de la Constitución Nacional, los conservadores -imposibilitados de revertir el predominio institucional del radicalismo- optaron por el recurso de la interrupción del gobierno democrático por medio de un golpe de estado, con vistas a ejercer la tutela temporal de ese electorado conceptuado como menor de edad, que sistemáticamente les daba la espalda en los comicios.

Esta coyuntura crítica desdibujó nuevamente las fronteras del conservadurismo con otras tendencias político-ideológicas, específicamente con la nueva generación que por entonces comenzaba a despuntar en el campo de las derechas: el nacionalismo autoritario. A partir de tribunas periodísticas como *La Nueva República* o *Criterio*, los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, los hermanos Alfonso y Roberto de Laferrere, Ernesto Palacio, César Pico y Juan Carulla, entre otros, iniciaron una prédica virulenta contra el gobierno radical, inspirada principalmente en el tradicionalismo europeo (Echeverría 2009), confluyendo en esa campaña antidemocrática con las fuerzas conservadoras. Un símbolo elocuente de esa confluencia lo proporciona la transmutación del diario conservador *La Frontera*, acérrimo e histórico adversario del radicalismo yrigoyenista, en portavoz de los jóvenes nacionalistas, a los que cedió el control de la línea editorial del periódico y a quienes financió en otros emprendimientos complementarios, como la Liga Republicana (Tato 2004).

Entre conservadores y nacionalistas se entabló un ambiguo vínculo, que entrañó una convergencia circunstancial en función de confluencias ideológicas y de necesidades estratégicas comunes. En cuanto a factores ideológicos, destacaremos básicamente la inserción de estas dos fracciones de la derecha dentro del horizonte liberal, a pesar del antiliberalismo retórico de los

nacionalistas (Devoto 2002), al menos hasta mediados de la década de 1930. En lo que respecta a factores estratégicos, la lucha contra el enemigo común los amalgamó con esa nueva vertiente derechista, con la que sin embargo existían diferencias insalvables que saldrían a la luz al superarse la emergencia. Así, a mediados del decenio de 1930 los nacionalistas fueron definiendo más radicalmente su perfil, abandonando sus raíces tradicionalistas y adhiriendo a modelos políticos europeos más extremos, como el fascismo, el franquismo y en menor medida el nazismo, con el consiguiente incremento del peso relativo de ciertos rasgos políticos que en algunos casos habían sido marginales en su conformación ideológica previa: catolicismo, corporativismo, antisemitismo, antiimperialismo, anticomunismo y un antiliberalismo cada vez más firme. A la centralidad de estos elementos ideológicos habría de sumarse la creciente orientación de algunos de estos sectores hacia los sectores populares bajo el lema de la justicia social, que además de aspirar a ofrecer una alternativa derechista a las propuestas clasistas de la izquierda, implicó en la práctica el abandono del elitismo consustancial a los conservadores (McGee Deutsch 1999: 218-234; Klein 2001; Rubinzal 2008). Esa transformación dio cuenta del impacto de los acontecimientos políticos y de las tendencias ideológicas europeas, que operaron sobre la realidad argentina polarizando el campo político y radicalizando las opciones ideológicas. Pero también fue facilitada por el contexto local de la llamada "década infame", signada por la restauración conservadora. La delimitación más precisa del universo nacionalista derivó en su creciente incompatibilidad con el conservador y en la consiguiente toma de distancia entre estos dos actores políticos otrora aliados naturales (Tato 2009).

Reflexiones finales

El repaso efectuado de la trayectoria de las fuerzas conservadoras argentinas durante el período de entreguerras pone de manifiesto varios aspectos salientes de su configuración ideológica y de su comportamiento político. En primer lugar, evidencia su adscripción al sustrato ideológico liberal, con toda la vaguedad que este entramado de ideas implicaba en el caso argentino. En líneas generales, los principios básicos del liberalismo constituyeron el cimiento de la identidad política conservadora, siendo sostenidos con mayor o menor firmeza según las circunstancias. Así, durante la primera presidencia de Yrigoyen la apelación al liberalismo funcionó como factor de diferenciación frente al oficialismo radical, mientras que durante la segunda presidencia sirvió para llevar adelante una conspiración cívico-militar destinada a derrocar a un gobierno constitucional amparándose precisamente en la defensa de la Constitución Nacional y de las libertades individuales supuestamente conculcadas. Durante la llamada restauración conservadora esa misma apelación fue efectuada para legitimar la proscripción del radicalismo, presentado como enemigo de las libertades constitucionales.

Pero así como en ocasiones el liberalismo sirvió a los conservadores para autodefinirse en contraposición con el adversario, en otras facilitó su mimetismo con otras fuerzas políticas. Ése fue el caso del vínculo establecido con los nacionalistas en los orígenes de ese movimiento político-ideológico, y también el de la alianza forjada con el radicalismo antipersonalista en tiempos de la presidencia de Alvear. Esta última experiencia habilita también la posibilidad de considerar que durante largos tramos del siglo XX el conservadurismo constituyó una fuerza carente de un domicilio político propio (en términos de partido) pero que contó con capacidad para instalarse al interior de diferentes grupos o regímenes políticos al menos parcialmente afines, gracias al hecho de que la mayoría de ellos -incluyendo a las izquierdas hasta la década de 1960 (Altamirano 2001: 88)- compartió una identificación común con la tradición liberal. Volviendo al inicio de esta reflexión, a la hora de mensurar la influencia de los conservadores sobre la sociedad habíamos apuntado varias estrategias que mostraban una incidencia que discurría por canales alternativos a los partidos (grupos de presión como la prensa o las corporaciones; intervención en golpes de estado) y otras que, como el fraude, hacían uso del canal electoral a través de distorsiones ajenas a la legalidad. Pero también es dable especular con la perspectiva de que las ideas y las prácticas de los conservadores hayan sido adoptadas por fracciones internas de otras fuerzas partidarias, incluyendo al radicalismo y al peronismo, y hayan ejercido así un influjo político indirecto. En segundo lugar, de lo expuesto surge como otro rasgo característico del conservadurismo un acendrado pragmatismo, que lo impulsó a adoptar diversos cursos de acción ante los retos cambiantes que planteaba la tradición democrática, priorizando a unos o a otros de acuerdo con los imperativos de la coyuntura. Podría admitirse que, en última instancia, la cultura política conservadora manifestó una tensión pendular entre el énfasis en la praxis y en la ideología.

Estos rasgos básicos del conservadurismo -la dificultad de identificarlo a simple vista por su encuadramiento en partidos políticos estables; el carácter evanescente de las fronteras con otras tendencias político-ideológicas a partir de un consenso liberal mínimo compartido; su adaptación a las circunstancias- plantean el interrogante de cómo aprehenderlo en su especificidad. Consideramos que para discernir el perfil de este actor político complejo deben intentarse aproximaciones operativas, más atentas a las coyunturas particulares y a los desafíos variables planteados en el corto plazo que a postulados ideológicos sólidos e inmutables.

Bibliografía

- Alonso, Paula (2000). *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años '90*. Buenos Aires: Sudamericana y Universidad de San Andrés.
- (2003). "La política y sus laberintos. El Partido Autonomista Nacional entre 1880 y 1886". En Sabato, Hilda y Alberto Lettieri (coord.), *La vida política. Armas, votos y voces en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: FCE.
- (2010). *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Edhasa.
- Altamirano, Carlos (2001). *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*. Buenos Aires: Ariel.
- Balestra, Ricardo y Ossona, Jorge Luis (1983). *Qué son los partidos provinciales*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Barbero, María Inés y Devoto, Fernando (1983). *Los nacionalistas (1910-1932)*. Buenos Aires: CEAL.
- Béjar, María Dolores (2002). "Los conservadores bonaerenses: un partido desde el gobierno", *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, 22-23, Santa Fe.
- (2005). *El régimen fraudulento. La política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores de Argentina.
- Bitrán, Rafael y Alejandro Schneider (1991). *El gobierno conservador de Manuel A. Fresco en la provincia de Buenos Aires (1936-1940)*. Buenos Aires: CEAL.
- Bobbio, Norberto (1992). *Liberalismo y democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bohoslavsky, Ernesto (2009). *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile (siglos XIX y XX)*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2011). "El problema del sujeto ausente (o por qué Argentina no tuvo un partido de derecha como la gente)". En Bohoslavsky, Ernesto (comp.), *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento. Disponible en http://www.ungs.edu.ar/cm/uploaded/files/file/publicaciones/las_derechas/
- Botana, Natalio (1977). *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Botana, Natalio y Gallo, Ezequiel (1997). *De la república posible a la República verdadera (1880-1910)*. Buenos Aires: Ariel.
- Buchrucker, Cristián (1987). *Nacionalismo y peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Castro, Martín (2009). "Los católicos en el juego político conservador de comienzos del siglo XX (1907-1912)", *Desarrollo Económico*, v. 49, n. 193.
- Caterina, Luis María (1995). *La Liga Patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década de 1920*. Buenos Aires: Corregidor.
- Cornblit, Oscar (1975). "La opción conservadora en la política argentina", *Desarrollo Económico*, v. 14, n. 56.
- Devoto, Fernando (1996). "De nuevo el acontecimiento: Roque Sáenz Peña, la reforma electoral y el momento político de 1912", *Boletín del Instituto Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, 3^a serie, n. 14.

- (2002). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Dickinson, H.T. (1981). *Libertad y propiedad. Ideología política británica del siglo XVIII*. Buenos Aires: Eude- ba.
- Echeverría, Olga (2009). *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*. Rosario: Prohistoria.
- y Tato, María Inés (2012). "Las derechas en la Argentina contemporánea: un campo de estudio en expansión", *Anuario IEHS*, n. 26, Tandil.
- Finchelstein, Federico (2008). *La Argentina fascista*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Folino, Norberto (1966). *Barceló, Ruggierito y el populismo oligárquico*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Gibson, Edward (1996). *Class and conservative parties. Argentina in comparative perspective*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Hale, Charles (2000). "Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930". En Bethell, Leslie (ed.), *Historia de América Latina*. Barcelona: Crítica, vol. 8.
- Hill, Christopher (1982). *The century of revolution, 1603-1714*. New York & London: W.W. Norton.
- Klein, Marcus (2001). "Argentine Nacionalismo before Perón: the case of the Alianza de la Juventud Nacionalista, 1937- c.1943", *Bulletin of Latin American Research* v. 20, n. 1.
- Lvovich, Daniel (2003). *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: Javier Vergara Editores.
- (2006), *El nacionalismo de derecha en la Argentina. Desde sus orígenes hasta Tacuara*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Lynch, John (2000). "La Iglesia católica en América Latina, 1830-1930". En Bethell, Leslie (ed.), *Historia de América Latina*. Barcelona: Crítica, vol. 8.
- Malamud, Carlos (1995). "El Partido Demócrata Progresista: un intento fallido de construir un partido nacional liberal-conservador", *Desarrollo Económico*, v. 35, n. 138.
- Mackinnon, María Moira (1995). "Sobre los orígenes del Partido Peronista. Notas Introductorias". En Ansaldi, Waldo, Alfredo Pucciarelli y José Villarruel (eds.), *Representaciones inconclusas, las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*. Buenos Aires: Biblos.
- Marotte, Javier Pablo (2007). "Conservador y Popular: El partido de Vicente Solano Lima". En *Actas de las I Jornadas Internacionales de Historia y Memoria de la Dirigencia Política Contemporánea*. Córdoba: Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba.
- McGee Deutsch, Sandra (1986). *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932. The Argentine Patriotic League*. Nebraska: University of Nebraska Press.
- (1999). *Las Derechas: the extreme right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*. Stanford: Stanford University Press.
- Navarro Gerassi, Marisa (1969). *Los nacionalistas*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- Piñeiro, Elena (1997). *La tradición nacionalista ante el peronismo. Itinerario de una esperanza a una desilusión*. Buenos Aires: A-Z Editora.
- Rock, David (1993). *La Argentina autoritaria*. Buenos Aires: Ariel.
- Rock, David et al. (2001). *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.

Roldán, Darío (comp.) (2006). *Crear la democracia. La Revista Argentina de Ciencias Políticas y el debate en torno de la República Verdadera*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Rosanvallon, Pierre (1992). *Le sacre du citoyen. Histoire du suffrage universel en France*. París: Gallimard, 1992.

Rubinzal, Mariela (2008). "La disputa en las plazas. Estrategias, símbolos y rituales del primero de mayo nacionalista (Buenos Aires, 1930-1943)". En *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, n. 19.

Spektorowski, Alberto (2003). *The origins of Argentina 's revolution of the right*, Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press.

Tato, María Inés (2004). *Viento de Fronda. Liberalismo, Conservadurismo y Democracia en la Argentina, 1911-1932*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores de Argentina.

----- (2005). "Variaciones reformistas: los conservadores bonaerenses ante el desafío de la democratización, 1912-1919". En *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales* n. 63.

----- (2009). "Nacionalistas y conservadores, entre Yrigoyen y la 'década infame'". En Bertoni, Lilia Ana y Luciano de Privitellio (comps.), *Conflictos en democracia. La vida política argentina entre dos siglos, 1852-1943*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores de Argentina.

Vidal, Gardenia (2000). "El Partido Demócrata y sus tensiones internas. Diferentes perspectivas sobre ciudadanía y participación. Córdoba 1922-1925", *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, n. 3.

Walter, Richard (1987). *La provincia de Buenos Aires en la política argentina (1912-1943)*. Buenos Aires: Emecé.

Zimmermann, Eduardo (1995). *Los liberales reformistas: la cuestión social en la Argentina, 1890-1916*. Buenos Aires: Sudamericana y Universidad de San Andrés.

Zuleta Álvarez, Enrique (1975). *El nacionalismo argentino*. Buenos Aires: La Bastilla.

El Partido Conservador de la Provincia de Buenos Aires ¿el fraude de masas?

Matías Bisso

A pesar de que buena parte de su personal político y sus componentes ideológicos y facciosos pueden rastrearse desde los años noventa del siglo XIX, el Partido Conservador de la Provincia de Buenos Aires nace con ese nombre, y como agrupación permanente, en 1908. Si bien originalmente surge con la pretensión de superar el liderazgo de Marcelino Ugarte, él terminaría siendo su máximo referente desde 1912 hasta su ocaso político personal posterior a 1917. Tras ese momento se mantuvo como oposición a los gobiernos provinciales del radicalismo, y volvió al ejecutivo de la provincia entre 1931 y 1943, ya como expresión bonaerense del Partido Demócrata Nacional. Desde su constitución hasta la irrupción del peronismo, el partido protagonizó junto al radicalismo la pelea de fondo de la política bonaerense, de la que los socialistas sólo fueron un distanciadísimo tercero en discordia. A pesar de la centralidad que el partido tuvo en la pugna por el poder político en el primer Estado argentino por más de tres décadas, la organización apareció bastante sub-dimensionada en la bibliografía histórica hasta que, recientemente, el libro de María Dolores Béjar y trabajos como los de María Inés Tato (como el incluido en este libro) y otros citados en la bibliografía comenzaron a tapar ese bache historiográfico. El ya clásico libro de Richard Walter (1987) fue una de las pocas excepciones anteriores a este *redescubrimiento* reciente. Durante largo tiempo, la falta de estudios profundos sobre el partido fue reemplazada por una estigmatización en la cual el partido aparecía simplemente como el continuador del fraude notabiliar del *Orden Conservador*, mantenido en la provincia hasta la intervención federal de 1917 y retomado después del golpe de 1930 y hasta el de 1943. Dicha mirada lo ubicaba además, como herramienta política de las clases terratenientes y de claro rasgo aristocratizante. No pretendo negar que esos componentes *oligárquicos* se encontraran presentes en la estructura partidaria, tanto en términos de staff político como de intereses representados por la organización. Lo que me sí parece imprescindible es bucear más profundamente en diversos aspectos que dan cuenta de la complejidad de un partido político con

un sinnúmero de matices, esquivando la tentación de reproducir las visiones estigmatizadas que durante varias décadas hegemonizaron las miradas de la historia política. Podremos de esta manera enriquecer el análisis sobre el Partido Conservador en particular y el escenario político general de la provincia por esos años. Arriesgando una hipótesis, podemos decir que la galvanización de aquella imagen del Partido Conservador bonaerense puede atribuirse, entre otras cuestiones, a la descripción que las historias *militantes* del radicalismo y de otros sectores políticos hicieron de él. En esa visión radical se forjaba una imagen del conservadurismo como una agrupación minoritaria y antipopular, sostenida exclusivamente por el fraude y que operaba electoralmente sólo en base a prácticas clientelares y prepotentes. Octavio Amadeo, dirigente conservador y hombre de confianza de Ugarte, se quejaba de esto en fecha muy temprana, afirmando irónicamente:

"Somos los hombres del antiguo régimen, vale decir, los réprobos. Todos los pecados de Israel se purgan sobre nuestras cabezas... Somos el pasado, lo conocido, lo gastado. Hemos desvirtuado la carta, conculcado el sufragio, e interrumpido la revolución de Mayo" (Amadeo, 1916:199). De alguna forma estas visiones, que podemos encontrar por ejemplo en los textos clásicos de Del Mazo (1976) y Torres (1973), quedaron congeladas en el tiempo porque luego de 1943, mientras esos relatos continuaban apareciendo y seguían siendo reivindicados por los radicales, no hubo (salvo alguna excepción aislada) respuesta por parte de los conservadores que percibían que su identidad política estaba agonizando, para ser luego licuada por la irrupción peronista (en alguna oportunidad, la doctora María Dolores Béjar me ha hecho referencia a sus dificultades para lograr que en entrevistas personales Vicente Solano Lima, Ministro de Gobierno de Manuel Fresco, accediera a referirse a ese tramo de su carrera política, prefiriendo hacer hincapié siempre en los momentos posteriores a su acercamiento al peronismo).

No sólo casi no hubo relatos militantes conservadores después de 1943, sino que además los autores identificados con esa corriente prefirieron en general escribir sobre la *edad de oro* del conservadurismo argentino, el de la generación del 80 y el auge del modelo agroexportador. Reivindicar esa época era más cómodo y menos polémico, con figuras aceptadas en el panteón de los próceres nacionales y provinciales. El fraude estaba más naturalizado de los tiempos del *Orden Conservador*, un período que por otra parte también viene siendo resignificado en cuanto al estudio de sus prácticas políticas por Hilda Sábato (2004) y otros. Pueden señalarse como excepción a esta falta de respuesta conservadora, aunque mucho más recientemente, los trabajos de Roberto Azaretto (1983). También han contribuido a este tipo de visiones, trabajos más recientes, pero que han elegido dar cuenta del escenario político como reflejo de estructuras sociales, económicas o de clases, cayendo a menudo en posturas simplistas o reduccionistas. Este tipo de visiones que podemos ubicar paradigmáticamente en trabajos como los de Rodolfo Puiggrós (1986) y Peter Smith (1983), o más recientemente Waldo Ansaldi (1993), analizaron a los partidos políticos, como bien señala De Privitellio (2004), a partir de esquemas preconcebidos de lo que los partidos *debían* ser o *debían* reflejar, más que a través de las formas que efectivamente tomaron.

La idea de este trabajo es señalar diversas cuestiones que deberíamos tener en cuenta para relativizar esa imagen estigmatizada del Partido Conservador de la Provincia de Buenos Aires (en adelante, PCBA. Para ello proponemos un punteo de cuatro aspectos que nos parece relevante tener en cuenta a la hora de trabajar sobre el PCBA. Algunas de estas ideas ya están presentes en los trabajos más recientes sobre el partido, pero nos parece interesante enumerarlas en forma explícita.

1-El PCBA era un partido moderno

Al menos lo era en un porcentaje importante, si tomamos las características que Eric Hobsbawm (1988) presenta como típicas de este tipo de partidos en el marco de la democratización de la política de fines del siglo XIX: -Estaba constituido a partir de un conjunto de ramas y organizaciones locales nucleadas en torno a un partido con objetivos más amplios. Los dirigentes, funcionarios y caudillos locales se sentían parte de una estructura mayor, de la que participaban activamente a través de asambleas periódicas para elegir candidatos y tomar decisiones importantes. Esta pertenencia aparecía incluso en sus disidencias y fracturas, las cuales se daban exclusivamente en las elecciones legislativas, en las cuales la dispersión de fuerzas era menos costosa en términos políticos, y no en las elecciones gubernativas en las cuales, siempre se privilegió la necesidad de sumar a una fórmula única del partido. La única salvedad que deberíamos hacer aquí, que es relevante pero no alcanza para impugnar el

razonamiento, es que la integración de los conservadores bonaerenses nunca pudo a su vez replicarse en el nivel nacional, siendo este un *debe* que los conservadores argentinos siempre mantuvieron a pesar del fallido intento del Partido Demócrata Progresista desde 1916 y del, algo más sólido, Partido Demócrata Nacional a partir de 1931 -Era una organización ideológica, en el sentido que superaba el sentido meramente personalista o de defensa de intereses muy concretos y corporativos. No estaba creado alrededor de la figura de un notable. Todos sus liderazgos fueron efímeros y de hecho, ninguno de sus gobernadores logró cumplir su mandato completo: en el caso de Ugarte a causa de una intervención de otro signo partidario, en los casos de Martínez de Hoz, Fresco y Moreno como consecuencia de disidencias internas, y en el caso de Barceló ni siquiera llegó a asumir (Béjar 2005:15). Al hablar de organización ideológica no haciendo referencia a un ideario totalmente sistemático, sólido y cerrado. Su posicionamiento ideológico transitó por los ambiguos senderos de la combinación liberal-conservadora pero eso no inhibe, casi más bien que refuerza, la consideración hecha, ya que los partidos modernos (especialmente aquellos que no tienen un origen clasista) tienden a mantener ideologías amplias y lo suficientemente flexibles como para atraer la mayor parte de un electorado masivo y heterogéneo (sobre la ideología liberal del conservadurismo argentino, cfr. el artículo de Tato en este libro).

-Tenía una capacidad de movilización de masas que excedía lo local y regional. Aunque nuevamente debemos hacer la salvedad de estar hablando de un partido provincial que nunca terminó de integrarse acabadamente en un sistema mayor, la extensión, población y heterogeneidad de la provincia de Buenos Aires, da cuenta de que el modelo de movilización política y electoral, aunque se basara en liderazgos y *brokers* locales (al igual que el radicalismo y el socialismo), excedía con mucho el viejo esquema notabiliar del siglo XIX.

2-El PCBA demostró una alta capacidad, rapidez y aceptable efectividad al adaptarse a las reglas de juego de la democracia de masas

Al igual que muchos partidos de derecha en la época de la democratización política en occidente, el PCBA percibió la generalización del sufragio universal (en Argentina el esquema de competencia política surgido de la reforma Sáenz Peña) como un mal inevitable, al que había que adaptarse. Nunca hizo suya la bandera de la transparencia electoral (salvo en los momentos que le tocó ser oposición, y de manera no muy convincente) pero a partir de la reforma electoral se preparó para competir en el marco de las nuevas reglas de juego. Las posturas que pretendieron constituir modelos *nuevos* de democracia (por ejemplo de corte corporativista) existieron, pero generalmente fueron minoritarias en el partido y nunca estuvieron en condiciones de presentarse como la línea política hegemónica del PCBA. Lo que sí ejerció el partido en forma habitual fue el fraude sobre estas formas de la democracia representativa, pero no siempre con la misma fuerza ni la misma incidencia en los números electorales finales.

Sus actuaciones electorales durante la época fueron variadas en cuanto a condiciones y resultados, pero siempre fueron respetables. Podemos ubicar una primera etapa desde la sanción de la ley Sáenz Peña hasta la intervención federal de 1917. Durante ese período, los radicales mantuvieron la abstención de participar de las elecciones estrictamente provinciales. Las mismas se regían por lo que Melón Pirro (1994) denominó "La ley Sáenz Peña de Ugarte", y que a pesar de las protestas de los radicales, no difería demasiado en espíritu de la reforma nacional, más allá de la polémica decisión de imponer el límite de edad para los votantes en los 21 años y no en los 18. La abstención radical nos dificulta tomar esas elecciones como referencia de la relación de representatividad de ambas organizaciones políticas. Sin embargo en ese mismo período existieron dos procesos electorales, las legislativas nacionales de 1914 y las presidenciales de 1916, que al ser regidas por la normativa nacional sí contaron con la presencia de la UCR. En ambas, y en condiciones de relativa limpieza electoral, el PCBA venció en las urnas. En 1914, elecciones a diputados nacionales, obtuvo aproximadamente 62.700 contra 58.500, y en las presidenciales de 1916 92.000 contra 85.000.

La etapa siguiente es la que sucede a la intervención federal a cargo de José Luis Cantilo, decidida por el presidente Yrigoyen, y que cumple con eficacia la misión de desarmar *la maquinaria electoral* del ugartismo, y eventualmente construir una nueva al servicio del radicalismo. A partir de aquí la provincia se convirtió en un bastión yrigoyenista, pero el caudal electoral del PCBA

no se licuó. A pesar de verse disminuido en sus performances, mantuvo resultados importantes, e incluso localmente victoriosos. De una aplastante derrota en 1918, pero en la que aún así el PCBA mantuvo más del 35% de los votos, se pasó a una elección gubernativa en 1922 donde el partido fue superado por solamente algo más de 10 puntos porcentuales. Para 1929 la diferencia subió al 16%, manteniéndose aún dentro de un caudal más que respetable de votos. Está claro que estos números, que pueden aparecer como aceptables, no lo eran para los propios conservadores, que los veían principalmente como derrotas presentes mucho más que como potencialidades a futuro (de hecho su mejores performance de la época desataron una crisis que desencadenó la decisión de no presentarse a las elecciones gubernativas de 1925).

3- Fraude y masas no aparecían como incompatibles en el esquema de prácticas políticas del PCBA

Como vimos la democracia representativa no parecía ser un problema para los conservadores bonaerenses en términos principistas ni prácticos. A riesgo de ser algo simplista podríamos afirmar que su gran problema era que *los radicales siempre le ganaban*. El dilema que se les presentaba era la incompatibilidad muy fuerte entre un sistema como el democrático-representativo, del que no se enamoraron pero que aceptaron y manejaban más que razonablemente bien, con su profunda identificación como partido de gobierno. El PCBA estaba más preparado para ser oficialismo que para ser democrático, y por eso, a pesar de mantener performances electorales más que aceptables incluso en tiempos de elecciones *limpias*, las mismas carecían de valor al no alcanzar para acceder a la conquista del poder provincial. Para superar esta situación es que nace el *nuevo fraude* que podríamos caracterizar como "fraude de masas". El fraude llevado a cabo por un partido preparado para participar de elecciones masivas, pero que no llegaba a generar suficientes adhesiones como para superar a los radicales. Es el fraude de un momento en el que ya está presente en la población la cultura de la movilización electoral y ya no hay margen para un fraude *administrativo* y más descarado del simple *dibujo* de números.

¿Por qué llamarlo "de masas"? Porque el PCBA estaba preparado para cumplir todos los requisitos de participación en una elección masiva: desarrollo político sobre todo el territorio provincial, red de locales partidarios y dirigentes en las localidades, afiliación masiva y capacidad de movilización política, etcétera. El fraude aparece como complemento de esta actividad partidaria, y como consecuencia de que el piso logrado de esa manera no alcanzaba para vencer al radicalismo. Dicha capacidad de movilización electoral queda demostrada en el hecho de que, con o sin limpieza electoral, y desde el gobierno o desde la oposición, los resultados electorales del PCBA nunca fueron desastrosos en ninguna de las secciones electorales de la provincia. Lo que debió modificarse en el marco de la vigencia de la reforma saenzpeñista es la forma del fraude para incluir prácticas que fueron utilizadas durante mucho tiempo en elecciones de diversos ámbitos y que no son desconocidas actualmente: voto *en cadena*, urnas trampeadas, falseamiento de identidad y/o domicilio, y otras más relacionadas con lo que actualmente el sentido común ubicaría como *clientelismo* y que no son estrictamente formas de fraude. En todos los casos complementaron y no sustituyeron la movilización masiva del electorado por parte del PCBA.

4- En el PCBA existía un componente *plebeyo* que no puede ignorarse

El carácter masivo de la militancia del PCBA necesariamente nos obliga a repensar la caracterización habitual que se ha hecho de los *conservadores*. La existencia de *multitudes* conservadoras no es compatible con la imagen de un origen social exclusivamente alto de sus componentes, y aunque esto pueda resultar obvio desde el simple razonamiento de la cantidad (los terratenientes no podían contarse por decenas de miles), merece la pena ser subrayado y ejemplificado. Es sintomático que cuando los radicales querían minimizar las movilizaciones conservadoras, afirmaban que no contaban con gran afluencia de público, pero que además la concurrencia se completaba con un gran número de "turcos, mujeres, niños" y personajes "de los bajos fondos". Este tipo de caracterizaciones, sin duda exageradas en el marco de la disputa política, era mucho más frecuente que aquellas que critican a los conservadores por *oligarcas*.

A pesar de no ser el período que más he analizado, las mejores fuentes gráficas que pude ver sobre este tema, por variedad, cantidad y calidad, son las fotos de las movilizaciones *fresquistas* de los años 30. Las imágenes reproducen multitudes

entusiastas que no son diferenciables de expresiones equivalentes de partidos considerados *populares*. Nada, más que el prejuicio, puede hacernos afirmar que no existía en el PCBA un componente *plebeyo y popular*, al menos en alguno de los múltiples usos que se le puede dar a este último término. Desde ya que esto no es óbice para admitir que también en el seno del mismo se encontraban personajes de la más rancia estirpe terrateniente y patricia de la provincia, pero lo mismo puede decirse del radicalismo. A lo sumo se podrá establecer un matiz de mayor presencia en uno que en otro partido, pero en un sentido más cuantitativo que cualitativo, como muestra Marcela Ferrari (2008). Además sabemos que esta heterogeneidad de orígenes sociales también se reflejó en los niveles dirigenciales, entre los cuales había hombres que se ganaron su lugar a partir del manejo de las situaciones locales, sin ninguna pertenencia previa a la élite. No puede negarse al menos una tensión entre el *staff* más notabiliar y el componente plebeyo, expresado tanto en el *conservador raso*, adherente o militante como en la línea de dirigentes locales, legitimados por su actividad política a nivel municipal y seccional.

Conclusiones

El objetivo de esta presentación es aportar elementos para matizar lo que ha sido tradicionalmente una imagen estereotipada del Partido Conservador de la Provincia de Buenos Aires, como partido oligárquico y notabiliar, resabio del escenario político del *Orden Conservador* y cuyo protagonismo se habría mantenido exclusivamente a través de las prácticas políticas deshonestas del fraude electoral. Debo aclarar que lo expuesto no debe entenderse como una negación de algunas características ideológicas del partido conservador que lo ubican en el campo de las derechas (cosa que los propios conservadores jamás negaron, por otra parte). El PCBA sostenía un ideario que reivindicaba una sociedad jerárquica, tradicionalista y sin mayor voluntad de redistribuir más equitativamente bienes materiales, ni derechos, ni oportunidades (a pesar de que en la práctica, la dinámica de su carácter plebeyo a veces le insuflara aires *populistas*). El matiz que pretendo señalar tiene más que ver con las formas de sus prácticas políticas y su componente dirigencial y militante.

Asímismo también aclaro que lo expuesto no es aplicable necesariamente a las expresiones conservadoras de otras provincias argentinas, en su mayoría formadas al calor de sociedades menos multitudinarias, modernas y heterogéneas que la bonaerense (aunque eso no significa dejar de revisar también en esos casos la imagen que nos hemos hecho de ellas).

La mayoría de los trabajos que han tratado el tema en los últimos años comparten, explícita o implícitamente, esta necesidad de reconsiderar la caracterización del PCBA, que nosotros hemos elegido basar en cuatro elementos: -la inclusión indudable del partido conservador en la categoría de *partido moderno*. -la gran capacidad del PCBA para adaptarse a las reglas de juego de la democracia de masas. -las prácticas fraudulentas llevadas a cabo por el partido no impugnan las dos consideraciones previas, ni el carácter masivo (aunque no habitualmente mayoritario) de la adhesión popular al mismo. -la consideración de los componentes *plebeyos* del PCBA.

El espíritu exploratorio e innovador de este taller de discusión me permite mezclar cuestiones que ya han sido trabajadas con cierta profundidad con otras que ameritarían un desarrollo mayor, en el marco de afirmaciones que aún tienen bastante de audaces. Sin embargo en cuanto al nudo del problema - la necesidad de revisar la imagen estigmatizada del PCBA- no me caben dudas de su pertinencia en el marco de la renovación de la historia política argentina. Dicha renovación se ha venido dando a través de miradas que se animan a revisar prejuicios y consideraciones consolidadas hace tiempo, pero que no necesariamente daban cuenta de lo complejo, rico y variopinto de los escenarios políticos. Este punteo realizado con respecto al Partido Conservador bonaerense pretende ser un aporte en ese sentido.

Bibliografía

Amadeo, Octavio (1916) *Política*, Buenos Aires, Librería Mendelky Editor.

Ansaldi, Waldo (1993), "¿Un caso de nomenclaturas equivocadas? Los partidos políticos después de la ley Sáenz Peña, 1916-1930". En: Ansaldi, Waldo, Alfredo Pucciarelli y José Villarroel (ed.), *Argentina en la paz entre dos guerras*. Buenos Aires, Biblos.

Azaretto, Roberto (1983) *Historia de las fuerzas conservadoras*, Buenos Aires, CEAL Béjar,

María Dolores (2005) *El régimen fraudulento*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Bisso, Matías (2011), "Radicales, conservadores y una batalla por la "cuestión local". Las elecciones municipales platenses de 1916". En Ferrari, Marcela y Quiroga, Nicolás (comp.) *Historias políticas de la Provincia de Buenos Aires*. La Plata, Archivo Histórico "Dr. Ricardo Levene". Disponible en: www.historiapolitica.com

De Privitellio, Luciano (2004), "Partidos políticos", en Francis Korn y Miguel de Asua, *Investigación social. Errores eruditos y otras consideraciones*, Buenos Aires, Instituto de investigaciones Sociales, Academia Nacional de Ciencias. Disponible en www.historiapolitica.com

Del Mazo, Gabriel (1976). *El radicalismo*, Buenos Aires, Cardón.

Ferrari, Marcela (2008) *Los políticos en la república radical. Prácticas políticas y construcción del poder*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores

Hobsbawm, Eric (1988) *La era del imperio, 1875-1914*, Barcelona, Crítica.

Melón Pirro, Julio César (1994) "La Ley Sáenz Peña de Ugarte, o el éxito de la reforma conservadora en la provincia de Buenos Aires" en Devoto y Ferrari (comp.) *La construcción de las democracias rioplatenses: proyectos institucionales y prácticas políticas, 1900-1930*, Buenos Aires, Biblos-UNMDP.

Puiggrós, Rodolfo (1986) *Historia crítica de los partidos políticos argentinos (II, III y IV)*, Buenos Aires, Hys- pamérica

Sábato, Hilda (2004), *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

Smith, Peter (1983) *Carne y política en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós

Tato, María Inés (2005) "Variaciones reformistas: los conservadores bonaerenses ante el desafío de la democratización, 1912-1919", *Secuencia Revista de Historia y Ciencias Sociales*, n. 63, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México D.F. Disponible en www.historiapolitica.com

----- (2011), "De los Partidos Unidos al ugartismo. La construcción de un liderazgo político, 1902-1904", en Ferrari, Marcela y Quiroga, Nicolás (comp.) *Historias políticas de la Provincia de Buenos Aires*. La Plata, Archivo Histórico "Dr. Ricardo Levene".

Torres, José Luis (1973) *La década infame, 1930-1940*, Buenos Aires, Freeland.

Walter, Richard (1987). *La provincia de Buenos Aires en la política argentina 1912-1943*, Buenos Aires, Emecé.

"¿Es posible el fascismo en Uruguay?": nacionalismos, izquierdas y derechas

Ximena Espeche

La lucha contra el imperialismo la llevó adelante Batlle y Ordóñez, que fue quien le marcó el rumbo a su partido y a la república. Sin nacionalismos peligrosos, que han desembocado muchas veces en el atraso y en la regresión; por el camino levantado del respeto al derecho y a las libertades colectivas, el Batllismo ha desarrollado ese principio.

"República ejemplar" (editorial), *Acción*, 7 de enero de 1959, 3.

Hay un núcleo de ideas centrales del Partido Nacional que admite estar más a la izquierda o más a la derecha sin dejar de ser blanco. Mientras sigamos siendo antiimperialistas, liberales en alguna de sus acepciones, defensores de las leyes, de la democracia, de la República, de

la soberanía nacional y de los derechos de los ciudadanos seguiremos siendo el partido de Oribe, Berro, Gómez, Saravia, Herrera y Wilson. Es un tema de estrategia, no todos debemos tirar la corbata y usar campera. (Sociedad Uruguaya, 2011)

Propuesta del ensayo

El sistema bipartidista uruguayo -esto es, el del partido Blanco (o Nacional) y el partido Colorado-, con preeminencia casi absoluta al menos hasta los años setenta del siglo XX, estaba integrado por partidos autodefinidos como policlasistas y con fracciones que atravesaban todo el espectro ideológico: fracciones de centro, derecha e izquierda. Un ejemplo claro ha sido el batllismo para el partido Colorado en el espectro centro-izquierda o el coloradismo radical para la izquierda, el riverismo en la derecha del mismo partido y el herrerismo para el centro- derecha, el carnellismo y asociación nacionalista demócrata social para la izquierda del partido Blanco.² A pesar de estas variantes, en diversas ocasiones la apreciación más inmediata ha hermanado al partido Blanco con la derecha, más allá de que esa asociación estuviera sostenida en identificar como imagen total del partido a su fracción mayoritaria, la "herrerista", (conducida por Luis Alberto de Herrera, hegemónica desde los años 20 hasta incluso luego de la muerte de su líder en 1959). Esta perdurable consideración del herrerismo, obliga a revisar cómo se define esa "derecha" y, obviamente, contra qué se recorta, atendiendo a que su definición siempre es contextual.

En 1958, el partido Blanco/Nacional ganó las elecciones en una alianza con la Liga Federal de Acción Ruralista³, y luego de 93 años de primacía colorada accedió al gobierno del país.⁴ Esta victoria fue considerada por varios contemporáneos una muestra del avance del fascismo en el país (Rama, 1958), de un nacionalismo ajeno a las necesidades e identidades del Uruguay liberal (*Acción*, 1959) o como el resultado de una alianza que tenía a un "grupo derechista" usufructuando un partido (Rodríguez Monegal, 1966). La victoria tuvo también otras interpretaciones. Por ejemplo, que Uruguay en el marco de la alianza herrero-ruralista podía recuperar una pertenencia regional que no había sido tenida en cuenta por los gobiernos batllistas y neo-batllistas entre 1955 y 1959 (D'Elía, 1980); esto es, recuperar un destino "latinoamericano" que lo obligara a revisar la imagen de país "excepcional" con la cual era identificado tanto por nacionales como por extranjeros así como también recuperase el valor de la campaña -considerada históricamente dejada de lado por Montevideo- (Methol Ferré, 1958); una victoria que había que capitalizar y constituir en punto de despegue de una "izquierda nacional" uruguaya (Ares Pons, 1958). 1958 es, en el marco de este trabajo, un momento crucial. Gran parte de la población evaluó que el país se encontraba en una crisis económica, política y cultural que removía absolutamente todas las estructuras y las creencias de ser la "Suiza de

² La sinonimia entre Blanco y Nacional será complejizada en las páginas que siguen. El batllismo fue una tendencia hegemónica del Partido Colorado. Su líder fue José Batlle y Ordóñez, que lideró el gobierno durante dos períodos a comienzos de siglo XX e implementó medidas que hoy llamaríamos "progresistas" de alto impacto en la historia uruguaya. El herrerismo fue la tendencia hegemónica del partido Nacional, liderada por Luis Alberto de Herrera. Político e historiador, Herrera ocupó desde los años 20 la presidencia del Directorio del Partido Nacional en diversos períodos. El herrerismo se constituyó en un "otro" del batllismo. Según varios autores, es uno de los exponentes de la corriente historiográfica "revisionista" en la región (Argentina, Paraguay y Uruguay). El carnellismo fue una tendencia radical dentro del partido Nacional liderada por Lorenzo Carnelli.

³ Fundada en 1951 por Domingo Bordaberry y Benito Nardone, quien asumiría su liderazgo poco después ante la muerte del primero, se presentó como la organización que defendería los intereses de pequeños y medianos productores contra la priorización de la industria, el poder de los intermediarios, y la "debilidad" de instituciones como la Asociación Rural y la Federación Rural, de las que Bordaberry había sido poco antes un "líder descontento". Respondía a matrices del "pensamiento radical de las viejas clases conservadoras"; especialmente, su prédica iba contra comunistas, sindicalistas y burócratas y al conglomerado de grandes bancos y agentes financieros por dilapidar el trabajo de sus "confederados". La Liga contaba con un sistema propagandístico basado en el uso de la radio, propagando un discurso que explotaba la retórica "criollo-nativista", informaba y advertía sobre la cambiante lógica del mercado agropecuario, las relaciones entre los intermediarios, la distribución y la culpabilidad del neo-batllismo (y por ende, del batllismo) en las dificultades de sus oyentes. En algún sentido, el discurso de Nardone hacía resonar ciertas "afirmaciones" que estaban socialmente consensuadas entre los pequeños y medianos propietarios rurales. Éstos apoyaron a la Liga por considerar que el sistema bipartidista había dejado de ofrecerles satisfacciones (Jacob, 1980; Trigo, 1990).

⁴ El Partido Nacional había ingresado antes al gobierno como parte del gobierno colegiado, que en la historia uruguaya se alternó con formas de gobierno ejecutivo. En el caso del Consejo de Gobierno, se componía de seis miembros del partido mayoritario y de tres por la minoría. Había sido en sus inicios inspiración del mismo José Batlle y Ordóñez. Hasta 1958 el herrerismo siempre había mantenido una posición contraria al Colegiado.

América", y es por ello resulta una vía interesante para realizar el ensayo que aquí propongo. Esto es, analizar, en el marco de las repercusiones de dicha victoria, la producción de ciertos intelectuales del ámbito "progresista", revisar los modos en que ciertas caracterizaciones del herrerismo como una fracción históricamente consignada a la derecha del espectro ideológico -y por ende, de ciertas caracterizaciones del partido Blanco por la identificación con su fracción mayoritaria- fueron relativizándose o, al menos, reconfigurándose sobre todo a la luz de ciertas redefiniciones sobre qué significaba ser nacionalista en Uruguay. Es decir, nacionalismo entendido como la defensa de la soberanía y de una cultura nacional y no aquí como perteneciente al Partido Nacional -aunque en algunos casos esas adscripciones se superpongan por la misma sinonimia de los términos pero también porque el partido Blanco/Nacional fue considerado por sus partidarios como "Partido de la Nación"-

Ensayo aquí una hipótesis: esa relectura puede ser comprendida en el marco de una coyuntura específica, es decir, del Uruguay en "crisis estructural" (que puso en duda la hegemonía del Uruguay batllista); asimismo, y en relación con lo anterior, que debería verse allí el encadenamiento complejo sobre qué era dado entender y defender como nacionalismo uruguayo, en el marco de las preguntas y temores por el futuro del país.⁵ Como colofón también podría proponerse un trabajo de mayor aliento al aquí intentado, que se detuviera en otros "momentos" significativos en la historia político-cultural del país (como el primer batllismo o el golpe de Estado de 1933) para revisar qué movimientos de sentido tuvo la adscripción de la derecha con el partido Blanco/Nacional en Uruguay siguiendo el itinerario del nacionalismo. Cuestión que dejo planteada como interrogante.

Partidos y Nación

Una de las formulaciones con las que se ha intentado explicar el derrotero de la historia política uruguaya es la que identifica la historia de sus dos partidos -llamados "tradicionales"- con la historia de la nación. En otras palabras, esa historia fue explorada, y con la extrema pregnancia en análisis posteriores desde diversas disciplinas como la historia, la sociología y la ciencia política, por el historiador Juan Pivel Devoto en un libro publicado en 1942: *Historia de los partidos en Uruguay*. Allí, el historiador-político -con frecuente participación dentro del Partido Nacional- explicó que los partidos tradicionales habían nacido con la nación, en el enfrentamiento entre las divisas blanca y colorada en la Batalla de Carpintería en 1836. El motivo de la batalla fue que el caudillo Fructuoso Rivera se levantó contra el gobierno de Manuel Oribe, elegido presidente un año antes por la Asamblea Legislativa. Oribe obligó a que sus seguidores usaran un cintillo de color blanco que decía "Defensor de las Leyes". Rivera hizo lo propio con uno colorado. La victoria fue de éste último y Oribe abandonó la presidencia. Sin embargo el gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, lo consideró el legítimo mandatario del Estado Oriental y lo apoyó en su lucha contra Rivera. Tras varias peripecias que involucraron a distintos grupos de la Confederación Argentina y a Francia, Oribe -al mando de un ejército blanco y rosista- terminó derrotando en 1842 a Rivera, a quien sitió en Montevideo. Así, a partir de 1843 los colorados estuvieron sitiados en la ciudad- puerto y reforzaron sus lazos con la "civilización europea", mientras que los blancos, instalados en el Cerrito (a las afueras de la ciudad), se vincularon con ese ambiente rural al que le asignaron después un lugar preponderante para el desarrollo del país. A la vez, los blancos quedaban así emparentados con lo "criollo" y lo "americano", mientras que los colorados se definían entonces por el particular anhelo de la ciudad cosmopolita, con la que hacían coincidir el desarrollo del carácter uruguayo (Demasi, 2008; Rilla, 2008).

Definidas las divisas, con el correr de la historia y según el análisis de Pivel Devoto, se fue dando su conversión en partidos, su institucionalización y, cada vez más, la justificación de que en ambos se hallaba contenida la razón de la historia del país: el enfrentamiento campaña-ciudad y caudillos-doctores (esto es, entre los líderes rurales y la clase política), la coparticipación (en 1872, contra lo que preveía la Constitución de 1830, se llevó a cabo un acuerdo en la división de jefaturas de departamentos

⁵ Mi relación con el estudio de las derechas en el Cono Sur es oblicua, dado que mis investigaciones actuales no se especializan en ese tema. Aun así, mi tesis doctoral trabajó sobre algunas cuestiones vinculadas a los imaginarios partidarios en la segunda mitad del siglo XX en Uruguay. En otras palabras, el ensayo surge como un modo de realizar preguntas diferentes a una serie de problemas analizados en esa investigación sobre la historia de ciertos intelectuales (Carlos Quijano, Alberto Methol Ferré y Carlos Real de Azúa) y el problema de la integración latinoamericana de Uruguay en un momento considerado como de "crisis estructural".

entre ambos partidos), el sostenimiento de la democracia. Tal como examinó Mariana Iglesias (2011), el texto de Pivel Devoto podría ser leído en realidad como una historia que, al justificar la acción de ambos partidos como epítomes de la configuración nacional, a la vez conformó una revalorización del Partido Blanco. Así:

En tal sentido y sin ánimo de ser exhaustivos nos preguntamos si, en el contexto específico en el que escribió Pivel, la centralidad del binomio "caudillos" y "doctores" puede ser pensada como una contestación del esquema "civilización"- "barbarie" a partir del cual el batllismo construyó su relato sobre la nación; la defensa del tradicionalismo puede ser vista como una impugnación al cosmopolitismo batllista y, junto con la idea de "país real", como una visión alternativa a la del "país modelo", central para el sector y basada en una idea de acción humana vanguardista e innovadora; la concepción de partidos políticos como colectividades organizadas en torno al liderazgo personal del "caudillo" puede ser contrastada con una idea más institucional y orgánica de la organización política de la sociedad mediante la que promovió la conformación de un partido político que preveía instancias formales de decisión colectiva que excedían la voluntad de los líderes personales, como fue el caso del batllismo (Iglesias, 2010). Es que Pivel Devoto enunciaba sus tesis en el marco de un Uruguay que, ya en la década de 1940, podía reconocerse como "batllista". José Batlle y Ordóñez legó una serie de reformas del Estado y de ampliación de la democracia que constituirían lo que Caetano (1993) ha dado en llamar el "imaginario batllista" del país. Esto es, un país socialmente calmo, económicamente estable, culturalmente cosmopolita; un país de clases medias, una "Suiza de América". Era un Uruguay que se reconocía a sí mismo en la estela liberal y democrática. En palabras del sobrino de Batlle y Ordóñez, Luis Batlle Berres (1948) Uruguay era así "un oasis", una "excepción".⁶ El batllismo entonces habría configurado la piedra de toque de una definición de lo nacional a la que, finalmente, debieron plegarse tanto las otras fracciones del Partido Colorado como el mismo Partido Blanco. El propio Batlle Berres daba legitimidad a su gobierno haciendo de él un legado del de su tío: "el programa de ayer es el de hoy" (Rilla, 2008: 309).

Pivel Devoto escribió su libro luego del avance anti-liberal, que en el país había tenido presencia con el golpe de Estado de 1933 que dio el presidente colorado Gabriel Terra, con el apoyo entre otros del herrerismo⁷, y del "Golpe bueno" de 1942, que produjo la restauración batllista.⁸ El texto podría comprenderse como un intento para desarticular el relato colorado-batllista y también podría leerse como parte de una serie de resignificaciones vinculadas al nacionalismo vernáculo.⁹

Diferentes autores han ubicado a Pivel Devoto como simpatizante del franquismo (Barrán, 2004) y como "promotor" de las ideas nazi-fascistas (Zubillaga, 2002). La producción de Pivel, a su vez, podría ser revisada encontrando allí ciertos mojonos que la ubicarían a la derecha del espectro ideológico (Iglesias, 2010). Es entonces necesario preguntarse aquí qué razones lo volvieron "digerible". Las apuestas analíticas en los años cuarenta se recortan justamente sobre el marco del avance antiliberal pero que acataba el juego democrático (Alpini s/f). Es claro que lo que está en cuestión allí también es la formulación de las condiciones del nacionalismo uruguayo; es decir, los modos en que tanto el partido Colorado -en particular el batllismo-, las izquierdas partidarias (como el partido socialista o comunista), pero también el partido Nacional (y sus fracciones) tuvieron para gestionar la defensa de la soberanía, de la cultura y del futuro de un país en el marco de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra Fría.¹⁰ A fines de los años cincuenta, la coyuntura era otra. La "crisis estructural" pareció afectar todas las áreas sensibles para el desarrollo del país, y la victoria herrero-ruralista fue explicada en parte por esa crisis, que al mismo tiempo se

⁶ Luis Batlle Berres presidió el país con motivo de la muerte del primer mandatario entre 1947-1951. Presidió el Consejo Nacional de Gobierno entre 1955 y 1956 y lo integró desde 1955 hasta 1959.

⁷ La dictadura de Terra insistió en legitimarse tanto constitucional como electoralmente.

⁸ El golpe de 1942, conocido como "golpe bueno", fue una ruptura institucional que habría coadyuvado a la disolución de lo que sostenía el régimen previo (el que había llegado al poder con el golpe de 1933).

⁹ Agradezco a Mariana Iglesias en haberme insistido sobre el peso de la "nación" y del "nacionalismo" para pensar las adscripciones de derecha o izquierda del partido Nacional.

¹⁰ Sirva como ejemplo las conferencias sobre la "Tercera Posición" en 1953 en las que participaron Eduardo Rodríguez Larreta (del partido Blanco Independiente), Vivian Trias (socialista) y Rodney Arismendi (comunista), entre otros. Agradezco a Rodolfo Porrini su generosidad para la consulta de este material.

adscribía a los límites del batllismo encarnado en el neo-batllismo (Espeche, 2011). Es posible pensar que la recepción de los avatares de la Revolución Cubana también coadyuvó a la resignificación del nacionalismo vernáculo (resignificación que debería leerse como parte del armado de un esquema que tenía como primer antecedente el ataque norteamericano a Guatemala en 1954) y que entonces dejó la puerta abierta para reconsiderar las apuestas del herrerismo tanto dentro como fuera del Partido Nacional. Apuestas que sin desconocer la insistencia del herrerismo en la derecha, y especialmente su otredad respecto del batllismo, tenían en cuenta su defensa de la soberanía contra los imperialismos (sobre todo el norteamericano), por una parte y, por la otra, de la integración subcontinental. Para comprender estas últimas afirmaciones se vuelve necesario un pequeño derrotero por la historia de ese partido y de sus diversas fracciones.

Nacional, blanco, radical, demócrata social: derechas e izquierdas

La historia del Partido Blanco/Nacional hasta las postrimerías del siglo XX, según el armado que legó Pivel Devoto, liga a la divisa blanca con el partido Nacional sin fisuras. Pero bien sabemos que los partidos políticos buscaron en la interpretación del pasado formas de sellar pertenencias e identidades estableciendo linajes de acuerdo a los desafíos impuestos por determinadas coyunturas político-partidaria (Demasi, 2008). Sólo a modo de ejemplo puede citarse la distancia entre las palabras de Bernardo Berro, cuando oficiara de publicista en el Cerrito de los "blancos" de Oribe con sus palabras posteriores, estimando a ambos partidos como perniciosos, desde su nuevo lugar de líder principista.¹¹ Berro había afirmado en un principio que Montevideo era la "ciudad de los europeos", una "colonia disimulada", que luchaba contra los "verdaderos orientales y americanos". Así, blancos y colorados delineaban atribuciones americanistas unos y europeístas los otros.¹² Pero años después, tras el final del largo conflicto, el mismo Berro sentenciaba que "El Partido Blanco y el partido Colorado no están separados por ideas". A esta afirmación le seguía una férrea lógica en la que la división era, finalmente, "toda personal, o corresponde a lo a las personas de que se componen". Entre el momento de la Defensa y el Cerrito y ese nuevo momento de la política, se había abierto una distancia abismal: de la divisa al partido ligado a una persona; del partido ligado a una persona al partido ligado a aquel que "pugnara" por celebrar doctrinas.

En 1872 se fundaba el Club Nacional con la idea que mantenía una parte de la dirigencia política, a pesar del regreso de los conflictos entre blancos y colorados, de seguir equidistantes de los partidos y a la vez reafirmar sobre sí la identidad del "partido de la Nación". Sin embargo, en 1891 el acta orgánica del Partido Nacional retomaba el viejo ideario del Cerrito con la divisa blanca. Aun así se manifestaban algunas diferencias respecto de qué héroes el partido debía celebrar, teniendo en cuenta que "Blanco", por entonces, también implicaba el peligro del retorno a la guerra civil. Esa selectividad se advierte de manera evidente en el caso de la recuperación de Oribe, a la sazón el creador de la divisa blanca, para quienes lo redimían en una lucha interna por la hegemonía del Partido Nacional en las primeras décadas del siglo XX.

A principios de los años veinte y en el marco de esas disputas, una tendencia relativamente nueva disputaba el relato de la historia partidaria: el radicalismo blanco liderado por Lorenzo Carnelli, al que se opusieron Luis Alberto de Herrera y el resto del Partido Nacional. De hecho, el radicalismo blanco entre 1916 y 1924 asumiría en lo "blanco" -signado por la referencia a Manuel Oribe- un lugar para disputar la hegemonía sobre el pasado y el presente partidario, especialmente al herrerismo (Zubillaga, 1979). Y es allí donde la divisoria derecha-izquierda se superpone a la identidad del Partido Nacional. Carnelli esbozaba ese "ser blanco" distinguiendo el modo en que, por ejemplo, el herrerismo, asociado por Carnelli con el conservadurismo y los sectores rurales de más altos ingresos, había dominado el partido, con una constante referencia a la disciplina partidaria, una excusa que no dejaba crecer ni la presión ni la expresión de los obreros en el partido (Zubillaga, 1979:

¹¹ Los principistas eran, según Pivel Devoto (1942: 131), egresados universitarios blancos y colorados que aunaron sus fuerzas en "repulsa de las facciones tradicionales y los caudillos" porque consideraban que el partido sólo alimentaba la guerra civil.

¹² Manuel Herrera y Obes y Bernardo Berro tuvieron una polémica famosa, en 1847 en plena Guerra Grande. El primero, acusaba al bando del Cerrito de estar del lado de la barbarie y de la tiranía, contra el principio civilizador que había tenido la Revolución. Para Berro, por el contrario, el objeto de la revolución no había sido "importar" de Europa "veneno destructor" en el formato de principios generales que no atendiesen a las verdaderas necesidades de las regiones que se habían revolucionado. Las "sociedades de América" ya tenían en sí mismas "principios modernos".

99). El herrerismo, bajo esta nueva luz, no podía representar más que a las clases terratenientes y poseedoras. El radicalismo blanco, a diferencia del herrerismo, era intransigente. Esto es, como si pusiera en duda la posibilidad misma de que el herrerismo fuera, en realidad, esa "corriente popular" que permitiera un amplio espectro de posiciones según la caracterización de Zubillaga (1979: 23). Eso podía ser el Partido Nacional como una totalidad pero no el herrerismo. En este sentido, el interés de los carnellistas era el de recuperar una tradición adosada al partido como representación de las clases populares. Así, Carnelli podía afirmar que el Partido Nacional tenía

"el número mayor de trabajadores, el más antiguo y puro obrerismo como que se formó fuera del presupuesto, por la acción fecunda y realizadora (...) los obreros blancos se han acostumbrado a posponerlo todo a la mentida unidad partidaria" (en Zubillaga, 1979: 99-100). Los reclamos que eran considerados como tradicionales del Partido Nacional, esto es, libertad electoral, pureza del sufragio y representación proporcional, resumidos en el "pluralismo", lo eran a su vez por el radicalismo en función de que dentro del partido Nacional se cumpliera con la lógica pluralista que éste demandaba de la vida política del país a los colorados (Zubillaga, 1979: 13). Es interesante que, al momento de ser desafiliado del Partido Nacional, Carnelli y sus seguidores armasen un partido por fuera del Nacional al que llamaron "Partido Blanco".

El radicalismo blanco fracasó en su disputa con el herrerismo. Podría decirse lo mismo del itinerario dentro del partido de la Asociación Nacionalista Demócrata Social (ANDS), fundada por el abogado, latinoamericanista e impulsor del mítico semanario *Marcha*, Carlos Quijano. Como sublema del Partido Nacional se presentó a elecciones en 1928 ganando dos bancas de diputado, una de las que ocupó Quijano hasta 1931. De allí en más perdería votos y abandonaría toda tentativa electoral públicamente en 1958. La ANDS tenía como principios la democracia, el socialismo, el nacionalismo-antiimperialismo; este último definido como: "(...) una política de creación o de vigoramiento de la nacionalidad, de estudio constante de nuestra realidad, de soluciones, ya lo hemos dicho, basadas en esa realidad" (Quijano, [1933] 1989). Otra de las fracciones en las que el Partido Nacional ya se había desgajado era el "Partido Nacional Independiente", en 1931, consolidándose esta división ante el apoyo herrerista al golpe en 1933, y que a comienzos de los años 40 protagonizó una disputa encendida con el herrerismo por la historia partidaria, sostenida en sus órganos de prensa *El país* (Partido Nacional Independiente), *El Debate* y *La Democracia* (fracción herrerista) (Rilla, 2008:318-338)

De este modo, la relación con qué pasado era el pasado blanco-nacionalista no fue en general homogénea; el propio Herrera transformaría más tarde en positivas sus consideraciones sobre el oribismo (cuando durante los años 20 había abjurado de Oribe como caudillo, en especial para diluir así su propia participación en las huestes del caudillo Aparicio Saravia¹³ en la guerra civil. Herrera recuperaba del prócer, y a los efectos de una determinada política partidaria signada por la coyuntura, la "tradición" del partido Nacional opuesta a la intervención foránea, tal como Oribe lo había hecho enfrentándose a Francia e Inglaterra (Reali, 2005).

Esa coyuntura se veía marcada por las tratativas norteamericanas del establecimiento de bases navales en el país en la década de 1940. La falta de consenso sobre el proyecto de erección de un monumento a Oribe en pleno centro de Montevideo en 1961 (bajo gobierno herrero-ruralista) permite ver las disputas por la legitimidad en el presente a partir de la recuperación de una línea que unía presente y pasado sin cortes abruptos (Reali, 2004: 56-57). Algunos temas eran parte de un disenso dentro de lo que se suponía era una "misma tradición" que unía, para empezar, "blanco" con "nacional" (en el sentido del "Partido Nacional"). Los conflictos dentro del Partido Nacional sobre cuál era el verdadero relato de su historia se pueden comprender en el marco de la salida del terrismo, esto es, a partir de 1942. Pero también a la luz de la divisoria de aguas que marcó la Segunda Guerra Mundial entre aliados y neutralistas en la región (Rilla, 2008). Así, el neutralismo herrerista -y sus escarceos con la política peronista, que incluso llegara a aportarle cuadros para la campaña en las elecciones de 1946- dispusieron sobre Herrera la acusación más de una vez esgrimida de que apoyaba al fascismo; el ruralismo también fue acusado en esos términos a fines de los 50 (Alpini, s/f; Trigo, 1990: 172).

¹³ Aparicio Saravia (1856-1904) político, militar y líder rural del partido Nacional. Estuvo al frente de una serie de levantamientos armados contra los gobiernos colorados entre 1896 y 1904, donde fue derrotado.

El herrerismo puede ser pensado como el "otro" del batllismo, una corriente de pensamiento nacionalista y conservador. Esto es, nacionalismo tomando como base la asociación con la región y el sub-continente, pero sobre todo con los países que habían sido parte del virreinato del Río de la Plata. Su actividad político-partidaria estuvo signada por la institucionalización del orden social existente, y en las tradiciones buscó el modelo por el que ese orden debía tornarse rector de la vida partidaria. En la educación destacó, a diferencia del batllismo, sucesos y personajes americanos y nacionales y durante la Segunda Guerra Mundial promovió la neutralidad (Reali, 2005: 1675). El sector herrerista supo negociar, cuando le fue conveniente, tanto con el batllismo como con sectores colorados anti-batllistas.

El Partido Blanco/Nacional y la identificación derechista: entre la Segunda Guerra Mundial y la Revolución Cubana

La "reconstrucción" del Partido Nacional se llevó a cabo bajo el liderazgo herrerista en el marco de las elecciones de 1958, momento en el que Carlos Quijano denunciaba en uno de sus famosos editoriales que esa reconstrucción era una "calcomanía" de las que había realizado el Partido Colorado (Quijano, 1958: 4-1). En definitiva, que lo que se presentaba a elecciones era apenas "una conmixción de fuerzas", que ya no podría tener lo que aspiraba Quijano, unas "grandes y pocas directivas comunes". Así, irónicamente, afirmaba que el herrerismo, defensor del antiimperialismo y el anticolegialismo, votaría por quienes defendían la "intervención multilateral". Esto es, defensor de la soberanía uruguaya ante el avance norteamericano en los años 40, y contra el colegiado propugnado tempranamente por el batllismo (para después pactar en 1952 una modificación constitucional para hacerlo posible en las elecciones de 1958), se aliaba a su vez con sectores del propio partido -como el Partido Nacional Independiente- de cuyas huestes había salido la propuesta de intervención multilateral en la Conferencia de Chapultepec en 1947 (la doctrina Rodríguez Larreta).

Herrera se alió con la Liga Federal de Acción Ruralista a los efectos de ganar las elecciones en noviembre de 1958. Esa alianza fue objeto de numerosas críticas propulsadas entre otros por los intelectuales de mayor prestigio del país, tal como Quijano. En algunos casos, mereció la defensa absoluta de quienes, como el ensayista e historiador Alberto Methol Ferré, consideraban que el ruralismo y el Partido Nacional venían a descubrir en Uruguay la campaña, América Latina y, sobre todo, sus clases populares (Methol Ferré, 1958; 1967). Por el contrario, para el historiador Carlos Rama, esa alianza sólo podía explicarse en los términos del rédito político que sacaba un partido, su fracción hegemónica y, sobre todo, la agremiación de los terratenientes, sobre la crisis estructural. Sobre ello argumentó en *Marcha* (Rama, 1958). Y con ello encendió una breve polémica en la que participó el ensayista e historiador Roberto Ares Pons (Ares Pons, 1958). Carlos Rama escribía con temor y se preguntaba si en Uruguay era posible un "fascismo uruguayo". Y lo analizaba determinando que 1958 traía no sólo el acabose del mito de una izquierda dentro del Partido Blanco (el alejamiento de Quijano era un ejemplo de ello) sino también una derechización final de ese partido y en general de todo el espectro partidario (de las tendencias dentro del lema; de la Unión Cívica, representante del catolicismo). Además de comparar los años 30 con ese fin de década, entre la Guerra, la crisis, el nazi fascismo y la posibilidad de otra guerra, llamaba a la unidad de las izquierdas. Roberto Ares Pons le contestaba que había que detener las analogías. No sólo que los años 30 no eran -no podían ser- los 50 (porque las condiciones tanto nacionales como internacionales eran diferentes) sino porque la izquierda y la derecha europeas no tenían nada que hacer en América Latina. El ruralismo, contradictorio sí, y no se podía prever qué dirección tomaría dentro de él la lucha de clases, ni podía ser identificado con la vieja Federación Rural, que representaba a los grandes propietarios. El artículo finalizaba con la afirmación de que no había que "empujar al desconocido a las trincheras del enemigo", esto es: a quienes pudieran hacer del ruralismo una fuerza muy distinta del fascismo.

Pocos tiempo después de la derrota del Partido Colorado y, sobre todo, de la fracción liderada por Batlle Berres, el diario *Acción* publicó dos recuadros que dejaban en claro que el futuro seguía del lado del batllismo y de sus sucesores. Batlle Berres era el director del diario y éste era el órgano de prensa de esa lista:

La lucha contra el imperialismo la llevó adelante Batlle y Ordóñez, que fue quien le marcó el rumbo a su partido y a la república. Sin nacionalismos peligrosos, que han desembocado muchas veces en el atraso y en la regresión; por el camino

levantado del respeto al derecho y a las libertades colectivas, el Batllismo ha desarrollado ese principio. La perspectiva de algunas décadas, que han dado a nuestro pueblo la posibilidad de autodeterminarse y de labrar su propio destino, confirman el principio y marcan la obligación de seguir trabajando porque no nos desviemos de él. Teniendo en cuenta que la Revolución Cubana había triunfado, era valorada por su antiimperialismo, que para el autor del recuadro remitía también a la propia historia del batllismo. Esto último interesa ya que la definición de que el batllismo había luchado "contra el imperialismo" y "sin nacionalismos peligrosos" parecía una defensa a una de las acusaciones que eran comunes sobre el batllismo y sobre sus legatarios: su cercanía a las directrices de los Estados Unidos y su alineación panamericana. Y, al mismo tiempo, era una acusación sobre el carácter del partido en el gobierno: el nacionalismo "peligroso" tanto del Partido Blanco como de la Liga Federal de Acción Ruralista. En definitiva, un nacionalismo no batllista.

Interesa remarcar la afirmación de que el herrerismo-ruralismo en el poder era, no podía ser sino, un "nacionalismo peligroso". Quizá una de las claves para comprender que ciertas particularidades del herrerismo se hicieran digeribles, o que el ruralismo tuviera amplio apoyo en el Uruguay liberal en crisis de fines de mediados del siglo XX fuera justamente que lo que estaba redefiniéndose eran los criterios, el alcance y los significados del nacionalismo. Quien lo expuso más claramente fue el crítico literario y docente Ángel Rama -fundamental en el armado de un canon de intelectuales uruguayos y latinoamericanos-. En un compendio-análisis sobre los intelectuales uruguayos de medio siglo afirmó que:

De 1955 en adelante asistiremos a un renacimiento del nacionalismo que se presenta como un reencuentro con el país dentro de condiciones progresivamente dramáticas. Durante los años anteriores, el nacionalismo agrario y antiimperialista de Luis A. de Herrera había sido eliminado de toda función dirigente y severamente combatido por un abanico de partidos que iban de los liberales al comunista. Salvo en el campo de la historiografía -de reivindicación partidista militante- ese nacionalismo no había incidido en la vida intelectual durante el período internacionalista y aun su función antiimperialista solo alcanzó predicamento a través de un sector que parcialmente se le había desprendido pero que abarcaría muy distintas ideologías: se le conoció como "tercerismo", predicando la neutralidad en el conflicto 1939-1945 con una doble crítica a las fuerzas en pugna. El partido nacionalista solo llega al poder a través de la descomposición política que rodea ese año 1955: es la adopción del poder ejecutivo colegiado en 1952 y el crecimiento del movimiento de masas rurales acaudilladas por Nardone que pega un primer golpe a la dicotómica y rígida organización de los partidos políticos (Rama, 1972). ¿Qué significó allí esa caracterización del herrerismo? Quizá es posible leer esas palabras teniendo en cuenta tres datos. Por una parte, un dato que es fundamental a la hora de revisar la configuración de los nacionalismos en América Latina: la Revolución Cubana. La experiencia de Cuba condicionó ciertas revisiones de los pasados nacionales y, sobre todo, de ciertas expresiones y experiencias políticas. Si, podría decirse, condicionó las revisiones del peronismo en Argentina, otro tanto sucedió con el herrerismo en Uruguay (cuestión que claramente sugiere la realización de investigaciones conexas y que aquí dejo sólo planteado). En todo caso, ayudó a separar el "nacionalismo" de la "derecha" y, también, a reafirmar las búsquedas de las "izquierdas nacionales" tan fructíferas por esos años y que exceden en mucho el marco geográfico del Río de la Plata pero, al mismo tiempo, obligan a tenerlo como ángulo de toma privilegiado. Por otro lado, Rama ya había dado su caracterización del Partido Nacional en el poder en 1965 (durante el segundo mandato de ese partido) y de la crisis en Uruguay: la crisis no debía ser adjudicada solamente al batllismo, y además el partido en el gobierno estaba en consonancia con la derechización de todo el subcontinente. En este sentido, esa derechización se vinculaba fuertemente con un nacionalismo "provinciano", no latinoamericanista y no cosmopolita. Y, finalmente, el dato del presente de la renunciación: en 1972 la presidencia estaba a cargo del colorado Jorge Pacheco Areco. Éste realizó un ajuste para estabilizar la economía del país sustentado en la utilización de todo el aparato coactivo del Estado: la implementación de Medidas Prontas de Seguridad, censura y clausura de diversos órganos de prensa y la prohibición de partidos políticos. Además, su gobierno fue sospechado de connivencia con organizaciones de extrema derecha y grupos paramilitares (Caetano y Rilla, 1995: 223). Era la representación más cabal de la derecha en el poder.

Algunas reflexiones

En 1958 el triunfo de la alianza herrero-ruralista hizo visibles otras opciones a la tradición colorado-batllista. La revalorización de la campaña y la vinculación con el sub-continente parecían recuperar lo que el batllismo había dejado de lado. Esto no supone que quienes adscribieran a esas recuperaciones fueran necesariamente afines al ruralismo o al herrerismo. En la definición de éstos como opciones ideológicas ha sido generalizado el componente de derecha y conservador, pero ello no implica que quienes podían compartir ciertas críticas al batllismo necesariamente lo hicieran desde la derecha del espectro político, si bien podían coincidir en algunos de los reclamos que, vinculados a la "campaña" y a "América Latina", parecieran posibles de ser identificados con el herrerismo y el ruralismo.

Derecha e izquierda, igualmente, por ser contextuales no definen su existencia como palabras que cambian de lugar y que entonces modifican mecánicamente sus alcances (qué y cómo designan). Pero, al mismo tiempo, para ser cabalmente entendidas necesitan de explicaciones y de un armado todo lo comprensivo que se pueda de su contexto de posibilidad. 1958 puede ser tenido en cuenta como epítome para estas discusiones en Uruguay, porque además dejó abierto un cauce de preguntas sobre las características del nacionalismo uruguayo -y el tipo de distancias ideológicas y políticas entre derecha e izquierda- que sería retomado con un peso específico luego de la Revolución Cubana.

Este ensayo necesitaría completarse con trabajos a futuro en los que, por ejemplo, se revisara cuánto y cómo de la formulación sobre el nacionalismo (pero también sobre el latinoamericanismo) afectó la adscripción de estos partidos y sus fracciones en la derecha o la izquierda del espectro ideológico. Cuánto pareció que la disputa entre derecha e izquierda, entre los partidos tradicionales, entre sus fracciones, entre los partidos tradicionales y las izquierdas partidarias pendió según coyunturas específicas del hilo conductor del nacionalismo. En el caso del Partido Nacional, la cuestión de "lo blanco" (a la que hace referencia el epígrafe del inicio) permitiría explicar quizá el peso del antiimperialismo, el americanismo y la búsqueda de un nacionalismo no batllista como el marco de la disputa por la hegemonía ideológica (derecha-izquierda) del partido.

Bibliografía y fuentes

Acción (1959), "República ejemplar" (editorial), 7 de enero, p. 3

Alpini, Alfredo (s/f) "Uruguay en la era del fascismo". Disponible en <http://fp.chasque.net/~relacion/9909/uruguay.htm>

Andatch Fernando (1992) *Signos reales del Uruguay imaginario*, Montevideo, Trilce. Ares Pons,

Roberto (1958), "Es imposible un fascismo uruguayo", 18 de diciembre, p. 6-10.

Caetano Gerardo (1992), "Identidad nacional e imaginario colectivo en Uruguay: la síntesis perdurable del Centenario", Achugar, Hugo y Gerardo Caetano (comps.), *Identidad uruguaya ¿Mito, crisis o afirmación?*, Montevideo: Trilce.

Demasi, Carlos (2008) "Los partidos más antiguos del mundo": el uso político del pasado uruguayo" en *Encuentros uruguayos*, n. 1, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

D'Elía Germán, (1982) *El Uruguay neo-batllista*. Montevideo, Ediciones Banda Oriental.

Espeche, Ximena (2010) "Morir o vivir 'oriental': Carlos Quijano, Alberto Methol Ferré y el problema de la integración latinoamericana y revolucionaria de Uruguay", *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*, n. 1, Montevideo, pp. 99-114.

Iglesias, Mariana, (2011) "¿La historia política del Uruguay según Juan E. Pivel Devoto: ¿un relato de derecha?", en: Bohoslavsky, Ernesto (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento. Disponible en www.ungs.edu.ar/cm/uploaded_files/file/publicaciones/las_derechas/.

Jacob, Raúl (1980) *Benito Nardone. El Ruralismo hacia el poder (1945-1958)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.

Methol Ferré Alberto (1958) "¿A dónde va el Uruguay?", *Tribuna universitaria*, Nro. 6-7, noviembre, pp. 136-173.

- (1967) *El Uruguay como problema: en la cuenca del Plata entre Argentina y Brasil*, Montevideo, Diálogo.
- Pivel Devoto, Juan (1942) *Historia de los partidos políticos en Uruguay*, Montevideo, Tipografía Atlántida, 2 tomos.
- y Alcira Ranieri de Pivel Devoto (1945) *Historia de la República Oriental del Uruguay (1830-1930)*, Montevideo, Medina.
- Quijano, Carlos [1933] (1989), "Nacionalismo-Antiimperialismo" (Extracto de la Declaración de Principios de la Agrupación Demócrata Social del Partido Nacional), *Acción*, 15 de julio de 1933, en: Quijano Carlos *América Latina una nación de Repúblicas*, Montevideo: Cámara de Representantes, ROU, pp. 53-54.
- [1958] "A rienda corta", *Marcha*, n. 925, 22 de agosto de 1958.
- Rama, Ángel (1958) "¿Es posible un Fascismo uruguayo?", *Marcha*. 941, 12 de diciembre, p. 6.
- (1965) "La generación de la crisis", *Marcha*, n. 1281, 19 de noviembre, pp. 30-31.
- (1972) *La generación crítica*. Montevideo: Arca.
- Realí, Laura (2005) "Usos políticos del pasado. Dos discursos históricos para un proyecto político en Uruguay, en la primera mitad del siglo XX", en Gutiérrez Escudero Antonio y María Luisa Laviana Cuetos (coords.), *Estudios sobre América siglo XVI-XX*, Sevilla, AEA, pp. 1675-1692
- (2004) "La Ley del Monumento a Manuel Oribe de 1961: ¿una victoria revisionista?", en Devoto Fernando y Nora Pagano (eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, pp. 39-57.
- Rilla José (2008) *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1842-1972)*, Montevideo, Sudamericana.
- Rodríguez Monegal, Emir (1965), *Literatura uruguaya de medio siglo*. Montevideo, Alfa.
- Trigo, Abril (1990) *Caudillo, Estado, Nación. Literatura, Historia e Ideología en el Uruguay*. Pittsburg, His- pamérica.
- Sociedad Uruguaya, (2011) "Hernán Bonilla: 'Zambullida a la izquierda'", 20 de junio. Disponible en <http://www.sociedaduruguaya.org/2011/06/hernan-bonilla-%E2%80%9Czambullida-a-la-izquierda%E2%80%9D.html>
- Zubillaga Carlos (1979) *Las disidencias del tradicionalismo: el radicalismo blanco*, Montevideo, Arca/Claeh.
- (2002) *Historia e historiadores en el Uruguay del siglo XX*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Segunda sección. Estado y derechas

El origen de la derecha tecnocrática española y sus consecuencias

José Luis Orella

La aparición de los tecnócratas en la década de 1960 en España fue durante un periodo de fuerte crecimiento económico, que llegó a denominarse como el "milagro español". Los interrogantes sobre quiénes eran aquellas personas que con gran conocimiento y profesionalidad, consiguieron enderezar la caótica situación económica española y reorientarla hacia un desarrollismo que situaría al país como la octava potencia industrial del mundo, fueron demandados con gran interés. La España imperial que había dominado los océanos durante los siglos XVI y XVII, y había mantenido su categoría de potencia en el siglo XVIII, perdió su referente durante un convulso siglo XIX que la hundió en confrontaciones civiles que culminaron en la Guerra Civil de 1936. Una España, entonces, que proyectaba una imagen de atraso, hambre, pandereta y arcaicas reivindicaciones sociales sin cumplir. Sin embargo, la década de los sesenta, tendría el protagonismo de sustituir esa imagen

subdesarrollada de España por otra moderna, donde el país se intentaba codear con sus equivalentes de Occidente, resurgidos con opulencia de una difícil postguerra, en plena guerra fría.

Antecedentes

Pero la idea de los técnicos había ido madurando con el tiempo. Ya en la literatura de aventuras, el escritor francés Julio Verne anunciaba en una de sus obras menos conocida, *Los 500 millones de la Begur*, la creación de dos ciudades modélicas en los Estados Unidos, por la herencia millonaria que recibieron sus dos herederos. El francés, crearía una pequeña ciudad de provincias, con todo lo necesario para disfrutar de una vida confortable al modo de vivir burgués previo a la Primera Guerra Mundial. La segunda ciudad, construida por el heredero alemán, era una inmensa siderurgia, donde exclusivamente alemanes, suizos o alsacianos podían trabajar en plenitud de derechos, dentro de una comunidad altamente jerarquizada. Quienes disponían de altos conocimientos de ingeniería, formaban parte de la elite moderna de la nueva ciudad.

Del mismo modo, Veblen, crítico hacia la sociedad capitalista surgida desde la implantación del Estado liberal, propugnaba una dictadura de los ingenieros, como personas competentes, que sin perder el tiempo en la política, ordenasen la sociedad de una forma coherente y práctica. Incluso, ante la necesidad de desarrollo, en España, la generación de los regeneracionistas de principios del siglo XX, incentivarán el amor por el trabajo y el progreso industrial, dilapidados en el país por el gasto en políticas expansionistas de corte imperial. Es de este modo, cuando Joaquín Costa, el "León de Graus", propugnaba "cerrar la tumba del Cid con candados", olvidarnos de viejas glorias expansionistas, y concentrarnos en trabajar. Incluso, solicitaba, ante el agotamiento del corrupto sistema restauracionista, la llegada al poder de un cirujano de hierro, quien apoyado en un fuerte ejecutivo, remediase sin perder el tiempo y con medidas urgentes, el atraso económico español. No obstante, la imagen de un mundo moderno regido por la técnica, donde el hombre pudiese quedar subordinado a una nueva servidumbre, será el discurso transmitido por el director Fritz Lang en su obra maestra *Metrópolis*. El miedo a la técnica también tendría sus ecos en muchas personas.

1.1 Los técnicos de la dictadura de Miguel Primo de Rivera

El ejército se convertía en el cirujano de hierro que necesitaba provisionalmente el país, según la opinión del intelectual regeneracionista Joaquín Costa. Este papel regenerador del ejército en la política de España, tendrá su cumplimiento en el pronunciamiento de Miguel Primo de Rivera, quien bajo el lema de la eficacia, instauró un directorio militar para acabar con las corruptelas del régimen restauracionista. A pesar de todo, el general Primo de Rivera, tendrá que captar a jóvenes políticos de segunda fila del maurismo para ocupar los puestos dirigentes económicos y administrativos en 1925, ante la carencia de personal especializado en el ejército. El principal de ellos fue el abogado José Calvo Sotelo (1893-1936), quien fue ministro de Hacienda entre 1925 y 1930. Calvo Sotelo intentó defender la línea de nacionalismo económico, lo que le llevó al monopolio de petróleos, fundando la compañía estatal CAMPSA. La nacionalización de los recursos vinculados con el petróleo que enfrentó a España con las siete compañías multinacionales del sector, pretendía crear para el país una política nacional energética no sólo, de refinado, sino de transporte en petroleros y prospección en los lugares con yacimientos (Bullón de Mendoza 2004)

El otro referente, que congregó en torno a su figura un gran número de técnicos fue Rafael Benjumea Burín (1876-1952). Ministro de Obras Públicas de 1925 a 1930, defensor de que el Estado interviniese directamente en el desarrollo del país, fue el instigador material de gran número de proyectos, entre los que destacan dos: la creación de una red de carreteras y la puesta en marcha de las Confederaciones Hidrográficas, que favoreciesen el aprovechamiento integral de los ríos mediante una organización de conjunto industrial, agrícola y social. El ingeniero andaluz fue ennoblecido con el título de conde de Guadalhorce, por la obra que realizó en aquel río. Exiliado en 1931 cuando se proclamó la II República, recaló en Buenos Aires en 1933, donde colaboró en las obras del metro de la capital argentina (DDAA 1991: 910), fue el responsable de la línea

C del subterráneo, como se conoce allí al metro. Permaneció en el país hasta 1948, en que volvió a España. A nivel político, encabezó un pequeño grupo derechista monárquico, que junto a los más numerosos carlistas e iniciales falangistas, forjaron a los partidarios del bando nacional en la comunidad española de Argentina.

1.2 Los técnicos de la Junta Técnica de Burgos durante la Guerra Civil

El inicial alzamiento militar que debía contar con la participación de varios miles de voluntarios civiles para controlar la situación, derivó pronto en un enfrentamiento civil de grandes dimensiones. España se había dividido, y cualquiera de los bandos que intentase imponerse al contrario, debía hacerlo a través de una cruenta guerra civil. El progresivo recrudecimiento de la guerra hizo patente la necesidad de formar unas comisiones técnicas especializadas en diversas actividades económicas y administrativas, que supliesen las funciones del Estado en el bando denominado nacional. Estas comisiones debían estar formadas por un elemento civil altamente capacitado para llevar adelante sus funciones, ya que los militares de intendencia pronto se dieron cuenta que por la prolongación del conflicto, les iba a ser imposible hacerse cargo de la creación de una administración civil alternativa a la que habían derrocado.

Sin embargo, existía un grave problema, la zona nacional por su carácter eminentemente rural, carecía de los recursos humanos más apropiados. Excepto en el caso de la comisión de Agricultura, que podía contar con un equipo joven y dinámico, formado por ingenieros agrónomos que prestaban servicio en explotaciones agrarias y confederaciones hidráulicas. No obstante, para el resto de las comisiones, la dificultad se fue paliando en el transcurso de la guerra, cuando se incrementó el número de técnicos fugitivos de la zona republicana, o residentes en las zonas de reciente liberación. De este modo, en enero de 1938, la Junta Técnica pudo ser disuelta y sus componentes pasaron en su mayor parte, a formar la estructura del nuevo gobierno nacional. Los técnicos procederán principalmente del cuerpo de ingenieros en sus diversas ramas: Caminos, Canales y Puertos; Navales; Industriales; Minas; Textiles y Agrónomos, abogados del Estado; empresarios y funcionarios especializados en diversas áreas comerciales: En el primer grupo encontramos a: Bravo, Benjumea, Carceller, González Bueno, Santos, Martín Sanz, Suanzes, Navarro-Reverter, Areilza, Peña, Oriol y Urquijo... en el segundo a Bau, Rodezno, Serrano, Amado, Gallo, Larraz, Ventosa, Bertrán y Musitu... y en el tercero a Pan, Arburua, Huete...

Las carreras a las que pertenecían los técnicos de Burgos eran de elite y requerían una fuerte preparación, estando calificadas como muy duras. La selección del alumnado tendía a ser muy rigurosa, porque el número de los admitidos era siempre escaso, de 12 a 20, según la demanda social. Desde los tiempos de la Restauración, las ingenierías se habían convertido en la carrera de moda, al aunar en si la técnica con la idea de progreso. Los alumnos que estudiaban esta disciplina procedían de la escasa clase media, de profesiones liberales y de familias económicamente fuertes. La escuela estaba en Madrid, y no se estableció otra en Bilbao hasta que no fue requerida por la sociedad local. Por esta razón, aparte de los estudios, el mantenimiento del estudiante fuera de su clase únicamente se lo podían permitir pocas familias. Por otro lado, el corto número de admitidos producía un mayor hermanamiento de la promoción creando entre ellos unos lazos estrechos y duraderos. De esta forma, veremos cómo en los diversos equipos técnicos, el responsable tenderá a rodearse de personas de confianza, eligiendo primeramente a sus antiguos compañeros de promoción.

En cuanto a la edad, los técnicos fueron hombres relativamente jóvenes e incluso "insultivamente", demasiado jóvenes. Si los dividimos en tres grupos, el primero, formaría a los nacidos entre 1870 y 1881, que eran los mayores de 55 años en 1936; el segundo, a los nacidos entre 1883 y 1891, situados entre los 45 y 53 años; y el tercero reuniría a los venidos entre 1894 y 1908, con un arco de los 27 a los 42 años. Podemos constatar en el primero a Aznar, Goicoechea, Benjumea, Herrero, Martínez Anido, Gómez-Jordana, Montaner, Moreno Calderón, Bertrán Musitu, Quiñones de León, Ventosa Calvell, Moreno Zulueta, Romanones, Stuart Falcó... Buena parte de estos "mayores" no ocupaban cargos oficiales en la junta técnica o en el primer gobierno de Burgos, sino, que se limitaron a realizar labores de asesoramiento o misiones especiales en el extranjero. La excepción la tenemos en los militares, que en esa edad estaban en el generalato o de coroneles, ocupando los cargos de mayor responsabilidad. En cuanto al segundo grupo, encontramos a Amado, Alfaro, Fernández Ladreda, Gallo, Lamamié de Clairac,

March, Peña Boeuf, Garelly, Alarcón de la Lastra, Planell, Rodezno, Suanzes, Ungria, Marín, Fernández Cuevas, Godino... Precisamente, el sector de la cincuentena era el que resultaba estar más poblado por responsables de comisiones y de futuros ministros. A sus años conservaban energía y una gran capacidad de trabajo, a la que sumaban una madurez profesional contrastada antes de la guerra. En definitiva eran jefes que habían llegado al cenit de sus profesiones y demostraron en el sector público, una valía ya experimentada en el privado. Con respecto al tercer grupo, estaba formado por Bau, Carceller, Garrigues, González Bueno, Sainz Rodríguez, Serrano Suñer, Aunós, Escario, Larraz, Arburua, Martínez Artero, Güell Churruca, Conde, Areilza, Bustillo y los benjamines Martín Sanz y Gamero del Castillo, que se situaban en el entorno de los 26 años. Estos jóvenes prometedores, con ideas innovadoras y la vitalidad propia de la edad formaron el equipo de colaboradores de los anteriores. Aunque tengamos en Bau, al responsable de la importante comisión de industria; a Sainz Rodríguez, que con 38 años fue el ministro de Educación Nacional y promotor de una reforma de la segunda enseñanza en plena guerra civil; y especialmente a Serrano Suñer, ministro de Interior y eminencia gris de Franco, con 35 años. No obstante, como sucedió en el caso de Martín Sanz, la edad fue un inconveniente que impidió a varios de ellos ocupar cargos de mayor relieve (Orella 2001). De todos aquellos, destacaría al ingeniero Alfonso Peña Boeuf, quien había iniciado su labor profesional de manos del conde de Guadalhorce en la época del general Primo de Rivera. Fue el principal responsable de reconstruir un país en guerra e inmediatamente en el período de postguerra. En esta difícil labor creará la Dirección General de Regiones Devastadas, como atención preferente de su actividad. En 1939 publicaría el Plan de Obras Públicas de su ministerio, deudor de aquel que quedó inconcluso con la caída del régimen primorriverista. El Plan se centraba en la reconstrucción de la red viaria tan destruida durante la guerra e iniciará la construcción de presas y pantanos para una mejor regulación del agua dulce necesaria para la agricultura española, que luego sería completada por una red de pantanos. Además en su promoción de una política económica nacional aprovechará la ocasión de la posguerra para reordenar el ámbito ferroviario unificando las diferentes compañías privadas existentes, arruinadas por la guerra en la RENFE. Este organismo de nueva creación monopolizaba el tráfico ferroviario español en manos del Estado y se convertía en la segunda nacionalización después de la del petróleo efectuada por José Calvo Sotelo en la dictadura de Primo de Rivera (Peña Boeuf 1954).

2. La época de oro: los tecnócratas del desarrollismo

La fecha de 1964 es la puesta de largo del régimen de Franco. La ocasión la presentan las celebraciones por los "25 años de Paz". La España aislada después del final de la Segunda Guerra Mundial y el régimen espartano de autarquía son un recuerdo. En plena Guerra Fría, España ha firmado un Convenio Militar con Estados Unidos y el Concordato con la Santa Sede y, dos años más tarde, ingresa en la ONU. Tras un duro Plan de Estabilización establecido por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), los primeros técnicos llamados a formar parte del gobierno de 1957, inician una serie de medidas que tendrán como objetivo la liberalización de la economía, el recorte del gasto público, la apertura de la economía española al comercio internacional y la devaluación de la moneda. La consecuencia fue, a partir de 1961, el inicio desenfrenado del desarrollo económico español.

El Banco Mundial y la OCDE aconsejaron a España que con una reserva de 1.000 millones de dólares podía pasar de la fase de estabilización a la de expansión. España, desde 1962 hasta 1965 creció a un ritmo de 8-9 % del PNB. El turismo se fue transformando en la principal industria del país: traía divisas y convertía a la costa mediterránea en el objetivo de las constructoras. En 1949, España tuvo un millón de turistas; en 1960 se multiplicaron a 6 millones; y en 1970 fueron 32 millones de turistas. Los ingresos en divisas obtenidos por el turismo compensarían con creces la balanza de pagos. España gastaba en importar bienes de equipo y modernizar con nueva tecnología la incipiente industria.

La producción de acero pasó de 1.823 millones de toneladas en 1959, a 11.136 millones en 1975; el cemento pasó de 10.577 millones de toneladas a 47.168, por la política de incentivo de la vivienda oficial; la de zinc de 21.200 toneladas en 1950, a 45.000 diez años después. El incremento industrial demandó numerosa mano de obra que solventó sacándola del campo, donde se impuso la necesidad de mecanizar las labores de roturación, siembra y recolección. El paro se vio reducido a cien mil

personas y las mujeres entraron a trabajar, representando un 25 % de la mano de obra total. La necesidad de energía fue suplida por la construcción masiva de centrales hidroeléctricas que aprovechaban el agua embalsada en los numerosos pantanos inaugurados por Franco. La producción eléctrica pasó de 6.853 kilowatios/hora en 1950, a 18.600 en 1960. España otorgaba ayudas a otros países. En el curso de 1964-65 más de 500 millones de pesetas se gastaron en becas a favor de estudiantes hispanoamericanos y árabes para que estudiaran en las universidades españolas. Estos estudiantes ocuparían más tarde puestos de relieve político, militar y económico en sus respectivos países.

El inicio del desarrollismo tuvo su comienzo con el nuevo gobierno de 1957. Entre las novedades del cambio estaba la salida de Girón de Velasco, sustituido en Trabajo por el también falangista Fermín Sanz Orrio. El general Jorge Vigón entraba en Obras Públicas, a cambio del conde Vallenga, ambos monárquicos. El general Camilo Alonso Vega, dejaba la dirección general de la Guardia Civil para ser el titular de Gobernación, de donde se retiraba Blas Pérez. El subsecretario de Obras Públicas, Mariano Navarro Rubio ocupaba la cartera de Hacienda. Un catalán, Pedro Gual Villalbi, era ministro sin cartera, pero presidente del Consejo de Economía. En Comercio, Manuel Arburúa fue sustituido por Alberto Ullastres. En Agricultura, estaría Cirilo Canovas. Finalmente, se sustituía a todos los ministros militares, aunque el cambio principal fue el ascenso a capitán general de Agustín Muñoz Grandes, que era el único junto a Francisco Franco. En cuanto a la secretaría general del Movimiento, José Luis de Arrese la dejaba para pasar a ocuparse de un ministerio de nueva creación, el de Vivienda. José Solís Ruiz, encargado de la delegación nacional de sindicatos, fue el sustituto. En Exteriores, Martín Artajo era relevado por Fernando María Castiella, hombre también procedente también del mundo asociativo católico, pero falangista y excombatiente de la División Azul.

La gran característica de este gobierno fue la importancia dada a las carteras de Economía. La incorporación a la primera línea de la política activa de Alberto Ullastres, Laureano López Rodó y Mariano Navarro, miembros entonces del instituto secular del Opus Dei, creó el interés de saber si se incorporaba una nueva familia al Movimiento. Pero esto no era así, entre los miembros del Opus Dei no existía ningún contacto previo de coordinación política. Por el contrario, entre Ullastres y Navarro Rubio surgieron bastantes discrepancias y puntos de vistas diferentes. Por otro lado, para Franco y Carrero Blanco, la pertenencia al Opus Dei de algunos de sus colaboradores sirvió para asegurarles que tenían una buena formación católica y un alto nivel de profesionalidad. Estos nuevos miembros del gobierno, que no pertenecían a ninguna de las familias tradicionales de la derecha, empezaron a ser denominados tecnócratas, al haber sido seleccionados por su formación académica, y no estar adscritos a uno de los grupos primigenios del Movimiento.

Franco y Carrero, personas que habían vivido una cruenta guerra civil, encontraban una de sus causas en la profunda radicalización ideológica que había fraccionado a los españoles, y por tanto tenían un verdadero desdén hacia los posicionamientos ideológicos, incluso los derechistas. Por eso en las selecciones de candidatos a ministros, procuraban candidatos de amplio currículum profesional, y alejados de cualquier tipo de protagonismo político, aunque si tuviesen una concepción católica de la vida, y unos hábitos de comportamiento tradicionales. Por ello resultaba cómico, oír respuestas, como las que hizo Franco una vez, aconsejando a Sabino Alonso Fueyo, director de *Arriba*, de 1962 a 1966: "haga lo que yo, no se meta en política".

Por esta razón, Gonzalo Fernández de la Mora, monárquico, antiguo opositor al franquismo, y finalmente ministro de Obras Públicas, fue uno de los que mejor conceptualizó lo que ocurría:

"la asunción de una ideología es fundamentalmente fáctica, volitiva y emocional. No es una meditación, sino una ilusión; no una conclusión, sino una pasión. De ahí que su carga emotiva, su inercia social y sus valores útiles acaben anulando a los elementos discursivos. Una ideología establecida es lo más parecido a un mito... Es el caso del comunismo: desde la biología a la metalurgia nada escapa a su vasallaje. Las ideologías, en su hora cenital, son evangelios laicos y dogmas secularizados. Tienen profetas y mártires, y son el máximo motor de las más violentas tensiones internacionales y de los conflictos bélicos. Su rigidez llega a ser inexorable. La Declaración de Derechos de 1789 no ha sido para los demoliberales y el Manifiesto de 1848 para los

socialistas algo menos sagrado que el Corán para los mahometanos" (Fernández de la Mora 1971: 39). Por eso, el mismo autor nos proporciona una de las mejores y breves descripciones del principal objetivo del desarrollismo:

"El desarrollo económico dignifica al hombre y, innumerables efectos secundarios, concentra la atención utilitaria de las masas en el trabajo productivo, despegándolas de la batalla política. Simultáneamente, aumenta la cifra de propietarios y el grado social de responsabilidad y de estabilidad; aburguesa a los proletarios y a las aristocracias; es decir, homogeneiza las clases y, consecuentemente, sus intereses, con lo que se solidarizan los grupos, se aproximan los programas y se supera la polaridad de las reivindicaciones. Todo ello apresura la agonía de las ideologías. Además, la elevación del nivel medio de vida coincide en todas las latitudes con una disminución del analfabetismo, un incremento de la escolaridad, una intelectualización de las actividades y una elevación general de la capacidad media de raciocinio. Pero cuando aumenta el grado de racionalidad disminuyen el pasional, el instintivo y el mágico. Decrecen la ingenuidad, la urgencia de consignas, y la docilidad mental; se desarrollan el sentido crítico, el espíritu de especialización y los conocimientos. Conclusión: el clima se torna amenazadoramente hostil a la proliferación de las ideologías" (Fernández de la Mora 1971: 139).

Profundos cambios que eliminaban el arraigo de movimientos sensibles a transformaciones revolucionarias. El cambio social realizado por el desarrollismo había cambiado a la sociedad española, las clases medias que antes eran una minoría ilustrada con apetencias de dirección del país, frente a las viejas elites agropecuarias castellanas y andaluzas, junto a sus aliados, los capitanes vascos del hierro y catalanes del textil; ahora formaban la base principal de la cimentación de la sociedad de la nueva España. Como diría el jurídico militar y antiguo director general del cine, José María García Escudero:

"Incluso las regiones y clases menos favorecidas han dado un paso adelante espectacular y se puede hablar de una nueva clase extraordinariamente extendida: es la que forman medios y pequeños propietarios, industriales y comerciantes, empleados, técnicos y obreros cualificados que, unidos a la clase media tradicional, van a constituir esa base moderada, equilibrada que nuestro país buscaba en vano desde el principio de la edad contemporánea" (García Escudero 1987: 118). Al final, el resultado que un militar hijo de la Restauración como Franco buscaba, era la estabilidad y el orden, lo que no pensaba era que tenía que aceptar la liberalización de la economía para ello, cuando él se sentía más próximo a posturas de un estricto nacionalismo económico para evitar dependencias de otros países. Experiencias comparables en América, durante el mismo periodo fueron el desarrollo propuesto en Argentina durante la presidencia de Arturo Frondizi, y una generación más tarde, la política más radicalmente ultraliberal propugnada en Chile bajo el gobierno de la Junta Militar del general Augusto Pinochet. Las tres experiencias son muy distintas. La española, en la cual se centra este trabajo, se desarrolló de forma paralela con la construcción del Estado de Bienestar, que ayudase a mantener unas cuotas de popularidad del régimen altas, debidas al alza del nivel de nivel de vida del español medio, aunque viviese con recortes en su libertad política. En Argentina, fue ligada a una política centrada en el petróleo, que tuvo como objetivo la modernización industrial del país. Especialmente cuando en 1958, se promulgó la Ley de inversiones extranjeras, que atrajo capitales extranjeros hacia las industrias químicas, petroquímicas, metalúrgicas y de maquinarias eléctricas y no eléctricas. Pero puso en manos extranjeras importantes ramos de la economía industrial (Sikkink 2009). En Chile la aplicación de medidas ultraliberales eliminó la presencia pública en el mundo económico, aunque obtuvo el mismo objetivo desarrollista. Hernán Büchi fue asesor del ministro de Economía, para pasar posteriormente a ser el titular de Hacienda, a cuyo cargo tuvo los programas de estabilización de la economía, manejo de la deuda externa, la generación de empleos y la privatización de bancos y empresas públicas (Büchi 1993).

Curiosamente en España, es en el periodo democrático, cuando las ideas neoliberales han conseguido adueñarse de la voluntad de los dos partidos mayoritarios, y han procedido a la eliminación sistemática de la presencia pública en el mundo económico, y de la fuerte protección social y laboral existente desde el franquismo. Como ejemplo, el 12 de noviembre de 2008, la

presidenta de la comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre, antigua ministra de Educación de José María Aznar, hizo declaraciones en el programa 59 segundos de Televisión Española, en el que acusó a "Franco de ser bastante socialista" al haber evitado la liberalización laboral y social que se fue consiguiendo con la democracia. La particularidad del caso español siempre estuvo en que fue muy sensible a la entrega de ciertas ramas al capital extranjero, el nacionalismo económico fue muy importante, y la presencia extranjera era tolerada siempre que aportase adelantos tecnológicos. En segundo lugar, la extensión de la previsión social y laboral no podía ser recortada, para no enajenarse el apoyo de los trabajadores. Puntos que contrastan con el desarrollo económico chileno o el neoliberalismo propuesto en Argentina donde se propugna la eliminación del Estado como sujeto activo de la economía.

Bibliografía

Büchi, Hernán (1993). *La transformación económica de Chile. Del estatismo a la libertad económica*, Norma. Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, Alfonso (2004). *José Calvo Sotelo*. Barcelona, Ariel. DD.AA (1991). *Enciclopedia de Historia de España*, vol IV (Diccionario biográfico). Madrid: Alianza. Equipo Mundo (1971). *Los 90 ministros de Franco*. Barcelona, Dopesa.

Fernández de la Mora, Gonzalo (1971). *El Crepúsculo de las ideologías*. Estella, Salvat-Alianza. García Escudero, José María (1987). *Historia política de la época de Franco*, Madrid, Rialp. Orella, José Luis (2001). *La formación del Estado nacional*, Madrid, Actas. Peña Boeuf, Alfonso (1954). *Memorias políticas de un ingeniero*. Madrid, Lumen.

Sikkink, Kathryn (2009) *El proyecto desarrollista en la Argentina y Brasil: Frondizi y Kubitschek*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno.

La política educativa de los gobiernos militares de Argentina (1943-1946) y Colombia (1953-1957) ¿Una vía para la derechización?

Gineth Álvarez Satizabal

Este texto pretende continuar con la reflexión expuesta en el taller¹⁴ sobre algunas cuestiones problemáticas: ¿cuáles son los principales lineamientos de las políticas educativas impulsadas por los gobiernos militares de Argentina y Colombia en los periodos de estudio?, ¿es posible hablar de una *derechización* de la política educativa en estos casos? De ser así, ¿qué elementos podrían llegar a componer esta noción?, y ¿qué tipo de límites o aperturas genera el uso de dicha categoría en un ejercicio de interpretación comparado?

Esta reflexión intenta por lo tanto, insertarse en el estudio de las políticas de derecha en América Latina en perspectiva comparada. Como hipótesis inicial se propone, en primer lugar que en estos dos regímenes la educación se planteó como un *campo*¹⁵ *en tensión y disputa*. Las *tensiones* son producto de las resistencias entre el modelo tradicionalista heredado de la tradición católica y la modernización que traían consigo nuevas formas de intervención estatal en aspectos como la planificación (Figuroa 2002) y la ampliación de la educación, el combate al analfabetismo y el desarrollo de la educación técnica. La segunda hipótesis de esta reflexión es que la *derechización* de la política educativa en estos casos transcurrió con la incorporación o fortalecimiento de ciertas prácticas y discursos de la educación en modelos de gobierno corporativistas, anti-liberales, anti-pluralistas y fuertemente religiosos. En una perspectiva comparada dicha categoría permite identificar las continuidades para el caso colombiano y ciertas rupturas para el caso argentino en algunas cuestiones. La derechización se

¹⁴ Agradezco a los participantes de Taller de discusión: "*Las derechas en el Cono Sur, siglo XX*" por sus comentarios, preguntas y sugerencias.

¹⁵ La noción de campo ha sido tomada de Bourdieu (1999) en donde se reconoce que dichos campos son autónomos y se autodefinen en su estructura por medio de tensiones y pactos internos.

expresó en tres dimensiones: el *control de las ideas*, la *clasificación de los saberes* y la *recristianización*. La categoría en un ejercicio de historia comparada ofrece una ventaja muy importante, ya que propicia dos niveles de comparación: uno externo, entre los casos analizados; uno interno, desarrollado por una mirada histórica de más larga duración para identificar una periodización propia del caso.

Analizar estas políticas educativas permite identificar algunos de los mecanismos empleados por los gobiernos analizados para eliminar el debate sobre otras educaciones posibles. En este sentido, desnaturalizar lo nacional desde una perspectiva comparada permite no sólo identificar las particularidades, sino también los puntos de encuentro (Barros 2007, Theml y Bustamante 2007). El objeto de un análisis comparativo es desnaturalizar el consenso en torno a la idea de lo nacional es procurar conocer más allá de qué y cómo ocurrieron los hechos para conocer el por qué en un país ocurrió un fenómeno con determinada intensidad y en el otro no (Bohoslavsky 2010). Se pretende por lo tanto seguir una perspectiva diferenciadora e individualizadora, con el fin de prestar especial atención al surgimiento de particularidades de cada caso (Barros 2007).

Los elementos que se tienen en cuenta para la definición de estos casos como gobiernos de *derecha* provienen de su identificación según su marco de referencia inmediato (McGee 2005:21). En estos casos se ha partido de su contextualización y sus manifestaciones en las relaciones entre el Estado, la Iglesia y otros actores de la educación, así como de la cercanía y adhesión por parte de los gobiernos al conservadurismo en Colombia y el nacionalismo en Argentina. Además, se han tenido en cuenta sus ideas y expresiones autoritarias en el marco del *pensamiento de derecha* (Romero 1970) sobre las cuestiones relativas al orden social, así como su expresión de nacionalismo exacerbado y el posicionamiento de las fuerzas militares como renovadoras.

Este texto se encuentra dividido en tres apartados. En el primero se realiza una corta contextualización de los gobiernos analizados y a su vez se presenta un breve recuento de las discusiones en torno a la educación y las principales tendencias políticas previas. En el segundo apartado se caracteriza la política educativa de los casos y se propone el ejercicio de aplicación de la categoría *derechización*. El último apartado presenta algunas de las ideas generadas a partir de este trabajo de reflexión.

Contextos: los gobiernos y la educación como campo en disputa

Este apartado tiene como principal interés presentar una corta contextualización de los gobiernos militares analizados y ofrecer una mirada de más largo plazo que procure identificar cómo se configuró en los dos casos la educación como un campo entre actores tanto a nivel de los Estados como de la educación. El gobierno del GOU en Argentina impuso por medio de un golpe de estado el 4 de junio de 1943 una dictadura comandada por el grupo de militares, quienes en los tres años de régimen se van a suceder entre sí en el poder. Por medio de elecciones democráticas realizadas en febrero de 1946, este gobierno fue sucedido por Juan Domingo Perón. Desde sus inicios el régimen militar contó con la participación de grupos nacionalistas y de la jerarquía católica en sus cuadros de gobierno y ejecutó políticas autoritarias como el fuerte control al comunismo, la disolución de los partidos y la clausura del Congreso (Rouquié 1982, Lvovich 2003).

Los grupos nacionalistas fortalecieron su presencia desde los años treinta con discusiones sobre el ámbito político. Ghio (2007:70) señala que el eje del encuentro entre el *nacionalismo* y el *catolicismo* fueron tres cuestiones: la oposición al liberalismo, las preferencias por el corporativismo y la reinterpretación del sentido de la "argenti- nidad" asociado a las raíces hispánicas. Surgieron diversos grupos que buscaban crear un orden jerárquico, no plural, antiliberal y antidemocrático, en el que la ley se encontrara subordinada a las iniciativas de la Iglesia, ente que en el mismo periodo tuvo un gran desarrollo institucional al potenciar la emergencia de un catolicismo popular que ampliara sus discursos y su presencia en la sociedad. Ello fue evidente en la celebración del Congreso Eucarístico de 1934, evento que sirvió como eje potenciador de la identidad católica. Además se estimuló la divulgación de la prensa del sector y la creación de nuevas revistas con el interés por parte de los dirigentes de dar un sentido único, o al menos más coordinado, a los diferentes focos de expresión católica (Echevarría 2008:66) y a las intervenciones en el ámbito público.

Estas referencias permiten ubicar el problema de la recristianización del Estado y de la educación en el contexto argentino como una tendencia previa a la irrupción del GOU en el poder. De hecho es posible agregar que debido a la presencia de grupos nacionalistas, a la creciente participación por parte de la iglesia en la vida pública y el tipo de discusiones políticas que se generaban existía un clima tendiente hacia la *derechización* de la cultura política argentina desde los escenarios descritos anteriormente (Ghio 2007).

En el campo específico de la educación, el debate se encontraba signado entre la definición de una escuela laica o católica, lo cual representaba ante todo una ruptura entre la Iglesia y el régimen liberal (Zanatta 1996:307). Si bien en la década de 1930 la educación seguía principalmente en manos del Estado, el sistema comenzó a perder paulatinamente sus rasgos de neutralidad ideológica con la implementación de medidas como las de Ing. Octavio Pico, quien a cargo de la dirección del Consejo Nacional de Educación a comienzos de la década, puso en marcha la reinterpretación de la ley 1420. Con ello cual logró que se implementara la cátedra de Moral, que en algunos casos permitió la enseñanza religiosa (Tedesco 1993:245). A esto se sumaron experiencias previas en provincias como Buenos Aires, Catamarca, Santa Fe (Pittelli y Somoza 1997:51), Salta, Corrientes (Zanatta 1996:173) y Córdoba, que agregaron el área de enseñanza religiosa en la escuela.

Frente a ese contexto de influencias diversas sobre el ámbito educativo, el gobierno del GOU representa una ruptura en tanto condujo a estas cuestiones al escenario de la política pública. Determinó desde las políticas educativas del Ministerio la inclusión de la enseñanza religiosa en todos los niveles de la educación. Uno de los representantes del nacionalismo católico que participó en este gobierno militar desde la cartera de educación fue Gustavo Martínez Zuviría, quien se desempeñó como ministro de octubre de 1943 a febrero de 1944. Dicho nombramiento ocasionó diversas respuestas de inconformidad (Lvovich 2003:532), aunque resultó ser la administración del ministerio más prolífica para los fines e intereses del nacionalismo.

Por su parte, el primer golpe de estado del siglo XX colombiano, encabezado por el general Gustavo Rojas Pini-lla, es interpretado como producto de una alianza política entre las distintas vertientes del Partido Conservador. Éstas consideraron, al igual que sus pares liberales, que las fuerzas militares eran las únicas que podían mediar en la fuerte tensión bipartidista desatada por el magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán. Este gobierno intervino contra las primeras células guerrilleras en la provincia del Tolima e implementó amplias mejoras públicas en el país. Al completarse un año del golpe, la Asamblea Nacional Constituyente¹⁶ de carácter corporativista reeligió a Rojas en su cargo: sin embargo, su gobierno fue interrumpido por un nuevo golpe de estado el 10 de mayo de 1957 colocó al mando a una Junta Militar que se encargó de terminar el periodo presidencial en 1958.

Al finalizar la década de 1940, en medio de un periodo de gobiernos conservadores, la vida política colombiana dio un giro hacia el tradicionalismo, que procuró retomar a la religión católica como el pilar principal de la ideología del Estado. Arias (2009:57) lo define como un proyecto de *recristianización* que se encontraba centrado en el plano moral y se sustentaba en el respeto al orden establecido antes que en la recomposición de las jerarquías sociales. A su vez este proyecto tenía un gran interés en remediar algunos de los cambios que generaron en los años treinta los gobiernos liberales y principalmente devolver a la institución eclesiástica un peso lugar en el ámbito educativo que se había visto afectado por la Reforma Religiosa de 1936 (Arias 2005). En este periodo es posible identificar dos cuestiones más que se mantienen en el escenario político del gobierno de Rojas Pinilla. La primera de ellas es la participación en el ámbito público y al interior del Partido Conservador (Ayala 2010) de grupos afines al fascismo y al hispanismo (Figuerola 2007) que lograron instalar ciertos debates que alimentaron las tensiones en la sociedad colombiana y coadyuvaron en la segunda cuestión que se quiere señalar: el resurgimiento de la violencia bipartidista con la que el país entró en un largo periodo de guerra civil. En este periodo las acciones de la Iglesia jugaron un papel determinante ya que contribuyó la exacerbación de los ánimos y a polarización de la sociedad (Arias 2009:61). Dicha conflictividad fue utilizada por los conservadores que se apoyaban en la posición anticlerical de los liberales para atacarles. Estos últimos no se declaraban ateos sino que promulgaban la separación entre el

¹⁶ El Congreso se encontraba clausurado desde 1949 a raíz del clima social de violencia bipartidista en que se encontraba el país.

clero y el Estado (Figueroa 2005). Algunos de estos componentes pueden ser interpretados como el desarrollo de una tendencia autoritaria en y de la política.

Ante el anterior escenario quedó pactada de nuevo la alianza tradicional entre la Iglesia y los gobiernos conservadores que prometían abolir la Reforma Religiosa y restablecer el "orden católico" (Arias 2009: 64). La educación, como parte fundamental del proyecto de *recristianización*, seguía parámetros tales como la idea de "civilización", para alejarse de la "barbarie" (Pinilla 1999:76). Recristianizar la educación en ese periodo implicó, en primer lugar, la formación de sujetos que acatasen el orden político establecido, siguiesen la doctrina católica y respetaran la tradición (Pinilla 1999:84); en segundo lugar, conllevó moralizar las escuelas colombianas según los preceptos de la religión católica, aspecto principal sobre el que las reformas liberales habrían tratado de generar algunos cambios.

Vale la pena detenerse en algunas de las ideas que proponían dichas reformas de la educación pública a fin de dejar entrever la construcción y consolidación de la disputa por la educación. El gobierno del liberal López Pumarejo estableció la educación "laica" (Herrera 1993), es decir, libre de la influencia religiosa, en la que el Estado tendría una mayor intervención en la elaboración y control de programas de estudio. Sí bien resultaba ser un modelo muy distinto al impuesto por los conservadores y la iglesia en el Concordato de 1887, no buscaba prohibirle a la Iglesia el seguimiento de sus tareas educativas ni pretendía acabar con la educación confesional (Arias 2005:75). La reforma no contaba necesariamente con un enfoque anticlerical como se presentó por parte de sus detractores. Por ejemplo, Williford (2009:134) señala que los alumnos seguían recibiendo sus clases de religión de acuerdo con la ley. En realidad esta iniciativa ha sido interpretada como la posibilidad que querían ofrecer dichos gobiernos liberales de una educación mas allá de los preceptos de la Iglesia que representaba las tradiciones de obediencia, jerarquía y sumisión por una educación que formara ciudadanos que conocieran sus libertades, derechos y deberes como miembros de la nación (Williford 2009:142).

Evidentemente, los proyectos del liberalismo tendientes a establecer la escuela laica, obligatoria y gratuita, generaron oposición entre los sectores del conservadurismo y del clero y fueron interpretados como un atentado a los derechos de la Iglesia y al sistema educativo tradicional (Arias 2005: 74) ya que no se ajustaban al papel histórico de la Iglesia en la educación y a su derecho "natural", tal como estaba estipulado en el Concordato (Williford 2009:133). Las críticas acérrimas por parte de algunos intelectuales y dirigentes argumentaban que dicha educación de términos laicistas y anticristianos tenía gran responsabilidad en la extensión de la violencia que vivía el país (Pinilla 1999:76).

Esta lectura no pretende enmarcarse en la tradición historiográfica bipartidista colombiana, si tiene como objetivo problematizar los aspectos ideológicos que rondaron las discusiones en torno a la educación, a fin de analizar cómo los actores por medio de diferentes expresiones disputaron sobre el campo educativo, es decir, cómo fue utilizada la educación como medio de expresión de las diferentes tensiones ideológicas.

Tanto el gobierno del GOU como el de Rojas Pinilla partieron de una base común como fue la presencia de una ideología nacionalista-católica, mediante la cual se configuraron y se expresaron ciertos enemigos compartidos como el comunismo. En los dos casos hay expresiones de represión a movilizaciones sociales y censura de los medios de comunicación. Como muestra de sus intereses por el desarrollo, en los dos gobiernos se fomentan el progreso técnico y militar a diferente escala según la tradición económica e industrial de cada lugar. De igual forma, estos regímenes se presentaron ante sus sociedades desde su auto-identificación como renovadores, ya que se veía como punto a favor su componente militar. Ante la evaluación negativa que había de los gobiernos anteriores al golpe, buscaron establecer ciertas rupturas con esos órdenes anteriores. Por ejemplo, en el caso argentino esta cuestión se expresó en el uso de la figura retórica de la "Revolución del 4 de Junio de 1943" (Potash 1984) que englobaba no sólo las lecturas de la realidad argentina por parte de este grupo de militares, sino también su auto-identificación como hombres que habían sido elegidos para romper con el desorden anterior. El carácter transformador, mas no revolucionario que se percibe en el caso colombiano puede ser interpretado desde dos aspectos: el primero es la identificación del gobernante como el pacificador del país y el segundo es la expresión de cierto culto al líder, Gustavo Rojas Pinilla, que llevó en algunos casos a procurar igualar su figura a la de un prócer (Saénz 2002).

Por su parte, Rojas Pinilla mantuvo una estrecha relación con el proyecto político del Partido Conservador y con su *Doctrina Católica*, lo que implicaba asumir al Estado como garante de la sociedad, apoyo a la institución eclesiástica, las enseñanzas

católicas y el fortalecimiento del aparato militar. Este punto es la principal diferencia en los casos analizados. La activa presencia del catolicismo en Colombia se ha expresado en la promoción de una sociedad regida por la moral cristiana, lo cual ha sido uno de los principales recursos retóricos de los mandatarios colombianos a fin de llamar a la conciencia nacional (Arias 2003). Por el contrario, en el contexto argentino existía un claro interés de la jerarquía eclesiástica de que el catolicismo fuera se estableciera como base de la identidad nacional. Se conformó como el punto principal de la lucha de la institución eclesiástica contra el laicismo (Zanatta 1996) antes del periodo que interesa en este texto. De tal manera, que dicho conflicto sobre la legitimidad y aceptación del catolicismo se encuentra presente en el caso del gobierno militar, cuyas acciones resultaron cercanas a los grupos nacionalistas quienes las interpretaron como una oportunidad para imponer al catolicismo como ideología del Estado argentino. Pero a pesar de que muchas decisiones tomadas por la dictadura se encontraban cercanas al deseo de la Iglesia y del nacionalismo católico, respondían también a las influencias de la institución militar.

La política educativa: entre la *recristianización* y la *modernización*

Este apartado presenta un mapa de las principales políticas educativas de los gobiernos analizados e intenta poner en relación estas características con la categoría de *derechización*. El análisis de las políticas educativas de estos dos regímenes ha puesto en evidencia que la educación se configuró como parte importante de sus proyectos renovadores. Es ambos casos se propusieron diferentes cambios en el ámbito educativo, como producto de las modificaciones de sus contextos. La educación para el régimen del GOU tuvo como ejes principales la *reestructuración* y la *recristianización*, lo cual se acerca en algún punto a los intereses centrales del proyecto educativo en Colombia, que fueron la *recristianización* y la *modernización* (Pinilla 1999). La diferencia provocada por la noción de modernización en el caso colombiano es interpretada en relación con las tendencias ideológicas de la posguerra que postulaban la necesidad de la *planificación para el desarrollo*.

La tendencia del gobierno argentino hacia la *reestructuración* es planteada en dos aspectos: uno, su interés por generar cambios en la estructura administrativa de la educación nacional, otro en sus medidas en torno a la *educación técnica*. Por ejemplo, la resolución de reforma educativa del 25 de septiembre de 1943 destinada a "recuperar la nacionalidad" estableció las bases para una reestructuración de la enseñanza primaria, técnica, media y universitaria. Los principales temas fueron la inclusión de la educación religiosa, el desarrollo físico de los niños por medio de ejercicios y marchas militares, la instrucción cívica, la educación patriótica y la veneración de los símbolos y próceres de la nacionalidad argentina. Se intervino al Consejo Nacional de Educación y, con esto, de los colegios y las universidades dependientes del organismo. En este año también fue declarada ilegal a la Federación Universitaria Argentina y clausurados sus centros adheridos (Bernetti y Puigróss 1993:319). Fueron a su vez intervenidas todas las universidades nacionales del país por hombres que provenían principalmente de las fuerzas armadas y círculos católicos y nacionalistas. Estas medidas expresaron el interés por implementar mecanismos de control del Ministerio en todos los niveles educativos sobre las expresiones ideológicas de los docentes y la disciplina de los estudiantes.

Otro aspecto de especial interés para la legislación argentina del periodo fue el intento de mejorar la educación técnica para fortalecer el proceso de industrialización. La creación de la Dirección Especial de Enseñanza Técnica, dependiente del Ministerio de Educación, con el objetivo de administrar, dirigir e inspeccionar los establecimientos de enseñanza técnica de acuerdo con los planes de la industria y las necesidades de cada región. Asimismo, se enfocó en la creación de escuelas técnicas¹⁷ y en la definición de planes de estudio para las escuelas de oficios en áreas como mecánica, electricidad, construcciones civiles, química y en las especialidades de técnicos en telecomunicaciones, técnicos en mecánica, trazadores

¹⁷ Por medio del decreto #16477 del 17 de diciembre de 1943 se creó la *Escuela Industrial en la ciudad de Avellaneda*, denominada *Escuela Técnica de Oficios -Industria del Cuero-*, y que se destinará a la formación de obreros especializados en la industria respectiva. El decreto #34679 del 23 de diciembre de 1944 creó la *Escuela Industrial de la Nación* en la ciudad de Rosario.

de carpintería y cardería naval. Estos últimos ejes hablan de cierta especialización del saber técnico que poseía la educación argentina en ese momento, aspecto que resulta de gran interés para el análisis del proyecto educativo del GOU. Si bien la Dirección implementó diversas normas y decretos en torno a la educación técnica, no logró una amplia estructuración del sistema (Puiggrós 1992). La cuestión más importante en el proyecto educativo del GOU fue la *recristianización*. La ideología del régimen llegó al punto de identificar al catolicismo con la nación: todo aquello que fuera en contravía era calificado como "desargentización" (Zanatta 1996:245). La imposición de la religión católica en el aula resultaría fundamental para restaurar el respeto a las jerarquías y la argentinidad que, según la Iglesia, estaban siendo atacadas por cuestiones como la inmigración, el socialismo, el liberalismo y la democracia multipartidaria (Pittelli y Somoza 1997). El debate entre la escuela laica y la católica representaba ante todo la ruptura entre la Iglesia y el régimen liberal (Zanatta 1996:307). Es así como se da inicio a una serie de medidas tomadas por el gobierno argentino para la implementación de la educación católica, iniciadas con el Decreto 18411 del 31 de diciembre de 1943. Esta medida implicó el desarrollo e implementación de todo un engranaje en torno a las cátedras, docentes y materiales para la enseñanza de la educación católica, para lo cual se creó la Dirección General de Instrucción Religiosa, dependiente del ministerio.

Por su parte, la idea de la *recristianización* de la educación en Colombia no sólo es identificable porque se exagera la tendencia a la previa catolización del Estado y de la sociedad, sino también por otras dos cuestiones. La primera tiene que ver con que se le delega a la Iglesia católica la función del control ideológico de la población (Helg 2001:222). La segunda es que la recristianización de la educación serviría para luchar contra el comunismo y el protestantismo ya que al orientar moralmente a los niños, una vez adultos no iban a desviarse del camino de la fe. Aunque la legislación colombiana para el periodo no nombra la educación católica como su principal objeto de interés, dicha relación se percibe en las relaciones entre el Estado y la Iglesia en el ámbito educativo, ya que estas se encontraban legitimadas previamente por la continua presencia que tuvo y ha tenido la Iglesia en los temas educativos colombianos (Arias 2009, Herrera 1993). También puede ser observada en las principales disposiciones educativas en que las autoridades eclesiásticas quedan incluidas, como la lucha contra el analfabetismo. La tendencia hacia la *modernización* en el caso colombiano fue expresada en términos de un proyecto educativo transformador. Ello incluía la nacionalización de la educación primaria, la reforma de la educación secundaria, la planificación en educación y, como tema principal, la *alfabetización* del pueblo colombiano con nuevas tecnologías educativas. La propuesta en torno a la nacionalización¹⁸ de la educación tenía como interés responsabilizar a los entes municipales en la ampliación de la cobertura en sus jurisdicciones con el apoyo del gobierno nacional. La reforma de la secundaria propuesta en 1955 buscó establecer algunos límites a la educación humanística (Helg 2001:222) e inició discusiones en torno a la clasificación de los saberes y la división por áreas de conocimiento que hizo el Consejo de Educación en 1956. La planificación para el desarrollo en Colombia deja entrever cierto intervencionismo en los temas de la educación, como la creación del Plan Quinquenal en Educación de 1957 o la creación de la Oficina de Planeamiento del Ministerio de Educación en 1956. Este plan de educación incluía las recomendaciones de las misiones de organismos internacionales (Currie, Lebet, Charlloux) realizadas en Colombia en las décadas de 1940 y 1950 (Lebot 1979:55). Las evaluaciones realizadas por estas misiones, señalaban como uno de los problemas principales la cuestión de la *alfabetización*, tema que obtuvo especial interés por parte del gobierno de Rojas Pinilla. Por ello se avanzó principalmente en la implementación de campañas alfabetizadas con especial interés en el medio rural, incorporando las nuevas tecnologías de los medios de comunicación. Esta idea dio nacimiento a la Sección Radiofónica y de Televisión del Ministerio de Educación Nacional (decretos 610 de 1955) y del Consejo Nacional de Televisión (decreto 2384 de 1955). Se fortaleció el uso de *las Escuelas Radiofónicas de Sutatenza* bajo la idea de alfabetizar a campesinos y obreros. Además, fue de principal interés fortalecer la formación de los docentes con la apertura de cursos radiales tanto en el ámbito rural como el urbano. En esta tendencia planificadora se gestó la idea de crear un organismo educativo que brindara instrucción técnica y formación profesional a los

¹⁸ Por medio del Decreto #2838 de 1954 se impartieron medidas para incrementar el presupuesto de la educación primaria en las provincias y lograr con esto su nacionalización.

trabajadores, jóvenes y adultos de la industria, el comercio, la agricultura, la minería y la ganadería, y que organizara la enseñanza teórica y práctica de diferentes oficios. Bajo estos intereses se creó el Servicio Nacional de Aprendizaje, encargado de la educación en artes y oficios a un nivel técnico y profesional, proyecto que fue legislado tan solo unos días después del desplazamiento de Rojas Pinilla.

Tanto el proyecto argentino como el colombiano tenían por objeto la *ampliación de la cobertura*, sólo que asumieron dos áreas de intervención diferentes que corresponden a los principales objetivos de cada régimen. El gobierno argentino mantuvo su interés en la *Educación Técnica*, con lo que buscó mejorar el nivel de capacitación y fortalecer el proceso de industrialización, mientras que para el gobierno colombiano la principal preocupación fue la lucha contra el *analfabetismo*. Las dos iniciativas anteriores fueron presentadas por estos gobiernos como políticas fundamentales para sus sociedades así como los mejores mecanismos de fortalecer el nacionalismo.

Derechización: una propuesta interpretativa

La categoría *derechización* es planteada a partir de Ghio (2007:67), quien propone que desde los años treinta en Argentina se dio una tendencia a la *derechización de la cultura política* por la creciente influencia de la Iglesia en el Estado y la ampliación de posiciones anti-liberales y corporativistas. Qué pasó con estos actores, Iglesia y nacionalistas, al referirse a la educación? Se propone que la tendencia a la *derechización* de la política educativa en Argentina y Colombia se refiere a un proceso dinámico con propuestas y respuestas compuesto, en primer lugar, de una tendencia al totalitarismo expresado en un interés por el *control de la educación* (contenidos, ideas, normalización de los cuerpos, persecución a los docentes, etc.). En segundo lugar, la *clasificación de los saberes* entre una educación técnica y el mundo de las ideas, en algunos casos condenado como subversivo (Tedesco 1993). Por ello debían establecerse cátedras patrióticas que alejaran a los estudiantes de las ideologías "peligrosas" como el comunismo, restaurando a la vez las ideas de "Dios y Patria", sinónimo de "Iglesia y Ejército" (Zanatta 1996:321). En tercer lugar, la educación es abordada como un campo a *recristianizar* por medio de la implementación y fortalecimiento del catolicismo.

La primera de las dimensiones que componen la idea de *derechización* de la política educativa es la del *control de la educación* ejercido por estos gobiernos, que tuvo proporciones distintas en cada caso. En Argentina se implementó un plan de control detallado que incluía todas las esferas del ámbito educativo con medidas como las intervenciones, mientras que en Colombia el control por medio de la inspección de los maestros, textos, campañas alfabetizadoras y los planes de educativos fue ejercido de manera directa por la Iglesia (Helg 2001; Pinilla 1999:83).

En aspectos como la represión a las movilizaciones estudiantiles y el control ideológico los dos casos comparten aspectos. Por ejemplo, para el *control de los docentes* y funcionarios se hizo uso de las instituciones escolares y educativas. En Colombia se solicitó a los funcionarios del ministerio y a los docentes enviar sus expedientes para evaluación al recién creado Servicio de Inteligencia Colombiano. Mientras tanto, el objetivo del gobierno argentino se basó en imponer cierta disciplina militar entre el personal dependiente del ministerio y pasar a "Estado de comisión" a todos los docentes y administrativos para depurar a las aulas de comunismo y corrupción. El *control de las ideas* en el ámbito educativo fue un motivo de interés compartido. Así el GOU inició una serie de actividades en torno al control ideológico de los docentes, exigiéndoles adhesión al nuevo régimen. De igual forma, se criticó a la escuela activa por comunista y algunos grupos de estudiantes fueron expulsados por falta a los símbolos patrios (Puiggrós 1992). En el contexto colombiano también hubo un interés en el control de los contenidos de enseñanza delegado a la institución eclesiástica (Helg 2001) y en disposiciones internas del ministerio para su reorganización.

En interés de la dictadura argentina por reestructurar la educación se expresó en cierta preocupación por normalizar los cuerpos de los estudiantes por medio del disciplinamiento (incluyendo ejercicios castrenses). Este aspecto en una perspectiva comparativa obtuvo menor importancia relativa para el caso colombiano, donde no fue impuesto como en Argentina todo un régimen de sanciones disciplinarias destinadas a restaurar el orden formal y jerárquico (Tedesco 1993:247).

La segunda dimensión propuesta sobre la *clasificación de los saberes* ofrece ciertos límites sobre los que vale la pena detenerse. Se parte de la idea de la clasificación como un mecanismo de jerarquización y división del ámbito educativo según las áreas de conocimiento. Se ofrecía una clara distinción entre el *mundo técnico* y el *mundo de las ideas*. Tal división procura mantener los mecanismos del control sobre el mundo de las ideas y sus posibles abstracciones, considerado posible campo fértil de cuestionamientos a los gobiernos. Esa distinción posicionaba al saber técnico como dependiente de la moral cristiana para obtener realce (Tedesco 1993: 230). La *clasificación de los saberes* de estos dos gobiernos es posible de advertir también con la creación de la cátedra de *Religión y Moral*, como producto de la implementación de la educación católica en todos los niveles educativos en el caso argentino y la continuidad en Colombia de la propuesta del gobierno anterior de la *Cátedra bolivariana*¹⁹. Esta cátedra tenía como objetivo el que las juventudes conocieran las concepciones del libertador y se inspiraran en su patriotismo. De esta forma, el gobierno proponía por medio del culto a los héroes y a los símbolos patrios la unión nacional como una posible solución a la crisis política de Colombia (Pinilla 1999:84).

El análisis del contenido de estas dos cátedras permite establecer la relación con la tercera dimensión de la categoría propuesta, es decir, la *recristianización y moralización* de la política educativa, nociones van de la mano del proyecto de *renacionalizar* a la sociedad. Entre ambos países no hubo mucha distinción, ya que el proceso de *recristianización* emprendido por la iglesia católica (Ghio 2007) implicó la moralización de las sociedades en la doctrina católica (Arias 2003:185). La diferencia consiste en que en Argentina la implementación de la educación católica requirió la creación de todo un engranaje educativo y político, mientras que en Colombia para ello se dio continuidad al fortalecimiento del catolicismo en la educación. La principal cuestión a señalar en torno a la participación de la Iglesia como institución y del catolicismo como marco ideológico en estos dos casos es que significó un apoyo importante para que ambos proyectos políticos ampliaran su base de legitimidad. La incorporación (para el caso argentino) y el fortalecimiento (en Colombia) de la religión en la educación obedecieron a una preocupación por el orden, expresada en un marco de nacionalismo católico.

Como se ve, el ejercicio a partir de la categoría *derechización*, permitió describir algunos de los procesos que incluyeron las políticas educativas de los dos gobiernos militares. Sin embargo a raíz de sus particularidades, surgen ciertas tensiones con las dimensiones elegidas para su descripción. Tal es el caso de la experiencia colombiana y la limitada puesta en marcha de la *clasificación de los saberes*, que transcurrió más por espacios no oficiales, como la prensa. Por último, el ejercicio comparado y la reconstrucción de los contextos, permite señalar que en ambos casos existió una clara intención de *controlar las ideas* que en cada caso tuvo una expresión particular, más o menos cercana a la institución eclesiástica y sus valores.

Aperturas...

Es posible sostener la hipótesis inicial de la educación como un *campo en tensión y disputa*. El análisis de la aparición y reforzamiento de la presencia católica en la sociedad a través de grupos de jóvenes, intelectuales e iniciativas sociales pone de manifiesto la *tensión* entre la modernización, las ideologías liberales y el tradicionalismo expresado por la Iglesia. La *disputa* por la educación se percibe en las discusiones previas sostenidas en Argentina y en Colombia por el control de la educación, sus contenidos, su carácter laico y la necesidad de fortalecer el nacionalismo en los niños.

Algunas prácticas y discursos dejan ver una política educativa dirigida a controlar y recristianizar. Ello habilita a interpretar esta tendencia como un intento de establecer un nuevo orden como proyecto político de estos dos gobiernos. Sin embargo, la *clasificación de los saberes* permite ver que la *derechización* no excluyó preocupaciones por el desarrollo técnico y tecnológico de la educación.

Se considera que la categoría de *derechización*, a pesar de su complejidad, puede resultar de utilidad en un ejercicio de comparación siempre y cuando no se fuercen las particularidades de los casos. Sin embargo, queda como inquietud la factibilidad de este tipo de estudios por medio de las políticas públicas. Al respecto cabe preguntar: ¿qué elementos ponen al

¹⁹ Establecida en el marco del gobierno de Laureano Gomez, por medio de la *resolución #4 de 1953*. Ver: Ministerio de Educación de Colombia (1953).

descubierto las políticas públicas, más allá de ser la expresión del marco ideológico estatal desde el cual son enunciadas? Es por ello que se considera necesario ampliar las fuentes de información e incluir, por ejemplo, algunas publicaciones de círculos nacionalistas y católicos así como pedagógicas, con el objeto de reconstruir el campo de la educación de una manera más amplia. Ello permitiría ver, por ejemplo, lo problemática que resultó la implementación de la educación católica en Argentina o la configuración del enemigo protestante que se argumentó en el caso colombiano. A su vez, eso permite observar que la dictadura de Rojas Pinilla, en materia de política educativa, no ofreció una ruptura ideológica con el orden político previo, mientras que, en comparación, en el caso argentino es posible identificar un proyecto educativo de derecha que rompe con el modelo hegemónico de educación laica.

Nuestra propuesta de interpretación habla de una tendencia a la derechización de la política educativa, de lo cual no se desprende una tendencia a derechizar la sociedad en su conjunto. Suponer ello significaría desconocer los conflictos, luchas y resistencias entre los actores y, por otra parte obviaría la diversidad de grupos sociales que componían el campo educativo. Sugerir que los dos regímenes aquí presentados desarrollaron una tendencia a la derechización de la política educativa apunta a problematizar la relación entre Estado y educación en un contexto en que irrumpen en éstas la Iglesia y las Fuerzas Armadas. En segundo lugar, tampoco se considera que la derechización de la política educativa se configuró en respuesta a los regímenes educativos, más pluralistas. Por el contrario, lo que se pretende identificar son las tensiones que suscitaron los proyectos educativos de estos gobiernos en su interior y hacia la sociedad, con la incorporación o no de acciones de sesgo autoritario y católico. Esta categoría además supone las dificultades que se encuentran en la definición de las derechas, en las que se pudo hacer referencia en este taller. Quizás uno de los puntos sobre los que se generó cierto consenso para definir a la derecha como objeto de estudio se encuentra en el peso del contexto y en la dimensión relacional. Desde esta mirada es que esta reflexión pretende generar discusiones sobre ese objeto de análisis, que se enmarca en el interés por problematizar los proyectos educativos en América Latina, observando su cercanía o distancia con las derechas. En los dos casos aquí analizados los proyectos comparten rasgos tradicionalmente vinculados a las derechas como la promoción de un Estado poderoso, autoritario y nacionalista, el fortalecimiento institucional de la Iglesia y el posicionamiento de las fuerzas militares en el ámbito público.

Bibliografía

Arias Trujillo, Ricardo (2003) *El episcopado colombiano: intransigencia y laicidad (1850-2000)*, Bogotá, Cesó- Ediciones Uniandes-Icanh.

----- (2005) "Estado laico y catolicismo integral en Colombia. La reforma religiosa de López Pumarejo", *Historia Crítica*, n. 19, pp. 69-106.

----- (2009) "La Iglesia católica colombiana durante el siglo XX". *Istor. Revista de Historia Internacional*, n.37, pp .48-80.

Ayala Diago, César Augusto (2010) *Inventando al Mariscal: Gilberto Alzate Avendaño, circularidad ideológica y mimesis política*. Bogotá, Fundación Gilberto Alzate Avendaño-Gobernación de Caldas-Universidad Nacional de Colombia.

Barros, José (2007) "História Comparada-Um novo modo de ver e fazer a história", *Revista de História Comparada*, v.1, n.1, Río de Janeiro.

Bernetti, Jorge Luis y Puiggrós, Adriana (1993) "Iglesia y Educación". En *Historia de la Educación Argentina*, Vol. V "Teronismo: Cultura Política y Educación (1945-1955)", Buenos Aires, Galerna.

Bohoslavsky, Ernesto (2010) "A oposi?ao da direita política ao populismo no Cone Sul: proposta para uma historia latino-americana e comparativa". En: José Luis Bendicho Beired y Carlos Alberto Sampaio Barbosa (org.) *Política e identidade cultural na América Latina*, Editora Cultura Académica, Sao Paulo, pp. 221-232.

Bourdieu, Pierre (1999) *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba.

Echeverría, Olga (2008): "Antes y después del golpe militar de 1930: los intelectuales católicos de derecha y la "irremediable" presencia política del pueblo", *Sociedad y Religión*, v. XX, n., 30-31, pp.59-78.

Figueroa, Helwar (2002) "La educación, lo público y el proyecto de nación" en Libreros, Daniel (comp.) *Tensiones de las políticas educativas en Colombia. Balances y perspectivas*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional.

----- (2005) "Cambio de enemigo: de liberales a comunistas Religión y política en Colombia, años cuarenta".

En: Bidegain, Ana María y Demera, Juan Diego (eds.). *Globalización y diversidad religiosa en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

----- (2007) "El imperio espiritual español: lengua, raza y religión (1930-1942)", *Anuario Colombiano de Historia social y de la cultura*, n. 34, pp.165-206.

Ghio, José María (2007) *La Iglesia católica en la política argentina*, Buenos Aires, Prometeo.

Helg, Aline (2001) *La educación en Colombia: 1938-1957*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional.

Herrera Cortes, Martha Cecilia (1993) "Historia de la educación en Colombia. La República Liberal y la modernización de la educación: 1930-1946". *Revista Colombiana de Educación*, n. 26, pp.97-124.

Lebot, Ivon (1979) *Educación e Ideología en Colombia*, Bogotá, La carreta ediciones.

Lvovich, Daniel (2003) *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Jorge Vergara Editor.

McGee Deutsch, Sandra (2005) *Las derechas: La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile, 1880-1939*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

Ministerio de Educación de Colombia (1953), *La cátedra Bolivariana en Colombia: programa para Universidades, Colegios y Normales*, International Monetary Fund, Colombia.

Pinilla Díaz, Alexis Vladimir (1999) "Educación y Cultura Política: un balance historiográfico del periodo 1946-1953", *Revista Colombiana de Educación*, n. 38-39, pp. 75-99.

Pittelli, Cecilia y Somoza Rodríguez, Miguel (1997) "La enseñanza religiosa en las escuelas públicas durante el primer peronismo (1943-1955). En Cucuzza, Héctor Rubén (dir), *Estudios de la historia de la educación durante el primer peronismo 1943-1955*, Buenos Aires, Los libros del Riel.

Potash, Robert (1984) *Perón y el G.O.U. Los documentos de una logia secreta*, Buenos Aires, Sudamericana.

Puiggrós, Adriana (1992) "La educación argentina desde la reforma Saavedra-Lamas hasta el fin de la década infame. Hipótesis para la discusión" en Puiggrós, Adriana (dir), *Escuela, Democracia y Orden*, Buenos Aires, Galena.

Saénz, Rovner Eduardo (2002) *Colombia años 50. Industriales, política y diplomacia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Romero, José Luis (1970) *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*, Buenos Aires, Paidós.

Rouquié, Alain (1982) *Poder militar y sociedad política en la Argentina. Tomo II: 1943-1973*, Buenos Aires, Emecé.

Tedesco, Juan (1993) *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*, Buenos Aires, Ediciones Solar.

Theml, Neyde y Bustamante, Regina María da Cunha (2007) "Historia Comparada: Olhares plurais", *Revista de História Comparada*, v. 1, n. 1, Río de Janeiro.

Williford, Thomas J. (2009) "Las "tomas" de colegios durante la República Liberal, 1936-1942: parte de la estructura discursiva de La Violencia", *Historia Crítica*, n. 39, pp. 130-152.

Zanatta, Loris (1996) *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

Tercera sección. Las derechas no partidarias

Una propuesta para el estudio de las fundaciones políticas transnacionales de derecha en América latina

Carlos Alfonso Pérez Ricart

I.

A continuación se esbozan algunas ideas propias y otras robadas a los participantes del tercer taller sobre las derechas en el Cono Sur²⁰. Mientras el taller me permitió ver otras maneras en las que destacados "derechólogos" de América Latina y España interpretan los movimientos, historias y articulaciones de las derechas latinoamericanas, el libro de actas me permite, por otro lado, dejar constancia de las retroalimentaciones recibidas en el taller y de algún par de ideas que puedan resultar interesantes para un estudio metodológico de las fundaciones políticas transnacionales de derecha en América Latina.

El objetivo del texto es presentar algunas opciones metodológicas para el estudio de las fundaciones políticas transnacionales de derecha en América Latina. Es resultado de un primer proceso teórico hacia la construcción de mi tesis doctoral y de algunas conclusiones derivadas de un trabajo anterior (Pérez Ricart 2011). A modo de ejemplo tomo como base los casos de tres fundaciones que constituyen mi objeto de investigación doctoral: International Republican Institute (IRI) con sede central en Estados Unidos, la *Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales* (FAES) con sede central en España y la *Konrad Adenauer Stiftung* (KAS) con centro en Alemania. Aun así, este ensayo no es ni el resultado de datos procesados de las fundaciones políticas ni un análisis concluyente de sus discursos, acciones y relaciones.

II. La(s) derecha(s)

Un seguimiento de la literatura académica dedicada al estudio de las derechas (Morresi 2011) nos obliga a aceptar sólo tres salidas posibles para una aproximación teórica: reconocer al término "derechas" solamente como impreciso y por tanto inútil en un trabajo académico (no tendría sentido este libro de actas), aceptarlo como válido y familiar para referirse a un conjunto de ideas inamovibles y perfectamente claras (tampoco estaría escribiendo estas líneas) o, como creo que todos los participantes de tres talleres de discusión sobre las derechas hasta ahora realizados estuvieron de acuerdo; esto es: aceptando sus limitaciones, formulando definiciones operativas, reconociendo marcos relacionales, entendiendo estructuras sociales siempre performativas, analizando grupos, tiempos, discursos y organizaciones precisas. Yo me decanto por la tercera y por ello mi propuesta es, en detrimento de una disquisición general de las derechas, realizar una definición operativa del objeto a estudiar. Así, una primera aproximación hacia cualquier estudio sobre las derechas debe comprender la imposibilidad de estudiar a la derecha como un ente monolítico en favor de un entendimiento mucho más amplio de *constelaciones de derechas* en donde el análisis de una con otra podrá llevarnos, con suerte, comparación y rigor, a la tal ansiada inferencia descriptiva (King, Keohane, y Verba 2000). No será esta, pues, una investigación *de la derecha* sino de *una* derecha.

Bajo ese entendido, mi proyecto de investigación (y este ensayo, en particular) nacen del reconocimiento de que existen ideas que se contraponen a lo que hoy conocemos como "modernidad" pero que no necesariamente son consecuentes entre sí. La teoría de las mentalidades, por ejemplo, abre un campo teórico en el que se aceptan discursos que, abrevando de la misma fuente, muestran contradicciones en sí mismos. Así, a reserva de avanzar en la formulación de un concepto más completo, podemos

²⁰ Tres únicas ideas en esta nota al pie. 1) Lo obvio y urgente: agradecer la invitación que me hizo Dr. Ernesto Bohoslavsky para participar en el taller y en el libro de actas del que estos párrafos forman parte. 2) Agradezco enormemente el apoyo del proyecto de investigación en el que participo: Entre Espacios (*Zwischen Raumen*) cuyo financiamiento y sostén académico me permitieron asistir al taller. 3) La ponencia presentada en el taller llevó el nombre de "Fundaciones transnacionales: ¿una opción derechista de apropiación del espacio público? El caso mexicano 1994-2011". Lo que aquí se presenta es una versión ampliada de lo dicho entonces. El cambio de título es sólo una metáfora de esa transformación.

ubicar a las fundaciones transnacionales de derecha como aquellas que explícita o implícitamente manifiestan su adherencia a principios muy claros, entre ellos, el valor del mercado, el "respeto" a la "familia tradicional", la *gerencialización* de la política o, en su defecto, el rechazo combativo a lo informal, a las reivindicaciones que proclaman la subjetividad del cuerpo, a lo colectivo y en general a lo público.

III. Fundaciones transnacionales de derecha. Preguntas de investigación e hipótesis

Utilizo el concepto de "fundación política transnacional" para etiquetar cualquier organización con presencia física y redes delimitadas con al menos un actor no estatal y con trabajo político al menos en dos Estados nacionales (Nye y Keohane 1974) y cuyas relaciones mantienen el rasgo distintivo de conformarse a partir de discursos comunes, convicciones o valores *-principled ideas-* (Keck y Sikkink, 1999). En cuanto al interés particular de estudiar la presencia de la KAS, FAES e IRI en América Latina hay mucho que decir: las tres mantienen una oficina de interés en al menos tres países de América Latina, una estrategia política sistemática a corto y largo plazo y una visión de la región como plataforma de despegue inmejorable para sus ideas. Son, las tres, representantes de los principales partidos conservadores de sus respectivos países y, por tanto, actores fundamentales, en las relaciones que mantienen sus gobiernos nacionales con América Latina. Por si eso fuera poco, una investigación muy preliminar de los vínculos de varias organizaciones latinoamericanas con el exterior apunta a una fuerte interacción transnacional de muchas de ellas con KAS, FAES e IRI. No hay, además, y hasta donde sabe el que escribe, ningún estudio sistemático que haya analizado sus políticas transnacionales hacia América Latina. Tomo estos casos de estudio porque las tres comparten características que yo asocio al núcleo central de pensamiento de las derechas. A saber, un fuerte sentido nacional, cierta predisposición hacia las ideas de libertad en detrimento de las igualitarias, un reconocimiento explícito al trabajo eclesiástico como eje rector de la sociedad y una clara visión económica que privilegia la mínima intervención posible del Estado. A pesar de eso (o tal vez, *precisamente por eso*) las tres organizaciones han construido con relativo éxito una imagen altruista, generosa y ajena a intereses creados. Así y todo, las tres fundaciones son muy similares en la ambigüedad con la que se presentan frente a los distintos circuitos socio-comunicacionales en los que trabajan. Dependiendo del lugar en el que participan se presentan como organizaciones partidistas, fundaciones autónomas, ONGs, *think tanks*, fundaciones filantrópicas, organizaciones pro derechos humanos o asociaciones Civiles sin fines de lucro. La pregunta sobre la cual inquiero es: ¿a través de qué mecanismos de acción e interpretaciones de la realidad han intentado estas fundaciones intervenir en la formación de opinión pública y en la toma de decisiones políticas en América Latina? Aquí, con el término "mecanismos de acción" me refiero, en el contexto de la investigación, básicamente a dos formas de intervención: la orientación de recursos hacia propósitos compartidos en defensa de ciertos valores y a la organización de centros de estudio de políticas públicas (*think tanks*). Con "interpretaciones de la realidad" nombro al conjunto de fases de cualquier proceso cognoscitivo: la observación fenomenológica, la formulación de supuestos, la instrumentalización de los mismos y el análisis de los resultados. Dicho en una frase, el **debate central** gira en torno a las motivaciones, beneficios y consecuencias de estas fundaciones -representantes de una, y sólo de una, forma en la que se manifiesta la creciente interacción de la política nacional e internacional- en la construcción de un orden social y económico que desde hace varios años ha modificado significados de, entre otras cosas, conceptos tan importantes para el devenir nacional como son: seguridad, mercado, autoridad, democracia, formalidad y Estado. Por considerar trascendentes los cambios económicos y políticos ocurridos durante el periodo 1982-1998 (sobre todo en términos de desregulación económica y "normalidad democrática" en la mayor parte de América latina), limitaré mi estudio a ese lapso. Una aclaración me parece necesaria: No se trata de comparar las modalidades de trabajo de las fundaciones entre sí; se trata, por el contrario, de que una complementariedad de datos me lleven, si no a generalizar comportamientos, sí a explicar ciertos mecanismos de intervención transnacional por parte de fundaciones transnacionales de derecha en América Latina.

Algunas de las **preguntas básicas** que la investigación se plantea son:

- a) ¿cómo se encuentran organizadas las estrategias dirigidas a América Latina?

- b) ¿cómo se estructura su discurso (temas, argumentos, recursos retóricos, etc.)?, ¿qué continuidades y rupturas muestra a través del periodo de análisis?, ¿qué diferencias existen entre el discurso de las tres fundaciones?
- c) ¿de qué prácticas y estrategias se sirven para ganar influencia política (seminarios, publicaciones, concursos, apariciones en los medios, etc.)?
- d) ¿con quienes se encuentran relacionados las fundaciones y a través de qué tipo de vínculos (políticos, económicos e ideológicos)?

Algunas **preguntas más específicas** son:

- a) ¿bajo qué circunstancias, internas y externas, logran sus objetivos o fracasan las coaliciones y los actores transnacionales que intentan modificar las políticas relativas un asunto específico?
- b) ¿Cómo modifican los cambios estructurales internos la estrategia y el discurso de las fundaciones transnacionales a lo largo de los años de estudio?
- c) ¿Existe causalidad entre la relación que llevan con América Latina los gobiernos de los países de origen de cada fundación y los alcances y/o límites de las fundaciones con respecto a América Latina?

Una **hipótesis general** del trabajo sugiere que las tres fundaciones políticas transnacionales que abarca el estudio han producido y articulado con éxito distintas formulaciones sintéticas de sentido descriptibles y diferenciables (que prefiero llamar representaciones sociales) que, al vincularse exitosamente con distintos actores latinoamericanos, han logrado penetrar en distintos circuitos socioculturales legitimando un proceso de políticas públicas que desde los años ochenta a la fecha parece, sino hegemónico, cuando menos dominante. **Sin embargo**, el éxito o fracaso de ese proceso de generación de hegemonía ha dependido de tres variables: de las estructuras internas de los Estados latinoamericanos (acuerdos normativos + organización de instituciones políticas y sociales + "cultura política"), del grado de institucionalización e imbricación internacional que mantiene cada uno de los Estados nacionales dentro del "sistema mundo" en el que participan y, en tercer lugar, de la capacidad de las fundaciones para construir sus propias representaciones de sentido a través de la formación de diferentes redes o coaliciones internas con actores nacionales.

A todo esto, sin embargo, se le debe anteponer una aclaración: la cada vez mayor presencia relativa de las fundaciones en América Latina no significa necesariamente una reducción de la capacidad estatal ni un aumento del poder de las fundaciones sobre el Estado. Esa lectura me parece simplista; por el contrario, todo apunta a que lo que aparentemente es una competencia por la autoridad dentro de un campo determinado puede convertirse, en realidad, en otra forma de legitimación de un sistema político o económico pero ahora con diferentes condiciones (Higgot, Underhill y Bieler 2000). Pregunta retórica: ¿es este un proceso de derechización?

- A) Aunque cada vez es mayor el número de trabajos académicos que combaten la ontología estatista imperante en el campo de las relaciones internacionales (la tendencia a unir Estado, territorio y autoridad como una misma cosa y a percibir lo sistémico y lo interno no sólo como puntos de partida oportunos para dividir el mundo social, sino como esferas reales y ontológicas) y que sugieren la necesidad de reconsiderar la relación entre distintos elencos de fuerzas globales y locales reivindicadoras de autoridad en diferentes ámbitos y según diferentes criterios de legitimación (Barnett 2008, 9-30), sólo unas pocas publicaciones se han centrado en el tipo de influencia que alcanzan (Abelson 2007, 15-50) y en las vinculaciones concretas que mantienen con sus pares. En comparación con los estudios de casos de otras regiones (Brucker 2007; Dakowska 2005), la bibliografía dedicada a las relaciones entre fundaciones de derecha europeas y latinoamericanas es todavía incipiente (Walpen 2004; Plehwe 2001; Plehwe et al. 2000).
- B) El proceso de internacionalización de las dinámicas nacionales es la principal dimensión política de la globalización. Sin embargo, hasta hace poco tiempo, el estudio de las relaciones transnacionales estuvo centrado en las organizaciones económicas entregadas a la obtención de ganancias materiales. Con los años, empero, el trabajo de iglesias, partidos políticos, organizaciones de derechos humanos, instituciones filantrópicas o de asistencia dieron un nuevo significado casi

siempre positivo al entendimiento que los académicos tienen de ellas (Price 1998). Por ello, es necesaria la proliferación de trabajos que cuestionen el hecho de que de estas intervenciones resulte algún grado de "empoderamiento de la sociedad civil" (Loeza 2004) y que pongan sus miras en la importancia que tuvieron (y tienen) las fundaciones durante el proceso de cambio (de nuevo: ¿de derechización?) del paradigma político y económico que América Latina sufrió desde la década de 1980.

V. Estrategia metodológica

Si es cierto que las identidades se construyen a partir de prácticas y discursos, la estrategia metodológica se deberá centrar en rastrear empíricamente los caminos concretos que sigue el "proceso de derechización" y los límites materiales e ideológicos (Keck y Sikkink, 1999) que tiene esa construcción en cuanto al contexto histórico y político latinoamericano. De ahí que un objetivo claro sea el de aclarar los *mecanismos de acción e interpretaciones de la realidad* de las fundaciones. Para aproximarme a ambos horizontes de investigación, me planteo utilizar fundamentalmente tres métodos:

Análisis de discurso

Si la cantidad de materiales publicados y financiados es impresionante, más lo son los datos expresos (lo que nos quieren decir) y latentes (lo que no se pretende) que albergan los textos que las fundaciones han grabado, editado, traducido o escrito. De ahí que sea necesario privilegiar, luego de una primera lectura, una selección de textos significativos que en sí mismos sean también representativos de los demás. Se propondrá después una metodología que suponga una combinación de comprensión crítica con aproximación estadística. Esto es: aprovechar las herramientas que ofrece la vertiente cuantitativa del análisis discursivo (análisis de correspondencias múltiples, análisis lexicológicos, análisis factoriales) con la rama cualitativa (análisis semántico, de intensidad y/o de árbol genealógico).

Análisis documental

documentos internos, en los aspectos organizativos, las estrategias y los vínculos que las fundaciones desarrollan. El análisis documental servirá, además, para sistematizar y clasificar de forma temática y cronológica los textos.

Análisis de redes

Bibliografía

- Abelson, Donald (2007). "¿Alguien está escuchando? Evaluando la influencia de los think tank en las políticas". En Adolfo Garcé et al. *Think Tanks y políticas públicas en Latinoamérica: dinámicas globales y realidades regionales*, Buenos Aires: Prometeo, pp. 15-50.
- Barnett, Michael (2008) "Autoridad, intervención y los límites externos de la Teoría de las Relaciones Internacionales". *Relaciones internacionales: Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica*, n. 8, pp. 9-30.
- Brucker, Matthias (2007) "Trans-national Actors in Democratizing States: The Case of German Political Foundations in Ukraine". *Journal of Communist Studies and Transition Politics*, v. 23 n. 2, pp. 296-319.
- Dakowska, Dorota (2005) "German Political Foundations: Transnational party go-betweens in the process of EU enlargement". En: Wolfram Kaiser y Peter Starie (eds.), *Transnational European Union*, London, Routledge, pp. 150-169.
- Emirbayer, Mustafa, y Jeff Goodwin (1994) "Network Analysis, Culture and the Problem of Agency", *American journal of sociology*, v. 99, n. 6, pp. 1411-1454.
- Granovetter, Mark (1973) "The strength of weak ties", *American journal of sociology*, v. 78, n. 6, pp. 1360-1380.
- Higgot, Richard, Geoffrey, y Andreas Bieler, eds. (2000) *Non State Actors and Authority in the Global System*. Routledge, Londres.

- Jenkins, J. Craig (1983) "Resource mobilization theory and the study of social movements". *Annual Review of sociology*, n. 9, pp. 527-553.
- Keck, Margaret y Kathryn Sikkink (1999) "Redes transnacionales de cabildeo e influencia", *Foro Internacional*, v. 39, n. 4, pp. 404-428.
- King, Gary, Robert Keohane, y Sydney Verba (2000) *El diseño de la investigación: la inferencia científica en los estudios cualitativos*. Madrid: Alianza.
- Lake, David (2003), "International Relations Theory and Internal Conflict: Insights from the Inter-tices", *International Studies Review*, v. 5, n. 4, pp. 81-89.
- Loaeza, Soledad (2004) "La diplomacia blanda alemana. La Konrad Adenauer Stiftung y la democratización mexicana", *Foro internacional*, v. 44, n. 1, pp. 5-28.
- Lowry, R. C. (1999) "Foundation Patronage Toward Citizen Groups and Think Tanks: Who Gets Grants?" *The Journal of Politics*, v. 61, n. 3, pp. 758-776.
- Morresi, Sergio (2011), "Un esquema analítico para el estudio de las ideas de derecha en Argentina (1955-1983)", en Ernesto Bohoslavsky (comp.). *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines. Disponible en http://www.ungs.edu.ar/cm/uploaded_files/file/publicaciones/las_derechas/
- Nye, J. S, y R. O Keohane (1974), "Transgovernmental relations and international organizations", *World Politics: A Quarterly Journal of International Relations*, v. 27, n. 1, pp. 39-62.
- Pérez Ricart, Carlos A. (2011), "La (s) derecha (s) en la educación en México: 1917-1939", Tesis de licenciatura, El Colegio de México.
- Plehwe, Dieter (2001) "Neoliberale Ideen aus der nationalen Peripherie ins Zentrum gerückt: Der Fall Mexiko", *Utopie kreativ*, 129/130, pp. 634-643.
- Bernhard Walpen y Jürgen Nordmann (2000), "Neoliberale Wahrheitspolitik: Neo- bzw. Rechtsliberale Intellektuellen- und Think-Tank- Netzwerke als Säulen einer hegemonialen Konstellation: Überlegungen zu einem Forschungsprogramm "Historisch-soziale Netzwerkanalyse". Disponible en <http://www.theopenunderground.de/@pdf/toug/global/wahrpol.pdf>
- Porrás, José Ignacio (2001), "Policy Network o red de políticas públicas: una introducción a su metodología de investigación", *Estudios Sociológicos*, v. XIX, n. 3, El Colegio de México, pp. 721-745.
- Powell, Walter, y Paul Dimaggio (1991) "The iron cage revisited: institutional isomorphism and collective rationality in organization fields", En *The new institutionalism in organizational analysis*, Chicago University Press, pp. 41-62.
- Price, Richard (1998), "Reversing the Gun Sights: Transnational Civil Society Targets Land Mines", *International Organization*, v. 52, n. 3, pp. 613-644.
- Rhodes, R.A.W., y David Marsh (1992) *Policy Networks in British Government*. Oxford: Clarendon Press.
- Roger, David, y David Whetten (1982) *Interorganizational coordination: theory, research and implementation*. Iowa: Iowa State University Press.
- Walpen, Bernhard (2004) *Die offenen Feinde und ihre Gesellschaft. Eine hegemonietheoretische Studie zur Mont Pelerin Society*. Hamburg: VSA-Verlag.

Problemas y perspectivas para una definición y un estudio de la derecha católica argentina, 1955-1973

Francisco Teodoro

Antes de iniciar estas reflexiones, quisiera mencionar que este trabajo ha sido pensado inicialmente como una presentación para el tercer Taller de Discusión sobre las derechas en el Cono Sur. Por lo tanto, el contenido de las páginas que siguen constituye un acercamiento en gran medida exploratorio y problemático a nuestro objeto. En particular, la propuesta es abordar algunas de las cuestiones que atañen al estudio de las ideas de los grupos de derecha autodenominados católicos en el período que se extiende entre el inicio del conflicto entre el peronismo y la Iglesia católica en 1955 y el regreso de Perón al poder en 1973. A lo largo del texto, colocaremos nuestra preocupación central en torno a dos problemas.

En primer lugar, abordaremos algunas de las dificultades conceptuales que se presentan al acercarse al estudio de los grupos derechistas del catolicismo argentino en el período abordado. En particular, señalaremos algunos de los elementos que consideramos constitutivos y característicos del campo que denominamos derecha católica. Del mismo modo propondremos la existencia de dos facciones marcadamente diferenciadas al interior de esta tradición: el catolicismo liberal y el integrista. Estas facciones mostraron, sobre la base de una serie de acuerdos comunes, diferentes posturas con respecto a diversos temas que indujeron a discusiones y a posicionamientos contrapuestos en determinados contextos históricos. En segundo lugar, nos interesa proponer algunas líneas a partir de las cuales abordar las ideas y las trayectorias de los grupos de la derecha católica en la Argentina pos-peronista atendiendo a sus consensos y disensos. Para dar cuenta de esos debates abordaremos esquemáticamente algunos interrogantes y respuestas que se presentaron al interior de la derecha católica con respecto al problema del peronismo, proponiendo para ello tres niveles de análisis en los cuales esos grupos han enunciado al fenómeno. Creemos que el peronismo ha sido el tema principal en la agenda tanto de los grupos católicos como de otras expresiones derechistas entre 1955 y 1973.

Problemas para una definición de la "derecha católica" argentina

Uno de los primeros problemas que se presentan al considerar a los grupos de identificación católica como una expresión de las derechas en Argentina es precisar qué elementos los definen, qué aspectos los hacen diferentes entre sí y cómo se relacionan entre ellos. Pensar estos problemas nos aleja del error metodológico de utilizar el término "derecha" para englobar actores que no tenían relación entre sí, pensaban diferente en diversos aspectos, o por el contrario actuaron en la vida política para dirimir sus propios conflictos de intereses. Por estos motivos, nuestra intención al utilizar la denominación derecha católica para abordar las ideas de ciertas y determinadas expresiones del catolicismo en el período 1955-1973 es dar cuenta, en un campo plagado de matices, de una serie de regularidades identitarias y discursivas compartidas con respecto a temas diversos tales como las actitudes ante el peronismo y el comunismo, y más en general frente al tratamiento de la cuestión social.

Un segundo problema al que nos enfrentamos al inscribir a los intelectuales católicos en el campo más amplio de las derechas argentinas, es definir qué elementos diferencian a estos grupos de otras tradiciones derechistas, en qué medida se los puede relacionar e incluso confundir, y qué relaciones tuvieron estos grupos con expresiones de derecha no católicas. Como es bien sabido, la identidad católica ha sido profesada por amplios grupos derechistas argentinos durante el siglo XX. Las facciones nacionalistas se han denominado católicas, del mismo modo que los grupos liberal-conservadores y los neoliberales en la segunda mitad del siglo XX. Por esto, definir qué elementos singularizan a la derecha católica de otras tradiciones de derecha, es uno de los interrogantes que nos interesa problematizar en este texto.

Para empezar, quisiéramos presentar los elementos que a nuestro juicio constituyen los rasgos distintivos de la derecha católica argentina. Las expresiones derechistas del catolicismo compartieron, una serie de preocupaciones, valores y enemigos. Entre las preocupaciones, estos grupos coincidían en que el catolicismo debía recuperar el lugar de predominio que el peronismo le había arrebatado entre los sectores populares. Uno de los principales anhelos de las expresiones derechistas del catolicismo era que la Iglesia católica restaurar su papel como referencia identitaria en la sociedad civil, tal como había sucedido en los años treinta y en la primera mitad de los años cuarenta. Luego del derrocamiento de Perón, sacerdotes como Julio Meinvielle y Gustavo Franceschi sostenían que el catolicismo se estaba convirtiendo en una religión de las clases

medias. Si bien este dato no era más que uno de los emergentes de un amplio proceso de secularización de la sociedad argentina, en el cual la Iglesia comenzó a perder lentamente su capacidad para influir en la vida pública (Di Stefano, 2011), los actores colocaban la explicación a estos problemas en la incapacidad de la jerarquía y sus instituciones para convertir a los sectores populares en católicos militantes. De esta forma, los grupos derechistas del catolicismo mostraban una importante inquietud por la ineficacia de la Acción Católica Argentina así como de las organizaciones juveniles y los sindicatos obreros a la hora de ganar adeptos entre los sectores de menos recursos de la sociedad.

Estas preocupaciones por el papel de la Iglesia en el espacio público se estructuraban sobre la base de una serie de valores comunes compartidos. Entre ellos se encontraba un profundo tradicionalismo, que se manifestó principalmente en materia moral y cultural, en una crítica profunda a la cultura de masas (Sarlo, 2001). Estos valores, a su vez, se traducían políticamente en la existencia de una serie de enemigos comunes y prácticamente irreconciliables que eran el comunismo y el liberalismo. Como veremos más adelante, para los católicos liberales la condena inicial al liberalismo se transformó en los años cincuenta y sesenta en una condena a su variante estrictamente económica y no así al liberalismo político, es decir a la democracia. Por otra parte, cabe destacar que la reticencia absoluta a un diálogo con el marxismo es uno de los elementos que diferencian a la derecha católica de los grupos izquierdistas del catolicismo argentino y latinoamericano que surgieron al calor del Concilio Vaticano II y del impacto de la revolución cubana en los años sesenta (Morello, 2007).

Los elementos aglutinantes de los grupos católicos derechistas provenían de una matriz de pensamiento común determinada por la existencia de un campo desde el cual construyeron y reprodujeron una identidad católica que orientaba sus prácticas políticas. La matriz de pensamiento que los unía fue definida por Fortunato Mallimacci (1988) como "catolicismo integral". El dogma principal de esta corriente era "restaurar todo en Cristo", y el principal objetivo se encontraba en recristianizar la sociedad a partir de la conquista de las estructuras del Estado. El "catolicismo integral" es, en la Argentina, una construcción institucional de la Iglesia, un catolicismo de acción concebido como respuesta ante los avances laicistas del Estado liberal que se habrían profundizando desde 1880. Si bien su génesis debe buscarse en las décadas de 1920 y 1930, esta matriz de pensamiento fue reproducida a lo largo del tiempo en el marco de los espacios de sociabilidad creados y conducidos por la jerarquía eclesiástica, ya sean estos colegios, institutos superiores y posteriormente universidades, parroquias y publicaciones, entre otros. A partir de allí, la intervención eclesial en la vida política estuvo determinada por una oposición férrea al liberalismo, al comunismo y al avance de la modernidad, y por la intención de acceder a posiciones importantes dentro del Estado para alcanzar lo que Loris Zanatta (1996) denominó como "nación católica" (ver al respecto el texto de Gineth Álvarez Satizábal en este mismo libro).

En el periodo abordado en este trabajo, el pensamiento integralista determinó la identidad católica de los actores que, aún construyendo una identidad política complementaria, no dejaron de pensarse a sí mismos como católicos y a la actividad política como un mecanismo para alcanzar sus objetivos en tanto católicos. Precisamente, la identidad católica construida sobre la matriz de pensamiento integralista y el ideal de la "nación católica" como guía de la actividad política es lo que determinaba la unidad de los grupos de la derecha católica detrás de una serie de preocupaciones, valores y enemigos.

Englobar a las distintas facciones del catolicismo derechista bajo una denominación común no implica concebirlas como una totalidad homogénea. Por el contrario, creemos que los acuerdos constitutivos de los grupos derechistas del catolicismo no pueden ni deben disimular una serie de discusiones que, más o menos virulentas en función del contexto político, económico y eclesial. Si bien los acuerdos básicos y los elementos constitutivos se mantuvieron inalterables, en el periodo que analizamos estos grupos expresaron diferentes posturas con respecto a una serie de temas. Los católicos liberales y los integristas discutieron sobre asuntos tales como qué tipo de sistema político implementar, en qué medida debían existir vínculos entre el catolicismo y otras expresiones religiosas menos desarrolladas en el país como el protestantismo y el judaísmo, el papel y la autonomía de los laicos en la proliferación de la doctrina de la Iglesia, la relación política de los grupos católicos con intelectuales provenientes de tradiciones de pensamiento derechista no definidas principalmente como católicas, y el valor que se le otorgaba a la modernidad, es decir a la ciencia y los medios masivos de comunicación, como mecanismos de actualización de la doctrina.

Para abordar el problema de las diferencias al interior de la derecha católica nos resulta fructífero adoptar el esquema propuesto por Sandra McGee Deutsch (2005) y Pedro González Cuevas (2000) para pensar a las derechas como una multiplicidad de expresiones que se definen por sus acuerdos, pero que al mismo tiempo se enfrentan por sus divergencias. Ambos autores plantean la existencia de facciones derechistas moderadas y extremistas, cuyas discrepancias se deben a razones de "profundidad ideológica" y de estilo de intervención política. En el caso de la derecha católica argentina, creemos que este esquema ayuda a pensar los motivos que indujeron discusiones entre las facciones liberales (moderadas) e integristas (extremistas). Si bien estos grupos compartían el ideal de la nación católica como objetivo de la actividad política, diferían en las estrategias a partir de las cuales alcanzar esos objetivos. Las facciones integristas valoraban negativamente toda posibilidad de impulsar una democracia de partidos y en su lugar proponían realizar el mito de la "nación católica" a partir de la imposición a cualquier precio de un régimen corporativo a cargo de las Fuerzas Armadas, es decir reeditar la unión entre la cruz y la espada. Por su parte, los católicos liberales, más proclives al diálogo con otras corrientes políticas, se mostraron partidarios de sostener un régimen democrático en el cual la Iglesia católica controlara el Estado con la legitimidad otorgada por la sociedad mediante el voto de los ciudadanos. Detrás de esta propuesta se encontraba la idea de que la Iglesia católica apoyara un partido demócrata cristiano para alcanzar el poder político mediante los votos. Las diferencias al interior de la derecha católica comenzaron a aparecer como consecuencia de las transformaciones que se produjeron en Roma a mediados de los años cuarenta. Luego de la experiencia de los fascismos europeos y de la Segunda Guerra Mundial, el Papa Pío XII en la alocución de navidad de 1944 autorizó la democracia como sistema político. A partir de allí, la democracia cristiana se constituyó en una opción legítima para los católicos. En un contexto marcado por la guerra fría, los episcopados europeos se inclinaron por apoyar la creación de partidos demócrata-cristianos para frenar un posible avance del comunismo. En la Argentina, sin abandonar la matriz del catolicismo integral, ese movimiento permitió el despunte de un proceso de liberalización política de algunos grupos de la derecha católica, cuya actualización en materia doctrinaria continuaría con el Concilio Vaticano II en los años sesenta. Sin embargo, la fuerte impronta integrista de la jerarquía obstruyó la posibilidad de un desarrollo ulterior de la corriente liberal del catolicismo al menos hasta el derrocamiento de Perón en 1955. Cabe destacar que si bien compartían una valoración negativa por la democracia, dentro de la facción integrista podemos encontrar diferencias en torno al papel que se le otorgaba al pueblo. En este sentido, sería útil retomar la distinción propuesta por Daniel Lvovich (2006) entre un nacionalismo de derecha con corazón plebeyo, y otro de carácter elitista. Según este autor, los grupos plebeyos tuvieron un acercamiento más marcado con el peronismo y una preocupación más determinante por la cuestión social inspirada en la Doctrina Social de la Iglesia. Tal es el caso de figuras como Julio Meinvielle y Virgilio Filippo, por mencionar solo a dos. Por su parte, los grupos elitistas desestimaron la importancia del apoyo popular en el sistema político. Para estos grupos, representados al interior del catolicismo, entre otros, por los periódicos *Verbo* y *Jauja* (dirigido por Leonardo Castellani), la doctrina católica debía ser implementada por la jerarquía de la Iglesia, para lo cual no era necesaria una preocupación por la cuestión social o por la formación de las masas.

De todas maneras, si bien reconocibles, las diferencias entre los grupos de la derecha católica no fueron constantes a lo largo del periodo. Creemos que los católicos liberales e integristas dejaron de lado sus diferencias en determinados momentos, mientras que discutieron fuertemente en otros. ¿A qué se debe la fluidez de los posicionamientos de los católicos liberales e integristas? Creemos que los actores determinaron sus ideas y sus prácticas políticas recurriendo a una doble legitimidad que se desprende de una doble referencia identitaria. Esta legitimidad penduló entre la identidad católica (que hemos definido como integral) y la identidad política que podía ser liberal o nacionalista, en el caso de los grupos integristas, dependiendo de las decisiones que los sujetos tomaron en la esfera pública. En los momentos en los cuales sentían amenazados los intereses de la Iglesia, las facciones de la derecha católica hacían primar en el plano político su identidad católica. Por este motivo, compartieron un discurso común antiperonista a lo largo de 1954 y 1955, del mismo modo que impulsaron una activa militancia en el marco del debate parlamentario sobre autorización de creación de universidades privadas en 1957 y 1958, y un fuerte consenso en torno a la necesidad de interrumpir el gobierno constitucional de Arturo Illia en 1966. Por el contrario, en los momentos en los cuales el contexto se distendía, primaba entre ellos la identidad política, por lo cual encontramos

importantes disensos. Entre otras podemos mencionar las discusiones con respecto a cómo interpretar al peronismo luego del golpe de 1955, las tentativas de diálogo con grupos políticos no católicos, las estrategias para defender las prerrogativas de la Iglesia y los análisis de las políticas económicas desarrollistas impulsadas en los años sesenta, entre otras cuestiones.

Esta característica de los grupos católicos, que José Zanca (2006) atribuye a los intelectuales de los años cincuenta y sesenta, ubicados a medio camino entre el mundo privado y la esfera pública, es lo que diferencia a los grupos de la derecha católica de otras tradiciones derechistas como la liberal-conservadora o el nacionalismo de derecha. En estas tradiciones, prima la identidad política por sobre otras referencias identitarias. Los grupos liberal- conservadores podían ser católicos y la doctrina de la Iglesia en gran medida determinaba sus modos de pensar y de actuar (cfr. Morresi 2011). Sin embargo, su actividad política no se encontraba atada a la necesidad de hacer corresponder prácticas e ideas con la doctrina católica, tal como sucede en el caso de los grupos católicos derechistas. Un escenario similar se puede observar entre los nacionalistas de derecha, muchos de los cuales también eran católicos. Con respecto a este último punto, en un trabajo reciente, Mallimacci (2011) da cuenta de la complejidad que supone estudiar las múltiples referencias identitarias de los sujetos. Este problema puede inducir a confundir actores de raigambre católica con otros que, aún reconociéndose como católicos, proceden de tradiciones políticas que los invitan a tomar determinadas posiciones autónomas tanto en relación a la jerarquía de la Iglesia como con respecto al dogma católico.

Si bien las distintas tradiciones de pensamiento tienen sus fundamentos, para los católicos de derecha las ideas y las prácticas políticas se inscribían en el marco de referencia del dogma católico, en el cual el respeto a la autoridad, el tradicionalismo y el papel preponderante de la Iglesia en la sociedad civil eran valores a defender. Por este motivo, las ideas y la participación en la vida política de los grupos de la derecha católica se encontraban fuertemente limitada a la existencia y la defensa de las prerrogativas de la Iglesia en la sociedad.

Para finalizar esta sección del trabajo, quisiéramos hacer dos aclaraciones sobre la decisión de definir a los grupos derechistas del catolicismo como liberales e integristas. En primer lugar, la denominación "liberal" frecuentemente utilizada por la literatura para referirse a los grupos renovadores o modernizadores del catolicismo no implica negar su identificación con el sustrato ideológico de la "nación católica" (Di Stefano y Zanatta, 2009: 473) que según nuestro modo de ver es la matriz de pensamiento integralista. Esto significa que caracterizar como "liberal" a los actores católicos no implicaba que éstos pensarán a la religión como un elemento propio de la vida privada, tal como lo haría un liberal, sino que por el contrario, esta denominación simplemente da cuenta de una valoración positiva de la autonomía de los sujetos en el ejercicio de la religión y un reconocimiento de las cualidades del sistema político democrático como mecanismo para alcanzar el ideal de recristianización de la sociedad. Por otra parte, como muestra Olga Echeverría (2011), el término nacionalista ha demostrado ser el preferido por la literatura para referirse a buena parte de los grupos derechistas que se expresaron en la vida pública desde la década de 1920. Sin embargo, el término frecuentemente ha sido utilizado en compañía de calificativos como: católico, oligárquico, conservador, de derechas, entre otros, lo cual invita a pensar sobre su capacidad nominativa. En esta línea, creemos que hablar de nacionalismo católico para referirnos a los grupos integristas de la derecha católica, implica pensar que esos grupos proponen como marco de referencia identitaria la nacionalidad argentina. Esto nos llevaría a concluir que para estos grupos la nación argentina es la nación católica. Sin embargo, si bien efectivamente para estos actores Argentina es una nación católica, lo es debido a sus raíces hispánicas y no en función de sus propias particularidades. Por este motivo, la verdadera nación católica es una nación universal derivada de la España imperial y católica que conquistó América en los siglos XV y XVI, y no cada nación en particular. En ello los grupos integristas se diferencian en este aspecto de los nacionalistas.

El peronismo como fuente para una historia de los acuerdos y debates al interior de la derecha católica

En el periodo que abordamos existieron diversos temas sobre los cuales es posible trazar las trayectorias de las afinidades y las divergencias discursivas de los católicos derechistas. El avance del comunismo en la Argentina ha sido uno de ellos. La

revolución cubana y la creciente radicalización política fueron de los grandes temas que se debatieron al interior del campo católico en los años sesenta y setenta. El tratamiento de la cuestión social y las estrategias para acercar la doctrina católica a los sectores populares han sido otros de debates de los católicos derechistas en el tercer cuarto del siglo XX. De todas formas, creemos que una de las discusiones más ricas para ingresar a la complejidad del pensamiento católico derechista se ha dado en relación a la denominada cuestión peronista, tema sobre el que ha girado la agenda política de los diferentes grupos de derecha en la Argentina desde 1955 hasta, al menos, 1973. Sobre este punto, queremos bosquejar una propuesta y una serie de interrogantes para analizar acuerdos y discusiones que se dieron al interior de la **derecha** católica en relación a sus interpretaciones sobre el peronismo a partir de tres modos en los cuales los actores enunciaron el fenómeno.

a. La experiencia histórica

A partir de 1955, una de las primeras cuestiones a la que tuvieron que enfrentarse los grupos derechistas fue la de explicar el surgimiento del peronismo como fenómeno político. Adicionalmente los católicos se vieron en la obligación de dar cuenta de los motivos por los cuales la Iglesia se involucró en una alianza con el régimen peronista, así como las causas por las cuales se produjo la violenta ruptura. En este sentido, en septiembre de 1955 los actores se encontraron en un escenario político marcado por el debate acerca de cuáles fueron las causas que motivaron la emergencia del peronismo. Lo que es lo mismo que interrogarse sobre las condiciones políticas, sociales, económicas y morales que reunía la Argentina para que este fenómeno fuera posible. Si bien esta preocupación fue dominante en los primeros meses posteriores a la "Revolución Libertadora", se mantuvo como constante al menos hasta la irrupción de la revolución cubana.

Las diferentes expresiones de la derecha católica coincidieron en que el peronismo no fue un episodio casual. Por el contrario, fue considerado como el emergente político de un proceso de deterioro de la sociedad argentina que, desde la Ley Sáenz Peña hasta la década de 1940, se encontraba en una profunda crisis moral y política. Aunque con ciertos matices, también coincidieron en un rechazo de la experiencia del peronismo en el poder entre 1946 y 1955. Sin embargo, los argumentos que sustentaron ese rechazo fueron distintos. Los católicos liberales, desde las páginas del periódico *Criterio* que dirigía por entonces Gustavo Franceschi, propusieron analizar el fenómeno discriminando entre los actos de gobierno llevados a cabo por Perón y colaboradores, de los sujetos que constituían la base social del régimen. Entendido el peronismo en este plano régimen de gobierno, la experiencia carecía de toda moral y se encontraba en las antípodas de la libertad y de la doctrina católica. El peronismo fue caracterizado como un régimen totalitario y por ese motivo se lo impugnó. Para Franceschi el conflicto con la Iglesia se produjo luego del último y más fuerte intento del presidente por acumular la totalidad del poder político, avasallando los derechos de los ciudadanos, pero sobre todo las prerrogativas de la institución católica en la sociedad. Los grupos integristas, por su parte, reconocieron en el movimiento liderado por Perón valores que debían sostenerse aún a pesar del derrocamiento del presidente. Para ellos era preciso distinguir diferentes postulados que demostraron tener una potencialidad política indiscutible. Entre otros, el padre Julio Meinvielle sostenía que el peronismo había logrado avances respetables en el camino hacia la "nación católica", tales como articular desde el poder un discurso de fuerte impronta nacionalista y defender las banderas de la industrialización, del antiimperialismo y de la autarquía económica. El apoyo popular alcanzado por el movimiento peronista demostraba, en esa mirada, la potencialidad política de las banderas nacionalistas. En contrapartida, la condena al peronismo surgió de vincular la oposición entre "descamisados" y "oligarquía" con la lucha de clases promovida por el comunismo. Por lo tanto, las políticas nacionalistas se conjugaron con una excesiva profundización de los conflictos de clase y redundaron en que el peronismo se transformara no solo en una competencia para la Iglesia entre las clases desposeídas, sino también en una suerte de "nacionalismo marxista".

b. Las "masas peronistas"

Un segundo nivel de enunciación del peronismo estuvo dado por la referencia a las masas que se identificaron con el movimiento mientras estuvo en el poder. Sobre este punto, el problema era responder al interrogante sobre cómo explicar la

identificación de los sectores populares con el peronismo, más aún cuando luego de la caída del régimen político esa identificación continuaba presente. Ésta pregunta implicaba, a la vez, una mirada sobre el lugar del catolicismo en la sociedad, una valoración de la participación política del pueblo, una evaluación de las políticas de desperonización impulsadas por los distintos gobiernos luego de 1955, y por último una postura ante el tratamiento de la cuestión social. Sobre estas dos últimas cuestiones nos detendremos a continuación. Si bien los grupos liberales aceptaron la destitución de Eduardo Lonardi y la asunción de Pedro Aramburu como presidente de la nación en noviembre de 1955, tomaron cierta distancia de las medidas de "desperonización" de la sociedad impulsadas por los sectores liberales de la "Revolución libertadora". Para ellos, los seguidores del régimen brindaron su apoyo desde la buena fe y fueron engañados por la demagogia del líder, por las dádivas otorgadas, y porque el gobierno peronista hizo realidad algunas de las reivindicaciones más importantes que hasta esa fecha habían obtenido los trabajadores. Por lo tanto, para superar el problema peronista era preciso no extralimitarse en la utilización de la represión ante unas masas que concebían como carentes de liderazgo. En cambio, estos grupos proponían como salida a esa situación una alternativa política que lograra satisfacer a las masas peronistas reincorporándolas al sistema. La idea de un liderazgo vacante fue compartida por las facciones integristas. Luego del golpe de septiembre, estos grupos se mostraron partidarios de sustituir a Perón por un líder católico que devolviera a las masas a su filiación católica sin modificar sustancialmente el sistema político. Por este motivo, Lonardi fue para ellos una alternativa nada desdeñable. A partir del reemplazo de Lonardi por Aramburu, las facciones integristas perdieron sus esperanzas y pasaron a posiciones de retaguardia, denunciando lo que consideraban como una nueva tiranía, en este caso la "tiranía de la democracia liberal".

En los años sesenta, los grupos integristas, a diferencia de los liberales, no se preocuparon por apoderarse del apoyo de las "masas peronistas", sino que sus principales inquietudes se encontraban en la tarea de formar cuadros que fueran capaces de recristianizar la sociedad y transformar el sistema político mediante una refundación nacional. Como el peronismo era el resultado de una crisis moral, la solución no pasaba por proponerle a las "masas peronistas" una alternativa política, sino por reeducarlas. Por su parte, ambas facciones de la derecha católica compartieron en los años sesenta una crítica profunda a las medidas económicas de liberalización efectuadas por los distintos gobiernos y por las consecuencias sociales de las mismas. Esas críticas se fundaban en la creencia de que los gobiernos descuidaban la cuestión social y conducían a las masas hacia una revalorización e idealización del pasado peronista en el cual alcanzaron un nivel de vida del cual nunca antes habían gozado.

c. Las expresiones políticas del peronismo

Por último, otro de los modos en los que los actores de la derecha católica enunciaron al peronismo entre 1955 y 1973 fue a través de las potencialidades políticas que le otorgaron a las expresiones políticas del peronismo "de después del peronismo". Este modo de referirse al fenómeno apareció con fuerza en 1956 y fue utilizado fuertemente en el contexto de 1962 y finalmente entre 1970 y 1973. La persistencia del "problema", expresada en la resistencia que comenzó a cobrar fuerza a partir de 1956, y a la luz de los resultados de las elecciones legislativas de 1957, mostró la ineficacia de la "desperonización" impulsada por la "Revolución Libertadora". Por lo tanto, en los años sesenta los grupos católicos derechistas comenzaron a plantearse qué se podía rescatar del peronismo para ser reutilizado en función de sus intereses políticos y los de la Iglesia. Los católicos liberales expresaron fuertemente la idea de la necesidad de incluir en el juego político a sectores del peronismo considerados "moderados" con el objetivo de solidificar un sistema en el que, desde 1955, ninguna de las fuerzas había sido capaz de llamar la atención de los votantes peronistas. A partir de 1959, luego de la revolución cubana, los católicos liberales comenzaron a observar que el peronismo tenía diferentes vertientes y que existían en su seno dirigentes rescatables y que la participación política de esos sectores en el juego democrático permitiría frenar un posible avance del comunismo en la Argentina. Esta postura llevó a que el periódico *Criterio* criticara abiertamente la intervención de Arturo Frondizi cuando anuló los comicios de 1962 en los que habían obtenido la victoria candidatos peronistas. La estrategia de ponerle fin a la proscripción, sin permitir el regreso de Perón, fue dejada de lado entre 1965 y 1966, momento en que estos grupos apoyaron el golpe militar impulsado por Onganía. Sin embargo, luego de 1969, en el marco del Cordobazo y frente al proceso de

radicalización política que comenzaba a vivir la Argentina, los católicos liberales profundizaron su apuesta por un sistema democrático de partidos. Esto los llevó a apoyar el Gran Acuerdo Nacional impulsado por Agustín Lanusse a partir de 1972 y aceptar el regreso de Perón como una garantía para la continuidad del sistema político y una posibilidad cierta de aislar a los grupos izquierdistas radicalizados.

Las facciones integristas, por el contrario, no tuvieron entre sus principales preocupaciones elaborar estrategias para solidificar el sistema político. De tal forma, las expresiones políticas del peronismo y sus intentos de participar en el sistema de partidos, sumado a las proscripciones, solo abonaban a la teoría de una continuidad entre el peronismo y la democracia liberal. La preocupación principal de estos grupos con respecto a la potencialidad política de la herencia peronista se hizo presente en los sesenta en el marco del proceso de radicalización que mostraba que el peronismo podía convertirse en vehículo de expresiones políticas extremistas tanto de izquierda como de derecha.

Consideraciones finales

A lo largo de este texto hemos propuesto considerar e inscribir a ciertos sectores del catolicismo como una expresión de las derechas en la Argentina en el periodo posterior al derrocamiento de Perón. Definimos a la derecha católica en función del ideal de alcanzar la nación católica y de una matriz de pensamiento compartida denominada catolicismo integral. Si bien estos elementos determinaron una serie de preocupaciones, valores y enemigos comunes, hemos mencionado que al interior de la derecha católica hubo importantes desacuerdos, entre los cuales el más importante se relacionaba a las diferentes valoraciones que liberales e integristas expresaron sobre la democracia como sistema político. Por otra parte, en la segunda sección del trabajo hemos planteado una propuesta y una serie de interrogantes para abordar el problema del peronismo desde la derecha católica, rescatando tres modos en los que las facciones del catolicismo derechista han enunciado y discutido el fenómeno. Planteado el problema en estos términos, se pueden objetar importantes inconvenientes metodológicos. Uno de ellos tiene que ver con las características del periodo abordado. Como sostiene Humberto Cucchetti (2011), la decisión de utilizar como marco conceptual la oposición entre derechas e izquierdas en los años sesenta y setenta enfrenta el problema de la diversidad de trayectorias políticas e ideológicas y la circulación de sujetos que actuaron en diversas organizaciones políticas. Esto condujo a un número importante de actores a recorrer todo el trayecto que va de la derecha a la izquierda o viceversa en muy pocos años. La crítica que subyace a esta idea es que el par dicotómico derecha/izquierda implica cierta coherencia ideológica de parte de los actores que difícilmente puede ser verificada en el periodo estudiado. Por lo tanto, la circulación de sujetos que intervienen políticamente desde distintos ámbitos invalidaría la posibilidad de plantear la existencia de límites ideológicos regulares tanto a un lado como a otro del sistema político, circunscribiendo así la operatividad de la conceptualización. Frente a estos cuestionamientos, creemos que derechas e izquierdas son conceptos que, entendidos en forma histórica y relacional, describen una serie de ideas con respecto a temas que se encuentran en debate en un contexto político situado y determinado. Si se aborda el estudio de las ideas expresadas por distintos actores individuales o colectivos, plantear el problema en estos términos es sumamente útil puesto que permite dar visibilidad y sentido a acuerdos más o menos efímeros que se construyen entre determinados sujetos procedentes de diversas trayectorias, en determinados contextos y utilizando determinados lenguajes políticos. Para el caso de los grupos católicos, presentarlos en relación con otras expresiones derechistas no implica pensarlos únicamente como sujetos religiosos sino restituirles el importante papel de actores políticos que han desempeñado en la segunda mitad del siglo XX argentino, tanto como funcionarios del Estado como en su rol de formadores de opinión y de conciencia en una país eminentemente católico.

Bibliografía

Cucchetti, Humberto (2011). "Circulaciones sociales y enfrentamientos políticos en la Argentina de los '60-'70: ¿dinámicas, trayectorias y representaciones más allá de la derecha (y la izquierda)?" En: Bohoslavsky, Ernesto (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*. Los Polvorines: Universidad Nacional de

General Sarmiento. Disponible en

http://www.ungs.edu.ar/cm/uploaded_files/file/publicaciones/las_derechas/

Di Stefano, Roberto (2011). "Por una historia de la secularización y la laicidad en la Argentina", *Quinto Sol*. v. 15, n. 1.

----- y Loris Zanatta (2009). *Historia de la Iglesia argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*.

Buenos Aires: Sudamericana.

Echeverría, Olga (2011). "¿Las cosas por su nombre? Preguntas sobre la propensión de llamar "nacionalismo" a la derecha argentina de la década de 1920." En: Bohoslavsky, Ernesto (comp): *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento. Disponible en http://www.ungs.edu.ar/cm/uploaded_files/file/publicaciones/las_derechas/

González Cuevas, Pedro Carlos (2000). *Historia de las derechas españolas. De la ilustración a nuestros días*. Madrid. Biblioteca Nueva.

Lvovich, Daniel (2006). *El nacionalismo de derecha. Desde sus orígenes hasta Tacuara*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Mallimaci, Fortunato (1988). *El catolicismo integral en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos.

----- (2011). "Católicos nacionalistas y nacionalistas católicos en Argentina." En: Cucchetti, Humberto y Mallimaci, Fortunato (eds.): *Nacionalistas y nacionalismos. Debates y escenarios en América Latina*. Buenos Aires: Gorla.

McGee Deutsch, Sandra (2005). *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile (1890-1939)*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Morello, Gustavo (2007). "El Concilio Vaticano II y la radicalización de los católicos." En: Lida, Clara, Crespo, Horacio y Yankelevich, Pablo (eds.): *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, pp. 111-130.

Morresi, Sergio (2011). "Un esquema analítico para el estudio de las ideas de derecha en la Argentina (1955-1983)." En: Bohoslavsky, Ernesto (comp.): *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento. Disponible en http://www.ungs.edu.ar/cm/uploaded_files/file/publicaciones/las_derechas/

Sarlo, Beatriz (2001). *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Buenos Aires: Planeta / Ariel.

Zanatta, Loris (1996). *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Zanca, José (2006). *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad (1955-1966)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

¿Qué afinidades político-ideológicas hay entre los principales diarios y partidos de "derecha" en Brasil, Chile y Argentina a inicios del siglo XXI?

Ariel Alejandro Goldstein

Introducción

El presente trabajo se propone sugerir una aproximación para el estudio de las relaciones que, dentro del contexto de cambio político experimentado en América del Sur desde principios de siglo con el acceso al gobierno de fuerzas políticas progresistas, se establecen en términos de afinidades político-ideológicas entre los principales partidos políticos de oposición y medios de prensa escrita en Brasil, Argentina y Chile. El artículo estará centrado especialmente en el análisis de estos aspectos durante el primer gobierno de Lula Da Silva (2003-2006) en Brasil, evaluando posibles puntos de comparación respecto de los gobiernos de Michelle Bachelet en Chile (2006-2010) y Cristina Kirchner (2007-2011) en Argentina. Inevitablemente, la pregunta por las oposiciones a estos gobiernos nos remite al análisis del proceso político general, que involucra tanto el desempeño y las

características del ejercicio gubernamental, como los conflictos entre las articulaciones mediático-opositoras y los gobiernos progresistas. De este modo, consideramos que para comprender la dinámica de los enfrentamientos es imprescindible abarcar el campo extendido de las relaciones que definen el sentido del discurso y la acción política en un contexto determinado. Esto implica reconocer la significación de los dos polos de la competencia política: los oficialismos y las oposiciones.

El carácter preliminar del artículo supone que no se arribará a conclusiones definitivas, sino que se intentará realizar consideraciones exploratorias que permitan alcanzar una más acabada comprensión del problema a estudiar. El trabajo se encuentra realizado en base a un relevamiento de referencias bibliográficas que abordan distintos aspectos de la problemática en los casos de estudio, y se complementa con avances de investigación y consideraciones analíticas del autor. El trabajo se encuentra dividido en tres partes. En la primera, analizaremos las características que asumen las relaciones políticas que se establecen entre las oposiciones a los gobiernos progresistas y los medios de prensa de mayor gravitación. En la segunda, realizaremos un análisis general de cómo se ha desarrollado esta dinámica conflictiva durante el primer gobierno de Lula y, en la tercera parte, realizaremos una comparación entre los procesos políticos brasileño, chileno y argentino. Finalmente, sostendremos hipótesis de carácter provisorio respecto de cómo clasificar los itinerarios a través de los cuales se han producido las dinámicas del conflicto entre las articulaciones mediático-opositoras y los proyectos progresistas en los tres casos. Este intento de establecer una comparación de los casos, si bien inicial, podría resultar un aporte para el análisis de un fenómeno poco estudiado a nivel historiográfico (Bohoslavsky 2010) así como actualmente respecto de los gobiernos progresistas sudamericanos, como es el de las características que asumen los espacios opositores y su relación con ciertos medios de influencia en estos países. La problemática resulta de interés en un contexto donde varios gobiernos sudamericanos atraviesan tensiones en su relación con los medios de comunicación, a los que identifican en reiteradas ocasiones como representantes de las posiciones políticas de la oposición.

Una caracterización de las oposiciones de "derecha" sudamericanas

Para este trabajo, hemos elegido no utilizar definiciones del concepto de "derecha/s", formuladas en abstracto y en forma independiente de los contextos históricos específicos a analizar, tales como las de Bobbio (1996) o Gomez Leyton (2010), entre otros. Por el contrario, hemos considerado de mayor utilidad de acuerdo a los fines del desarrollo que aquí se propone, adscribir a una noción de "derecha" definida en relación con el actual contexto sudamericano y las particularidades de los procesos a analizar. Por lo tanto, utilizaremos una definición operacional respecto de aquellas fuerzas políticas que consideramos se inscriben a la derecha del espectro político-ideológico, considerando el carácter relacional y de definición por oposición propio de las identidades políticas (Laclau; 2007). En esta línea, resulta posible señalar que si los gobiernos del Cono Sur que estudiamos son caracterizados por sus políticas aplicadas como expresiones -de acuerdo a las especificidades históricas y las morfologías sociales de cada país- de peculiares combinaciones entre corrientes del progresismo y/o "nacional-populares" de izquierda, los principales partidos opositores y la prensa de mayor gravitación tienden -con cierta autonomía respecto de sus tradiciones ideológicas- a ocupar la "derecha" del espectro, dada la determinación que ejercen estos gobiernos sobre el sistema político, al definir sus clivajes constitutivos. A pesar de que resulta innegable que los gobiernos progresistas²¹ del Cono Sur han experimentado oposiciones que provienen desde sectores de izquierda o centro-izquierda, estas oposiciones han tenido menor relevancia en la escena política por el hecho de que estos gobiernos han disputado, con el control y la disposición de los recursos estatales, ese mismo espacio del campo político. Es necesario marcar también que si bien importantes sectores de izquierda o centro-izquierda se han colocado en una perspectiva opositora, en coyunturas específicas han aprobado ciertas medidas implementadas, así como han buscado situarse en el lugar de una "oposición constructiva". Es por ello que actualmente, las oposiciones significativas en términos de representar una alternativa real de poder al proyecto que representan estos gobiernos,

²¹ A pesar del anterior señalamiento respecto del carácter combinado entre aspectos "progresistas" y "nacional-popular" propio de estos gobiernos, utilizaremos de aquí en adelante la definición de "progresistas" por su común aceptación entre varios científicos sociales (Sader, 2009). Habremos de remitirnos a ésta para abarcar la compleja caracterización de los nuevos gobiernos sudamericanos.

se han constituido disputando la agenda pública y las demandas desde el centro a la derecha del sistema político. Esto no significa que esencialmente las fuerzas políticas de oposición a los gobiernos progresistas tengan posiciones conservadoras, sino que la dinámica de los enfrentamientos, que sitúa sus expresiones en oposición a los gobiernos progresistas, tiende en forma recurrente a colocar a dichos sectores en la derecha político- ideológica.

Como se ha señalado en un reciente trabajo (Goldstein 2011), el escenario de estos países aparece marcado por acciones de estos gobiernos progresistas en las que los sectores dominantes perciben ciertos intereses cuestionados, lo que les genera la necesidad de implementar estrategias que les permitan preservarlos. A diferencia del período de los gobiernos neoliberales, actualmente estos últimos ejercen la acción política desde un rol de *oposición sistémica*. Este último concepto aspira a reconocer esta nueva situación en la cual, el fortalecimiento de los regímenes democráticos sudamericanos, implica actualmente restricciones políticas para las formas de intervención corporativas o autoritarias de los sectores dominantes, definiendo sus horizontes de actuación hacia el interior del sistema democrático. El mayor desafío para estos sectores es entonces cómo producir una hegemonía *conservadora-popular* en sus respectivas sociedades que les permita conformar oposiciones y alternativas políticas exitosas dentro del sistema democrático. De allí que, en este contexto caracterizado por la centralidad de los medios y la crisis del neoliberalismo en la región, los *mass media* serán dispositivos clave en la disputa hegemónica de los sectores dominantes en las sociedades sudamericanas por configurar alternativas frente a los gobiernos progresistas.

De esta manera, los inéditos escenarios políticos introducen conflictividades de carácter novedoso entre los medios de comunicación, las oposiciones y los procesos políticos progresistas. En la búsqueda de atender a su comprensión, consideramos que un acercamiento particular respecto de las afinidades políticas de los medios de prensa y los partidos de oposición durante el primer gobierno de Lula en Brasil (2003-2006) y luego su comparación con los procesos de Argentina y Chile, habilita una aproximación específica respecto de las dimensiones que afectan estos conflictos, las características que asumen las tensiones que se despliegan y las formas en que se origina su parcial resolución.

Medios y política durante el primer gobierno de Lula (2003-2006)

Existe en Brasil una situación de oligopolización de los medios producida desde la dictadura militar y que involucra una trama densa de relaciones con las elites políticas regionales (Rubim y Colling 2006; Lima 2006). Unos pocos grupos familiares detentan la propiedad cruzada de los principales diarios, revistas y canales de televisión, lo que supone una reducción de la diversidad en la confrontación de opiniones y un estrechamiento del debate público (Azevedo 2008). Según Lima (2006), la histórica ausencia en Brasil de una tradición partidaria consolidada genera el marco para que los medios de comunicación cumplan funciones partidarias por, como son construir agenda pública, generar y transmitir informaciones políticas, fiscalizar las acciones de gobierno, ejercer la crítica de las políticas públicas y canalizar demandas de la población. La gran prensa brasileña, dirigida a las elites y los formadores de opinión, tiene circulación especialmente en el eje Río de Janeiro-Sao Paulo, a diferencia de la masiva audiencia nacional que posee la televisión en el sistema de medios (Azevedo 2006). Como señala Azevedo (2006: 29)

"orientada para la elite y para los formadores de opinión, estos periódicos compensan la baja penetración en las clases populares con una gran capacidad de producir agendas, formatear cuestiones e influenciar percepciones y comportamientos tanto en el ámbito político-gubernamental como en el público en general, esto último a través de los líderes de opinión o a través de la repercusión de la línea de los periódicos en la televisión abierta" Realizadas estas consideraciones sobre la incidencia de los medios en la política brasileña, se hace posible remitirse al análisis del caso en cuestión. Para caracterizar las variaciones que asume este escenario de conflictividad, resulta de utilidad trazar una línea divisoria temporal a partir del "escándalo del mensalao" de mayo de 2005, acontecimiento que marca un profundo viraje en el posicionamiento de los medios de comunicación frente al proceso político brasileño. Tomando como eje esta diferenciación, identificamos un primer período que se sitúa desde la asunción de Lula, en enero de 2003 hasta mayo de 2005, y un segundo período hasta la reelección del mandatario en octubre de 2006.

Primer período: una oposición "moderada" y expectante

En los meses previos a las elecciones, Lula dio varios indicios de moderación político-ideológica para reducir las expectativas negativas alentadas ante la posibilidad de un triunfo del PT en la opinión pública. Su "Carta al Pueblo Brasileño", destinada a confirmar la continuidad de las políticas de estabilidad macroeconómica de su predecesor Fernando Henrique Cardoso (1994-2002), la elección del empresario José Alencar como vicepresidente de la fórmula electoral, así como su moderación de estilo "Lulinha Paz y Amor" -a diferencia del estilo confrontativo que caracterizó su aparición pública entre 1989 y 1998- supusieron una orientación hacia el centro del espectro político que cambió la percepción del candidato en el electorado y los medios, que dejaron de ver al PT como un actor político anti-sistema. Esta orientación representó un cambio fundamental en su búsqueda del acceso a la presidencia, dado que durante el primer período ideológico partidario del PT (1989-1994), los medios habían construido la imagen de un partido de izquierda radical, sin experiencia gubernamental, hostil a la economía de mercado y a la democracia representativa. En el período 2002-2003, cuando el PT adopta esta moderación ideológica y se integra al sistema político, los medios tienden a admitirlo como un partido "responsable e integrado" y cambian su posición hacia cierta aceptación (Azevedo 2008).

Debido a este viraje del PT, durante la campaña electoral de 2002, los medios sostuvieron cierta equidad en la cobertura respecto de los candidatos en pugna, José Serra y Lula Da Silva. El diario *O Globo* adoptó una posición de supuesta neutralidad respecto de los acontecimientos electorales. Sin embargo, el miedo y la incerteza fueron los elementos tematizados centralmente durante la contienda por este medio (Bezerra 2008). Al llegar a la presidencia, para disipar los temores de las élites y "con la finalidad de impedir que una reacción del capital, centrada en crear dificultades al cambio, provocase inestabilidad económica y alcanzara a los excluidos de las relaciones económicas formales" (Singer 2009: 97), Lula aplica "una dura política de restricción de gastos que había pospuesto el programa social y el carácter reformista del programa petista" (Etcheberry 2010: 242). Según ha señalado André Singer, "la continuidad del paquete 'FHC' fue puesta por la burguesía como condición para que no hubiera 'guerra' de clases y el consecuente riesgo del gobierno de ser acusado de destruir el real" (Singer 2009: 97). En este contexto de sostenimiento de la estabilidad macroeconómica, el Partido de la Socialdemocracia Brasileña (PSDB), principal partido de oposición, señalaba que Lula estaba continuando la política macroeconómica de Cardoso, y usufructuaba de esas ideas perdiendo su propia identidad partidaria. A pesar de cierta moderación en los inicios de la presidencia de Lula, al percibir en forma positiva el sostenimiento del "paquete FHC", el PSDB, cuyo gobierno acababa de concluir con el mandato de Cardoso, tendía a establecer una frontera ideológica (Aboy Carlés 2001) que se enfocaba desde el eje experiencia (PSDB) / inexperiencia (PT). Esta frontera consistía en señalar que mientras el PSDB tenía experiencia de gestión, el PT se encontraba perdido en el inmovilismo y la inactividad. Según lo indicaba el senador del PSDB, Tasso Jereissati, se había "acabado aquella expectativa enorme de que llegaría un partido capaz de resolver todos los problemas, dar empleo para todo el mundo, bajar los impuestos y hacer crecer la renta" (Revista *Época*, 8/12/2003). Por su parte, el presidente del partido, José Anibal, señalaba en referencia al ejercicio de gobierno del PT que "esto no es democracia, esto es alboroto" (Agencia Tucana, 4/8/2003). Este tipo de señalamientos no estaban exentos de implicancias, puesto que al invalidar el carácter democrático del gobierno, quedaba abierta la puerta para cuestionamientos más radicales. Si, tal como anunciaba esta caracterización, la democracia era incompatible con la práctica política del PT, las tentativas para salvar la primera podían justificarse sin importar los medios empleados.

A nivel general, por parte de los medios y los partidos opositores, al mismo tiempo que se aprobaba el sostenimiento de la ortodoxia económica, se denunciaba la renuncia del partido respecto de sus históricas tradiciones de izquierda. Sin embargo, a pesar de ciertas críticas, en los inicios de la presidencia de Lula, el holding comunicacional más importante del país, el *Grupo Globo*, asumió un posicionamiento moderado, dada la situación de crisis económica de sus inversiones y su pretensión de agradar al gobierno (Rubim y Colling 2006). De todas maneras, más allá del interés inicial de los sectores dominantes de mantener un estado expectante frente a los indicios de moderación macroeconómica del gobierno petista, la asunción de Lula despertó en las élites un estado de *histeria política* (Ramirez Gallegos 2010) como respuesta a su desplazamiento. Este último concepto, según el sociólogo ecuatoriano Franklin Ramirez Gallegos, designa:

"Una situación en la que determinada comunidad confrontada a una situación compleja que pone en cuestión, sino su existencia, al menos la representación que se da a sí misma, y ante la imposibilidad de encontrar en su propio seno los recursos para resolver tal problema, reacciona por una suerte de conducta de fuga que le hace fabricar para sí misma una imagen deformada y fantasmagórica que termina por sustituir el problema real, que es incapaz de resolver, por un problema casi imaginario. Al así hacerlo, la situación se aborda por medio de recursos discursivos y por la manipulación de los símbolos: como siempre es posible hablar y jugar con los símbolos, la comunidad puede entonces relajarse y hacer como si hubiera superado la dificultad. Quiero sugerir que un segmento importante de la reacción del campo conservador ante el ascenso de los liderazgos transformacionales puede ser leída a la luz de la noción de *histeria política*" (Ramirez Gallegos 2010: 135)

Este desplazamiento, si bien no fue decisivo a nivel de las transformaciones en la estructura socioeconómica (Filgueiras 2006; Oliveira 2009; Gonçalves 2006), tuvo efectividad a nivel simbólico al implicar para las elites un inédito alejamiento del poder político. Efectivamente, fueron esa experimentación de desplazamiento simbólico y la incapacidad de traducir sus aspiraciones en una alternativa al PT dentro del sistema partidario, las que produjeron en los sectores dominantes ese estado de *histeria política*. En este contexto, la fuerte incidencia en el escenario político de los grandes medios enlazados con los intereses dominantes -ante la falta de consolidación del sistema político- solo podía incrementarse ante el estado de *histeria política* de estos sectores provocada por la derrota del PSDB en las elecciones de 2002 y el acceso a la presidencia de un obrero nordestino con vocación de transformar la sociedad brasileña. Durante el gobierno de Lula, los medios fueron cambiando desde la ambigüedad inicial a una postura crítica primer y luego de oposición (Rubim y Colling 2006). La esperada oportunidad para el pase a la ofensiva de los medios y los partidos opositores se produjo con el "escándalo del mensalao" a partir de mayo de 2005, momento clave previo a las elecciones de 2006.

Segundo período: la ofensiva de una articulación mediático-opositora

Como dijimos, la ambigüedad inicial de los medios fue evolucionando hacia una postura crítica conforme se desarrollaba el gobierno de Lula. En este proceso, la dinámica política cercana a las elecciones de 2006, implicó un cambio en la estrategia de los medios de comunicación, que a partir de entonces reforzaron sus entrelazamientos con los discursos de los partidos opositores de cara a producir efectos visibles en la opinión pública, frente a lo que se percibía como un desplazamiento simbólico del poder. En mayo de 2005, se produjo un escándalo por corrupción en el Parlamento brasileño que condujo a una crisis política que se prolongó durante 2005-2006. A partir de esa crisis varios analistas decretaban el fin del -hasta entonces breve- ciclo político del PT, así como la interpretaban como prueba evidente de la "traición" que implicaban las políticas del PT respecto de su trayectoria histórica. Nogueira describe los pasos iniciales sucesivos del conflicto:

"A mediados de 2005, el gobierno se vio acosado por numerosas denuncias que daban cuenta de la estructuración de una amplia y compleja red de corrupción asociada en buena medida a las elecciones. Se hicieron públicos, con la fuerza de un tornado, indicios claros de que regularmente se pagaba a legisladores, se transferían recursos financieros no declarados y se usaban ciertas instancias estatales para recaudar fondos y obtener apoyo en el Congreso. La cúpula dirigente del PT, algunos de sus diputados y diversos operadores oficiales quedaron en el centro de estas denuncias (...) fue un choque para la opinión pública y un golpe al equilibrio político del gobierno, que se sumergió en el marasmo y la confusión" (Nogueira 2005: 34). A partir de la emergencia de las denuncias de corrupción, el gabinete del PT se derrumbó, provocando una reorganización ministerial e inmovilismo dentro de sus propias filas. Este acontecimiento representaba una difícil encrucijada para el partido, que se había presentado históricamente como impermeable a la corrupción, marcando en este sentido uno de los aspectos que lo diferenciaban de las otras fuerzas políticas (Saint Upery 2008: 42). Entraba en crisis ante la opinión pública uno de sus valores constitutivos, la histórica imagen del partido puro e incorruptible (Azevedo 2008). Este acontecimiento, denominado como "escándalo del mensalao", implicó el desarrollo de un escenario de conflictividad que se instaló desde mayo de 2005 y redefinió la relación entre el gobierno del PT, los partidos opositores y los medios, estos últimos asumiendo un lugar destacado. Como

señala Singer, el "mensalao" "tendió, a partir de mayo de 2005, un cerco político-mediático al presidente, dejándolo en la defensiva por

cerca de seis meses. En el período del "mensalao", el gobierno efectivamente perdió una parcela importante del apoyo que tenía desde la elección de 2002. En las clases medias, ese rechazo se tradujo en una fuerte preferencia por un candidato de oposición a la presidencia en 2006" (Singer 2009: 84).

A partir de allí, los medios se convirtieron en un actor político aliado a la oposición, y buscaron prácticamente anticipar el mandato y el momento electoral para marcar el final de un gobierno que resultó siempre extraño a las élites tradicionales (Rubim y Colling 2006). La cobertura mediática durante la crisis política de 2005-2006 se centró en una búsqueda del escándalo periodístico y en la reducción de la política a una dimensión moralizante (Rubim y Colling 2006). A su vez, Venício Lima (2006) analiza que desde mayo de 2005 hasta las elecciones de 2006, varios medios brasileños practicaron un periodismo de insinuación y se alinearon con la oposición partidaria en una campaña de anticipación del fin del primer mandato del presidente para invisibilizar sus posibilidades de reelección. Para este autor, la gran prensa adoptó un posicionamiento de "presunción de culpa" (Lima 2006). Por su parte, los dos principales partidos de la oposición, -el Partido del Frente Liberal (PFL) y el PSDB- esgrimían una "retórica de la intransigencia" que tenía entre sus principales acusaciones el supuesto carácter corrupto del "modo petista" de gobernar, su autoritarismo, el carácter colectivizante de ciertas medidas y la ineficacia y el clientelismo que asumían sus políticas sociales. Se denunciaba también el clima de inestabilidad para las inversiones y el potencial ataque a la propiedad privada que suponían los lazos entre el PT y el Movimiento Sem Terra de trabajadores rurales brasileños (Menezes 2008). Las críticas propias de la cobertura periodística de esta crisis política presumían que el gobierno de Lula era el más corrupto de la historia de Brasil y que el PT había tomado el Estado por asalto (Bezerra 2008). Bezerra señala que la oposición se dejó guiar por los medios de comunicación hacia una estrategia basada únicamente en el opositorismo político, en una cruzada en nombre de la ética, la moral y las buenas costumbres políticas. La oposición del PSDB y del PFL, con un discurso moralizante que presentaba puntos de afinidad con de los grandes medios, sostenían una estrategia que tenía como objetivo de máxima promover un *impeachment* al presidente Lula, tal como se había producido con Collor de Melo en 1992. El objetivo era destruir el capital político del presidente y su partido de tal forma que se desvirtuaran las posibilidades de renovar su mandato en las elecciones de 2006.

Lima (2006) ha concebido la participación de los medios en la crisis política de 2005-2006 dentro de lo que denomina la voluntad de producir un "escándalo político mediático". Los argumentos a partir de los cuales los medios más importantes intentaban destruir el capital simbólico del partido gobernante eran: la supuesta conexión del PT con las FARC, el señalamiento de que Lula sabía de la corrupción antes de que se hiciera pública, entre otros (Lima 2006). Lima afirma sobre la campaña electoral de 2006 que "si se suman a las menciones significativas hechas al candidato Lula aquellas hechas a Lula como presidente de la República, el número llega a ser casi cuatro veces mayor que el número de menciones negativas al candidato Geraldo Alckmin del PSDB" (Lima 2007: 6). La estrategia utilizada por los medios ha sido analizada como

"la tendencia de una búsqueda desenfadada por el escándalo en la cobertura periodística de la política (...) una actitud que reduce, en forma significativa, la política a una dimensión puramente moralizante, con el pretexto de obtener una política conjugada con la ética" (Rubim 2007: 39). Como consecuencia no querida de la actuación abiertamente opositora de ciertos medios de comunicación durante el período 2005-2006, se instaló en la agenda pública la discusión sobre el rol y las responsabilidades de los medios en la sociedad brasileña (Lima 2007: 7). Por otra parte, el escenario de intensa conflictividad entre los medios y el gobierno brasileño habilitó el surgimiento de nuevas formas de comunicación alternativas que interactuaron en forma compleja con el lenguaje unidireccional de los medios hegemónicos vinculados a las oligarquías de los estados. Se produjo una mayor participación de las organizaciones de la sociedad civil y aparecieron nuevas formas de mediación que terminaron produciendo una redefinición del sentido que tuvo sobre la ciudadanía el lenguaje de los grandes medios y una diferencia significativa entre la opinión dominante en éstos y las percepciones políticas de la mayoría de la población (Lima 2007). La gravitación de estas nuevas emergencias se evidenció empíricamente en el mayoritario triunfo de Lula con el 61% de los votos en la segunda vuelta electoral de 2006. La ampliación de los espacios de mediación y construcción de sentido generó

las condiciones de posibilidad para que importantes fracciones de los sectores populares pudieran realizar una interpretación política y no solo moral de los logros del gobierno del PT, a diferencia de lo que "pretendían la oposición, los medios y sectores de la clase media" (Rubim 2007: 41). La interpretación dominante que los medios hegemónicos produjeron sobre el "escándalo del mensalao" instaló un clivaje que produjo un realineamiento en las percepciones políticas (Mundim 2010; Singer 2009). Una porción importante de los sectores medios con acceso a la prensa escrita, que hasta 2005 habían apoyado al candidato petista, se inscribió en el discurso de moralización de la política de oposición al gobierno brasileño, orientado por la demanda de una "defensa de la legalidad frente a la corrupción". Por otra parte, la demanda de una "defensa de la legitimidad de la autoridad presidencial", fue apropiada por los sectores populares, dentro de los cuales se amplió el apoyo al oficialismo (Soares 2006). El discurso de moralización de la política fue incorporado por los sectores medios de las regiones del sur del país, con una posición económica favorable, y con una mayor atención hacia las noticias de los medios. En cambio, entre los sectores populares del norte y del noreste que han accedido al consumo, reciben el Plan Bolsa Familia y se beneficiaron por las políticas de inclusión del gobierno brasileño, se incrementó el apoyo al oficialismo (Singer 2009; Mundim 2010). A diferencia de los análisis que concibieron el triunfo del PT en las elecciones de 2006 como una confirmación de la "derrota de los medios", lo ocurrido no supone que se haya anulado la incidencia de estos últimos. Lo que se produjeron fueron nuevos alineamientos como efecto de la producción de sentido de las distintas mediaciones que atraviesan el espacio público. El triunfo de Lula en 2006 no implicó una reducción de la influencia de los medios sobre la población, sino la conjugación de los discursos mediáticos con otras mediaciones que complejizaron los efectos producidos (Mundim 2010). Los realineamientos fueron expresión de formas alternativas de comunicación y de "factores como la organización de la sociedad civil y sobre todo, la comunicación directa que el presidente Lula mantuvo con una parte significativa de la población por medio de viajes, discursos y un programa semanal de radio "sin edición" -el "Café con el Presidente" de Radiobrás- los cuales efectivamente ejercieron un contrapunto importante al discurso hegemónico de los grandes medios" (Lima 2006: 63).

Brasil, Argentina y Chile: procesos políticos y concentración mediática

Considerando el análisis efectuado respecto del caso brasileño, en este apartado nos proponemos realizar comparaciones iniciales entre este proceso y los propios de los gobiernos de Michelle Bachelet (2006-2010) y Cristina Kirchner (2007-2011). La problemática a abordar atenderá, de un modo introductorio, al reconocimiento de las articulaciones mediático-opositoras, es decir, las afinidades político-ideológicas que se establecen entre los partidos de oposición y los medios de prensa de gravitación, en conflicto con estos gobiernos. Estos modos de articulación mediático-opositoras han producido particulares intensidades de conflicto entre estos sectores y los gobiernos progresistas.

Para la selección de los casos, abordaremos tres países donde es posible reconocer la existencia de una fuerte concentración de los medios de comunicación que impide la pluralidad informativa (Mastrini y Becerra 2006; 2009) que le permite a los principales grupos de medios condicionar la conformación de la agenda pública. A su vez, en los tres casos es posible percibir que los discursos de los principales medios de comunicación concentrados, *El Mercurio*, *O Globo* y *Clarín*, presentan afinidades político-ideológicas con los discursos de los principales partidos opositores.

Como señalamos al principio del artículo, inevitablemente la pregunta sobre las oposiciones a los gobiernos progresistas nos remite a una pregunta sobre el proceso político más general, que involucra el desempeño y las características del ejercicio gubernamental. Es por eso que para comprender esta dinámica de los enfrentamientos, es imprescindible atribuir significación a los dos polos de la competencia política: los oficialismos y las oposiciones, de forma tal de abarcar el campo extendido de las relaciones que definen el sentido del discurso y la acción política en un contexto determinado. Dicho de otra manera, para caracterizar la relación político-ideológica que se establece entre los medios de comunicación y los partidos políticos opositores, es imprescindible caracterizar la relación de éstos respecto de los gobiernos progresistas.

Al comenzar el abordaje, resulta necesario señalar las marcadas diferencias que presenta el contexto inicial de surgimiento del proceso político chileno respecto de los casos argentino y brasileño, que deben ser tenidas en cuenta al efectuar esta comparación. Mientras el PT accede al poder en 2003, como resultado de un largo proceso de acumulación política desde su

creación en los años '80 y el gobierno peronista de Cristina Kirchner accede al poder en 2007 como continuidad del de Néstor Kirchner -cuyo gobierno asumió luego de la implosión sociopolítica que produjo la crisis de 2001 y una sucesión presidencial crítica- la Concertación de Partidos por la Democracia continúa, con el triunfo de Michelle Bachelet en las elecciones de 2005, un proceso que comenzó con la transición democrática y la presidencia de Patricio Aylwin en 1990. Es por eso que se advierte aquello que Alain Rouquié (2011) ha caracterizado como el carácter consensual de la democracia chilena, un sistema donde "la democracia está bajo tutela, no sólo en virtud del rol institucional del ex dictador o de las funciones que corresponden a los militares, sino porque la parte más poderosa, la más influyente de la burguesía, aquella que posee en particular todos los medios de comunicación, considera que la dictadura fue un éxito para sus miembros, y en consecuencia para Chile" (Rouquié 2011: 142). Otros autores, como Tomás Moulián (1997), han caracterizado el modelo chileno que emerge de la transición democrática como una "democracia blindada". El concepto refiere a la presencia, en un orden institucional supuestamente representativo, de determinados *candados* o *enclaves autoritarios* que restringen las posibilidades de construcción de un proyecto alternativo (Moulián 1997). Los *enclaves autoritarios* han permeado en todos los actores políticos del espectro, consensuando un "pacto neoliberal" donde las condiciones que reproducen las desigualdades son consideradas límites naturales e inmutables. En esta misma línea, Juan Carlos Gómez Leyton ha señalado que

"los cuatro gobiernos concertacionistas (Aylwin, 1990-1994; Frei Ruiz-Tagle, 1994-2000; Lagos 2000-2006; y Bachelet 2006-2010) de distintas maneras y con distintos énfasis pero con igual propósito, fueron profundizando, extendiendo y consolidando las transformaciones capitalistas realizadas e impulsadas durante la dictadura militar. Su principal compromiso político no estuvo con el cambio social e histórico, sino con la consolidación de la dominación y hegemonía del capitalismo neoliberal" (Gómez Leyton 2010: 10). De este modo, las características propias del ejercicio de gobierno desarrollado por la Concertación -incluido el de Michelle Bachelet (2006-2010)- se ajustarían a lo que Gómez Leyton (2010) ha denominado una "izquierda neoliberal". Es decir, un régimen de dominación donde la "izquierda" en el gobierno ha introyectado las pautas de los dominadores.

Según ha señalado Couso (2011), la situación en Chile respecto de sus medios de comunicación es descrita como

"un mercado excesivamente concentrado en un puñado de actores, particularmente en el ámbito de la prensa diaria escrita, que tiene además un sesgo ideológico muy marcado y que se vincula excesivamente a grupos empresariales muy identificados con el gobierno actual (*el autor se refiere al gobierno de Piñera*)" (Couso 2011: 3)

Por otra parte, el autor señala respecto de los grupos de *El Mercurio* y *Copesa* que "los dos grupos empresariales que controlan el grueso del mercado de la prensa escrita diaria en Chile exhiben una muy similar línea editorial - de cuño derechista- en materias políticas y económicas" (Couso 2011: 9).

En el caso argentino, los gobiernos kirchneristas se inician tras la crisis de 2001 y el interregno presidencial de Eduardo Duhalde, cuando asume en el 2003 el desconocido Néstor Kirchner con una baja votación. Su acceso al poder se produce en un contexto transicional donde se hacía evidente la existencia de "un ambiente sumamente favorable para los discursos refundacionales" (Mocca 2008: 137). Fue en este marco de "fragmentación social reinante" que "Kirchner alcanzó muy rápido altos índices de popularidad, y al estar al frente de lo que cabe caracterizar como *gobierno de líder sin partido*, pudo concitar las adhesiones de personas y grupos ajenos, u hostiles, al peronismo" (Sidicaro 2011: 86). Al capitalizar este vacío de liderazgo y de proyecto político que dejó como saldo la crisis de 2001, el kirchnerismo incursionó desde el Estado en la propagación de un nuevo proyecto peronista de centro-izquierda. Por su parte, el gobierno peronista de Cristina Kirchner (2007-2011), que se plantea en clara continuidad con el de su antecesor, tiene sustantivas diferencias tanto con el gobierno de Bachelet, que conserva su continuidad con el "pacto neoliberal" del período 1990-2005, como con el de Lula en el 2003 que expresa la consolidación de una larga experiencia partidaria de acumulación política sobre un sistema político que no atravesó una implosión parecida a la argentina de 2001.

En el caso argentino, es también significativa la concentración a nivel de la prensa, donde el *Grupo Clarín* poseía en 2004 el 31% de la circulación de periódicos (Mastrini y Becerra 2009). Tal como han señalado Becerra y Mastrini (2009:74),

"prácticamente en todos los mercados culturales el *Grupo Clarín* logró una posición dominante que facilita su interlocución privilegiada con los grandes anunciantes publicitarios y su acceso directo a las fuentes de los distintos estamentos de poder (económico, político, sindical, etcétera)".

Las articulaciones mediático-opositoras y un análisis provisorio sobre la "intensidad" de los conflictos

Para efectuar la comparación propuesta y aproximarnos a la dinámica de los conflictos que se despliegan entre las articulaciones mediático-opositoras y los gobiernos progresistas en los tres casos, hemos decidido elaborar a nivel provisorio una definición conceptual y operacional para analizar la intensidad que asumen estos conflictos. Esta definición aspira a reconocer la presencia de tres características para clasificar los casos de acuerdo a una "intensidad" de conflicto (alta, media o baja). Según esta definición, resulta posible reconocer un conflicto de intensidad entre los gobiernos progresistas y la articulación mediático-opositora cuando se reconoce:

- (a) La construcción y expansión de cuestionamientos hacia estos gobiernos por parte de los medios de comunicación concentrados, en un intento de producir escenarios de desestabilización. En estas circunstancias, se produce una retroalimentación entre el discurso de los partidos opositores y los medios de comunicación, que pretenden producir una sucesión anticipada del poder, generando una situación caótica que conduzca a un restablecimiento del statu quo pre-existente al acceso al poder de estos gobiernos.
- (b) Hay un señalamiento en el discurso de los gobiernos, de los medios de comunicación concentrados como parte del campo adversarial, es decir, se traza desde el discurso oficial una frontera ideológica que los excluye de su campo y los referencia como parte del campo opositor.
- (c) Los gobiernos progresistas manifiestan su voluntad de establecer o establecen una nueva legislación en materia de comunicación audiovisual que genera reformas parciales o una nueva regulación de los medios de comunicación.

Es en base a esta definición operacional que el siguiente cuadro comparativo puede servir de ordenador y clasificador para el reconocimiento de los criterios anteriormente señalados, en los tres casos de estudio:

	Articulación mediático-opositora	(a) Desestabilización	(b) Exclusión	(c) Reforma	Conflictividad
Chile	UDI-RN-Mercurio	No	No	Baja	Baja
Brasil	PSDB-PFL-Globo	Si	Si	Media	Media
Argentina	PF-PRO-UCR-Clarín	Si	Si	Alta	Alta

Como resulta visible, una "baja intensidad" del conflicto aparece en Chile, donde "los gobiernos de la Concertación, en la práctica, adhirieron a la tesis de que "la mejor política legislativa relativa a los medios de comunicación es no tenerla" (Anguita citado en Couso 2011: 15). El gobierno de Bachelet no tuvo una política reguladora de los medios de comunicación, evitó la aparición de diarios antagónicos a la línea conservadora de *El Mercurio* y con ello sostuvo la densa concentración mediática chilena, más allá de apoyar a la legislación de radios comunitarias y el fomento de programas de comunicación regional (De Moraes 2011: 121). Como ya hemos señalado, el carácter "neoliberal" de la izquierda concertacionista supuso la sustancial continuidad del régimen de dominación impuesto por la dictadura militar de Pinochet, generando una relativa ausencia de conflictividad en el espacio público, al precio de garantizar la reproducción del régimen de dominación. Según un trabajo comparativo de Rincón y Magrini (2010), en el caso chileno, la tensión entre el gobierno y los medios fue resuelta en favor de éstos. Evaluando este enorme poder que preservan los medios en la sociedad chilena, Ruiz (2010) se pregunta "¿Cuál fue el partido de derecha más eficaz y persistente en Chile, UDI y Renovación Nacional o el

diario *El Mercurio*?" (Ruiz 2010: 25). En este caso, a pesar de que el gobierno concertacionista no ha explicitado públicamente en su discurso la posición derechista que ocupan los medios concentrados, resulta evidente que los discursos de la Unión Demócrata Independiente y Renovación Nacional encuentran poderosos núcleos comunes con el discurso del diario *El Mercurio*, tal como ha señalado Couso (2011).

El gobierno brasileño de Lula Da Silva (2003-2006) representa un grado de "intensidad media" del conflicto, con la presencia del escenario de desestabilización entre mayo de 2005 y las elecciones de octubre de 2006, analizado más arriba como el "escándalo del mensalao". Por otra parte, en el discurso oficial la frontera con los medios de comunicación más concentrados ha sido establecida en varias ocasiones por parte de Lula, como cuando señaló que

"hubiera sido más fácil que los medios de comunicación asumiesen categóricamente su compromiso partidario. Así todos sabríamos quién es quién. Pero ésa no es la situación actual en Brasil. Hoy parece todo independiente, pero basta ver las tapas para darse cuenta de que la independencia termina donde comienza el comercio" (*Página/12*. 3/10/2010 Reportaje a Lula: "En ocho años hicimos una revolución" por Martín Granovsky)

Durante su mandato, "Lula acusó a los medios de actuar como un partido político que ambiciona manipular la opinión pública en favor de sus intereses. Las críticas fueron contestadas con editoriales y artículos agresivos, atribuyendo al gobierno la intencionalidad de restringir la libertad de prensa en el país" (De Moraes 2011:139). A pesar de que ha existido una tensión conflictiva entre el discurso oficial y los medios de comunicación, ésta tuvo posteriores apaciguamientos y las iniciativas manifestadas por reformar la concentración de los medios de comunicación no fueron aplicadas, siguiendo en este último aspecto una conducta ambivalente. De todos modos, el grado de convergencia que existe entre los discursos del PSDB, el PFL y el diario *O Globo* ha resultado evidente en determinadas coyunturas clave como el "mensalao".

Por su parte, el gobierno argentino de Cristina Kirchner (2007-2011) representa un grado de "alta intensidad" en el enfrentamiento, al haber experimentado durante el conflicto agropecuario un escenario de desestabilización por parte de los medios de comunicación concentrados. Entonces se estableció de modo radical una frontera ideológica (Aboy Carlés 2001) con los medios de comunicación, asignándoles una pertenencia al ámbito de las "corporaciones". Cristina Fernández de Kirchner (2010) lo expresó en forma exacerbada cuando planteó la división entre un "país real" y un "país virtual", construido en base al relato de los medios de comunicación. Con ello ha planteado una exclusión de los medios más importantes en el discurso presidencial al designar las alianzas del oficialismo. Por otra parte, el gobierno argentino promulgó en el Congreso en el año 2009, la aprobación de una nueva Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, que plantea una nueva regulación de los medios. En el caso argentino, es visible que los discursos de los partidos de oposición sostienen una relación de comunicación y reforzamiento mutuo con los discursos de los principales diarios. Durante el período 2008-2010, la construcción mediática respecto de una supuesta "crispación" propia del gobierno argentino para caracterizarlo como violento y confrontativo, divulgada por el diario *Clarín* y *La Nación*, fue utilizada por los partidos opositores (PRO, Unión Cívica Radical) y expresiones del "peronismo federal" que se proclamaron los "partidarios del consenso" frente al "conflicto del gobierno". Sin embargo, la división del campo político en torno a este último clivaje perdió sustentabilidad a partir de la muerte de Néstor Kirchner o, en todo caso, fue redefinido en favor del gobierno nacional en la percepción de sectores mayoritarios de la opinión pública.

Es necesario señalar que en los casos de Brasil y Argentina, la tipología elaborada, (desestabilización, exclusión y reforma) ha obedecido un orden cronológico. En Brasil, el mensalao genera un conflicto de desestabilización

- (a) , lo cual genera la exclusión del campo oficial de los medios de comunicación en el discurso gubernamental
- (b) y finalmente conlleva intentos, no concretados hasta el momento, de generar una nueva regulación de medios
- (c) . En el caso argentino, con el conflicto agropecuario se establece un conflicto de desestabilización (a), lo cual excluye a los medios de comunicación del campo oficial en el discurso gubernamental (b) y finalmente una nueva iniciativa de regulación de los medios a través de la aprobación de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (c). Resulta evidente que los

intentos gubernamentales por generar reformas en el campo de las comunicaciones tras los escenarios de desestabilización, afectan en forma directa los intereses materiales de los medios concentrados. Es por ello que como respuesta estos últimos suelen radicalizar su enfrentamiento con los gobiernos y se inscriben en forma más efectiva dentro del campo opositor.

Luego de estas reflexiones, queda claro que si bien es posible detectar en los tres casos la existencia de afinidades político-ideológicas entre los partidos de oposición y los medios de comunicación respecto de los gobiernos progresistas, importantes diferencias han aparecido respecto de cómo se desarrolla el proceso general, que incluye la intensidad de los conflictos entre el accionar de los gobiernos y las articulaciones mediático-opositoras. Para finalizar, y a pesar de que el problema analizado constituye solamente una dimensión al interior de procesos políticos más amplios, resta señalar que aquellos dos procesos en los que se manifestó la presencia de dos o más de las características de desestabilización, exclusión o reforma, el caso argentino y brasileño, son aquellos que han asegurado su continuidad electoral en el ejercicio del gobierno. Por su parte, el proceso chileno, liderado por la "izquierda neoliberal" concertacionista, quedó preso en la jaula de una democracia blindada. Paradójicamente, la "excepcionalidad" chilena podría representar esta vez un posible aprendizaje respecto de que la consideración apriorística del "consenso" como valor excluyente en la política, no constituye la guía más apropiada para desarrollar un proyecto que se autodenomine progresista para las sociedades sudamericanas.

Bibliografía

Aboy Carlés, Gerardo (2001): *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades política de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.

Azevedo, Fernando (2006). "Democracia e mídia no Brasil: um balanço dos anos recentes". En Goulart, Jefferson (org.), *Mídia e democracia*. São Paulo: Annablume, pp. 23-46.

----- (2008). *Imprensa, Partido dos Trabalhadores e eleições presidenciais (1989-2006)*. En XVII Encontro COMPÓS.

Becerra, Martín y Mastrini, Guillermo (2006). *Periodistas y magnates: estructura y concentración de industrias culturales en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo e Ipsys.

----- (2009). *Los dueños de la palabra. Acceso, estructura y concentración de los medios en la América Latina del siglo XXI*. Buenos Aires: Prometeo.

Bobbio, Norberto (1996). *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Buenos Aires: Taurus.

Boelhauwer Menezes, Daiane (2008). A retórica da intransigência brasileira: mídia e política no primeiro governo de Lula. *Civitas, Revista de Ciências Sociais*, v. 8, n 2, pp. 342-358.

Bohoslavsky, Ernesto (2010) "A oposição da direita política ao populismo no Cone Sul: proposta para uma história latino-americana e comparativa". En: José Luis Bendicho Beired y Carlos Alberto Sampaio Barbosa (org.) *Política e identidade cultural na América Latina*, Editora Cultura Acadêmica, São Paulo, 2010, pp. 221-232

Couso, Javier (2011). "El mercado como obstáculo a la libertad de expresión: la concentración de la prensa escrita en Chile en la era democrática". Working paper, *Plataforma Democrática*. Disponible en [http://www.plataformademocratica.org/Arquivos/Plataforma Democrática Working Paper 23 2011 Espanhol. pdf](http://www.plataformademocratica.org/Arquivos/Plataforma%20Democratica%20Working%20Paper%2023%202011%20Espanhol.pdf)

De Moraes, Denis (2011). *La cruzada de los medios en América Latina. Gobiernos progresistas y políticas de comunicación*. Buenos Aires: Paidós.

Dias Bezerra, Heloisa (2008). "Guerra eleitoral no Brasil: estudo comparativo das eleições presidenciais de 1998, 2002 e 2006", *Civitas, Revista de Ciências Sociais*, v. 8, n. 2, pp. 323-341.

Etcheberry, Alberto (2010). "Lula y la Argentina, desde su primer viaje en 1999". En *Brasil, entre el pasado y el futuro*. Buenos Aires: Capital Intelectual, pp. 225-248.

Filgueiras, Luiz (2006) "O neoliberalismo no Brasil: estrutura, dinâmica e ajuste do modelo econômico". En *Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 179-206.

- Goldstein, Ariel Alejandro (2011) "Los conflictos entre los medios y los gobiernos sudamericanos: el caso del primer gobierno de Lula Da Silva en Brasil". *Argumentos*, n. 13, pp. 110-133.
- Gómez Leyton, Juan Carlos (2010). *Política, democracia y ciudadanía en una sociedad neoliberal: Chile (1990-2010)*. Santiago de Chile: ARCIS/PROSPAL/CLACSO.
- Gonçalves, Reinaldo (2006). "Desestabilização macroeconômica e dominado do capital financeiro no Brasil". En *Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 207-236.
- Laclau, Ernesto (2007). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- Lima, Venício (2006). *Mídia: crise política e poder no Brasil*. Sao Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo.
- Lima, Venício (2007), "Eleições presidenciais de 2006: 'Vitória de Lula coloca Mídia em questão'". En *Se nos rompió el amor. Elecciones y medios de comunicación. América Latina 2006*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, pp. 203-216.
- Mocca, Edgardo (2008). "Las dos almas de la izquierda reformista argentina", *Nueva Sociedad*. n. 217, pp. 127-144.
- Moulián, Tomás (1997). *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago: ARCIS-LOM.
- Mundim, Pedro (2010). "O papel da cobertura da imprensa no realinhamento eleitoral de 2006. Notas sobre a variável 'esquecida'". En XIX Encuentro COMPOS.
- Nogueira, Marco Aurelio (2005). "Más allá de lo institucional: crisis, partidos y sociedad en el Brasil de hoy", *Nueva Sociedad*, n. 202, pp. 31-44.
- Oliveira, Francisco (2009). *El neotraso brasileño. Los procesos de modernización conservadora, de Getúlio Vargas a Lula*. Buenos Aires: CLACSO-Siglo XXI.
- Ramirez Gallegos, Franklin (2010). "Decisionismos transformacionales, conflicto político y vínculo plebeyo. Poder y cambio en las izquierdas sudamericanas del siglo XXI", En *América Latina: 200 años y nuevos horizontes*. Buenos Aires: Secretaría de Cultura de la Nación, pp. 131-156.
- Rincón, Omar y Magrini, Ana Lucía (2010). "Medios, poder y democracia en América Latina". En Bernardo Sorj (comp.), *Poder político y medios de comunicación: de la representación política al reality show*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 99-136.
- Rouquié, Alain (2011). *A la sombra de las dictaduras. La democracia en América Latina*. Buenos Aires: FCE.
- Rubim, Antonio Canelas (2007). "Mídia, política e eleições de 2006", *Teoria e Debate*, n. 69, pp. 38-42.
- y Colling, Leandro (2006). "Política, cultura e cobertura jornalística das eleições presidenciais de 2006.
- En Goulart, Jefferson (org.), *Mídia e democracia*. Sao Paulo: Annablume, pp. 63-78.
- Ruiz, Fernando (2010). "Fronteras móviles: caos y control en la relación entre medios y políticos en América Latina". En Sorj, Bernardo (comp.), *Poder político y medios de comunicación: de la representación política al reality show*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 15-58.
- Sader, Emir (2009). *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO/Siglo XXI.
- Sidicaro, Ricardo (2011). "El partido peronista y los gobiernos kirchneristas", *Nueva Sociedad*, n. 234, pp. 74-94.
- Singer, André (2009): "Raízes sociais e ideológicas do lulismo". *Novos Estudos*, n. 85, pp. 83-102.
- Soares Murilo, Cesar (2006) "Democracia, legitimidade e legalidade nos enquadramentos jornalísticos da campanha presidencial de 2006", en Goulart, Jefferson (org.) *Mídia e democracia*. Sao Paulo: Annablume, pp. 79-92.

Fuentes:

Fernández de Kirchner, Cristina (2010), Discurso de apertura del 128° período de sesiones ordinarias del Congreso Nacional, 1 de marzo. Disponible en: [http://es.wikisource.org/wiki/Discurso de Cristina Fern%C3%A1ndez en la apertura del 128%C2%B0 per %C3%ADodo de sesiones ordinarias del Congreso de la Naci%C3%B3n Argentina](http://es.wikisource.org/wiki/Discurso_de_Cristina_Fern%C3%A1ndez_en_la_apertura_del_128%C2%B0_per_%C3%ADodo_de_sesiones_ordinarias_del_Congreso_de_la_Naci%C3%B3n_Argentina)

Declaraciones del PSDB: <https://www2.psdb.org.br/>

Diario Página/12, www.pagina12.com.ar

Sobre los autores



Gineth Álvarez Satizábal

Licenciada en Historia por la Universidad del Valle (Cali, Colombia). Maestranda en Ciencia Política por el IDAES (Universidad Nacional de San Martín, Argentina) y alumna del doctorado en Ciencias Sociales del IDES y la Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina. Becaria doctoral del CONICET. Sus intereses de investigación se concentran en derechas y catolicismo en América Latina contemporánea e historia de la educación. E-mail: ginethandrea@gmail.com



Matías Bisso

Profesor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Docente en Historia Contemporánea, Argentina y Latinoamericana en las facultades de Humanidades, Trabajo Social y Bellas Artes de la misma universidad. Miembro del Comité Editorial de la Revista *Sociohistórica* y del equipo a cargo del sitio Carpetas Docentes de Historia (<http://www.carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar/>). Ha investigado sobre radicales y conservadores en la provincia de Buenos Aires en las primeras décadas del siglo XX. E-mail: matiasbisso@yahoo.com.ar



Ximena Espeche

Doctora en Ciencias Sociales (UNGS-IDES), Licenciada en Letras (UBA) e Investigadora asistente (CONICET). Docente en la Escuela de Pedagogías de Capacitación (CePA), de la materia *Pensamiento Argentino y Latinoamericano* (UBA) y de la Maestría en Literatura española y latinoamericana (UBA). Publicó diversos artículos y capítulos en revistas y libros. Sus intereses de investigación tienen como ejes los imaginarios intelectuales y nacionales en América Latina y la conformación de redes intelectuales de viajeros latinoamericanos por el subcontinente durante la Guerra Fría. E-mail: ximena.espeche@gmail.com



Ariel Goldstein

Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Doctorando en Ciencias Sociales por la UBA. Becario de Posgrado del CONICET en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC) de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Docente auxiliar en la materia Política Latinoamericana de la Carrera de Ciencia Política de la UBA. Investiga sobre las relaciones entre prensa y política en Brasil, así como otros temas relacionados con la política latinoamericana. E-mail: ariel-goldstein@hotmail.com



José Luis Orella Martínez

Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Deusto (Bilbao), Profesor de Historia Contemporánea de la Universidad CEU San Pablo (Madrid). Especialidad en historia de los movimientos políticos católicos de derechas; sobre la identidad nacional vasca y estudios comparativos entre España y el mundo hispánico, con Polonia y el mundo eslavo. Autor de: *Victor Pradera; la formación del Estado nacional; Los otros vascos; La Tregua de ETA; Breve historia de Guipúzcoa*. E-mail: jlorella@ceu.es



Carlos Alfonso Pérez Ricart

Es licenciado en Relaciones Internacionales por El Colegio de México y tiene estudios en lengua y literaturas hispánicas realizados en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Actualmente realiza un doctorado en Ciencia Política en la Universidad Libre de Berlín. Comparten su atención los problemas teóricos que supone el concepto de *derecha(s)* y, más recientemente, la intervención de agencias norteamericanas en el *combate* al narcotráfico en México. cperezricart@gmail.com

María Inés Tato

Doctora en Historia por la Universidad de Buenos Aires, se desempeña como docente en las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Sociales de esa casa de estudios y como Investigadora del CONICET en el Instituto Ravnani (Unidad Ejecutora CONICET/UBA). Se especializó en el estudio de las derechas en la Argentina en el periodo de entreguerras y actualmente investiga las repercusiones políticas e ideológicas de la Primera Guerra Mundial en la sociedad argentina. E-mail: mitato@conicet.gov.ar

**Francisco Teodoro**

Profesor Universitario de Historia por la Universidad Nacional de General Sarmiento y estudiante de la Maestría en Ciencias Sociales del programa de Posgrado del Instituto de Desarrollo Económico y Social y la Universidad Nacional de General Sarmiento. Fue becario de posgrado en el sistema de becas de la Universidad Nacional de General Sarmiento. E-mail: teodorofrancisco@hotmail.com

IV. La importancia de estudiar a las fundaciones políticas transnacionales

Como herramienta complementaria al análisis del discurso que se concentra en los mensajes comunicativos, el análisis documental se limita al contenido. Empero, se antoja imprescindible inmiscuirse, a partir del análisis de

Para analizar relacionamente las estructuras de poder, resulta imprescindible adentrarse en las conexiones y canales de interacción que estructuran los diferentes actores (no necesariamente otras fundaciones: también actores estatales, universidades, centros de estudio, intelectuales) generando nuevas esferas de autoridad. Para ello resulta útil el análisis de redes para explicar la acción y racionalidad de los sujetos a estudiar. El tamaño de la investigación obliga a utilizar todos los métodos que cobija el término. Así, se logrará considerar los vínculos entre las personas, el contexto de sus elecciones alternativas resultantes de la intersección de ámbitos relacionales (Granovetter 1973) así como calibrar la morfología de la red, su densidad, duración, frecuencia, estabilidad y sentido (Emirbayer y Goodwin 1994) El análisis servirá también para catalogar los diversos modos de relación posibles: cooperación, coalición y/o coordinación y diferenciar el marco en el que dan las

relaciones (Roger y Whetten 1982; Rhodes y Marsh 1992; Porras 2001). Por otro lado, puede ser también útil para explicar el por qué de cierta toma de decisiones, el problema de agente principal (Lowry 1999; Lake 2003), los flujos financieros (Jenkins 1983) y la forma institucional que toman las organizaciones (Powell y Dimaggio 1991).

VI. Consideraciones finales

Aquí se presentaron solamente algunas herramientas metodológicas y referencias bibliográficas útiles para emprender trabajos sobre fundaciones políticas transnacionales de derecha en América Latina. Aunque utilicé como ejemplo a mis propios objetos de investigación y los métodos que pretendo seguir para dilucidarlos, lo que aquí se esbozó tuvo la intención de servir y alentar otros estudios sobre actores similares. De ahí que no haya procesamiento de datos ni resultados puntuales de mi investigación empírica. Sin embargo, de lo que aquí afirmado, me parece importante rescatar:

- 1) La necesidad de estudiar a las derechas siempre desde un marco relacional. Los estudios de caso resultan útiles para describir comportamientos, identificar relaciones y establecer constantes que, en estudios comparados, puedan ofrecernos algún tipo de

inferencia descriptiva. Otros textos contenidos en este volumen apuntan en esta dirección.

- 2) La pretensión de trascender los marcos de análisis exclusivamente locales o nacionales aún demasiado usuales en los estudios sobre las derechas. Es obvio que en las sociedades contemporáneas no existen procesos sociales aislados. Aún aquellos circunscritos a las fronteras nacionales deberán reconocer las limitaciones teóricas que implican esos análisis. En ese sentido, aplaudo la referencia a Cono sur que aparecen en el título de este libro.
- 3) La importancia de las fundaciones políticas transnacionales como agentes de construcción de sentido, herramientas de producción y movilidad de ideas. Sus actividades, relaciones y discursos han quedado en un limbo académico que provoca que ni internacionalistas ni estudiosos de las ideas se ocupen de sus actividades.
- 4) La utilidad del análisis discursivo, el análisis de documentos y análisis de redes como herramientas metodológicas útiles para inquirir en los mecanismos de acción e interpretaciones de la realidad de las fundaciones políticas transnacionales.

Si lo aquí presentado resulta suficiente para acercar luz al estudio de las derechas, entonces estas páginas habrán cumplido su objetivo. Lo demás es lo de menos.